DEBORAH BONELLO



NARCAS

EL ASCENSO AL PODER DE LAS JEFAS SECRETAS DEL CRIMEN ORGANIZADO



Planeta

DEBORAH BONELLO

NARCAS

EL ASCENSO AL PODER DE LAS JEFAS SECRETAS DEL CRIMEN ORGANIZADO

Planeta

Índice

Introducción

Capítulo 1
Digna Valle. La matriarca

Capítulo 2
Mujeres narcotraficantes: su historia hasta el día de hoy

Capítulo 3
Emma Coronel y su *look*

Capítulo 4
El rostro femenino del cártel de Sinaloa

Capítulo 5
La versión femenina del Chapo

Capítulo 6
La informante

Capítulo 7
Las pandillas y los cárteles no son lo mismo

Conclusiones
El cuento de nunca acabar

Agradecimientos

Acerca de al autora
Créditos

Planeta de libros

Introducción

Así como el papel de la mujer está creciendo en los negocios legítimos, puesto que han demostrado ser tan capaces como los hombres, si no es que más, también lo está haciendo en el mundo de las drogas.

Bonnie Klapper, abogada defensora

En una escena de la serie dramática de Netflix de 2024 sobre Griselda Blanco, *Griselda*, la reconocida matriarca y traficante de drogas colombiana asesina al soldado de infantería de un traficante rival. Al principio le dice que le cortará la garganta con un machete, pero no lo hace, lo que da la apariencia de que se acobardó ante la idea de matar a un hombre. Sin embargo, después de darle el machete a su sicario, Blanco toma un arma de su cintura y le dispara al soldado varias veces en la cabeza. Poco más tarde, sentada en el carro, tiembla y respira de manera entrecortada, pues el director quiere que interpretemos que es la primera vez que mata a alguien, pero la verdad es que, muy probablemente, la Griselda Blanco *real* ya había matado tanto a hombres como a mujeres desde joven.

En las crónicas sobre el crimen organizado en Latinoamérica, las historias de mujeres como Blanco han sido, hasta ahora, la excepción, más que la regla. Sin embargo, es momento de que olvides todo lo que crees saber sobre las mujeres del narcotráfico en México y te prepares para conocer una versión más oscura, real y llena de aristas de su historia en el crimen organizado; una cargada de voluntad, ambición, estatus y poder.

Después de pasar dos décadas en Latinoamérica dedicada a analizar el crimen organizado, ahora formo parte de un grupo creciente de mujeres que documentan el narcotráfico, su dinámica y protagonismo, pero sin las limitaciones de la perspectiva masculina tradicional. Gran parte de la

cobertura sobre el crimen organizado ha estado dominada por narrativas masculinas, con dos estereotipos de género extremos para las mujeres en el negocio de las drogas: la asesina despiadada, como Griselda Blanco; o la mujer fatal, bellas mujeres como la mexicana Sandra Ávila Beltrán, conocida tanto por su vínculo con hombres poderosos como por su apariencia, más que por su papel fundamental en el narcotráfico.

Por lo general, a las mujeres se les clasifica de forma binaria: víctimas o victimarias. Sin embargo, cuanto más tiempo pasaba en la región, mi intuición me decía cada vez más que existían otras verdades y una infinidad más de matices en estas narrativas unidimensionales.

Comencé a observar a más mujeres como protagonistas y encargadas de tomar decisiones en el submundo criminal y el narcotráfico: mujeres afiliadas a organizaciones criminales no solo en México, sino en países más al sur, como Honduras, Guatemala y Colombia, todas ellas al servicio del cártel de Sinaloa; mujeres que operaban redes de extorsión y secuestro, así como la venta de estupefacientes en las calles. En toda Latinoamérica, la población femenina que se encuentra tras las rejas por delitos relacionados con el crimen organizado se ha duplicado en la última década. En México y Colombia —importantes centros del narcotráfico en la región— la cantidad de mujeres encarceladas ha aumentado de manera significativa.[1]

Sin embargo, ¿estas mujeres son solo víctimas de su realidad socioeconómica y de género, o entran por voluntad propia en uno de los juegos de la vida que más requieren suerte, destreza y habilidad, así como una considerable dosis de valentía? El contexto de la participación de las mujeres en América Latina ha cambiado, a la par que el crecimiento de sus aportes en la vida económica y social. Algunas consideran la posibilidad de involucrarse en actividades criminales como una oportunidad de carrera profesional y una ruta hacia el dinero, el poder, la influencia y el estatus, algo a lo que quizá no tendrían acceso en el mundo de las actividades lícitas.

—Así como el papel de la mujer está creciendo en los negocios legítimos,

puesto que han demostrado ser tan capaces como los hombres, si no es que más, también lo está haciendo en el mundo de las drogas —me dijo Bonnie Klapper, una abogada penalista que ha representado a varias narcotraficantes de alto perfil.

Para muchas mujeres en Latinoamérica, los obstáculos a los que se enfrentan en lo profesional siguen siendo desalentadores. Algunas de las mujeres que perfilo en este libro son de origen humilde y empobrecido, y su deseo por entrar al submundo criminal refleja muchas cosas: desde sus propias características personales hasta su limitada gama de opciones para el ascenso profesional y el poder. No obstante, considerar su papel como un simple reflejo de necesidad equivaldría a despojarlas de su voluntad y reducirlas a meras fichas en un juego de hombres. El patriarcado de los cárteles es muy real, pero no asumamos que las mujeres no tienen capacidad para la violencia y la crueldad, así como sed de poder y estatus, pues estaríamos sentando otro estereotipo de género que malinterpreta y subestima, en gran medida, a las mujeres y a su papel en el orden social.

Aquí encontrarás las historias de las contemporáneas de Blanco, sus predecesoras e, incluso, algunas de sus antiguas colegas, contadas sin la narrativa de género que ha encubierto su verdadera naturaleza. Han estado en las filas del narcotráfico latinoamericano desde su inicio en los años treinta y cuarenta y, al igual que los hombres que han abarrotado los anales del narcotráfico, muchas de estas mujeres nacieron en el negocio; pero a diferencia de sus esposos, padres, hermanos, tíos, hijos y amantes, permanecieron en las sombras, en gran parte ignoradas por la lente masculina que domina la escritura de la historia.

Cuando visité el Museo de la Mafia en Las Vegas, en junio de 2022, para dar una conferencia sobre el trabajo de investigación que estaba realizando para este libro, me paré frente a una pared adornada con los rostros de los «Cien años de los hombres de honor y sus asociados» *(100 Years of Made Men and Their Associates).* Colgados en esa pared, había como un centenar

de hombres y solo cuatro mujeres, lo que fue un brutal recordatorio de cuán invisibles han permanecido los rostros femeninos en el crimen organizado a lo largo de los años. Amigos míos que habían escrito libros sobre el narcotráfico me habían dicho, descaradamente, que apenas y había mujeres en su trabajo, con lo que admitían que, tal vez, habían pasado algo por alto.

Este es un momento importante y oportuno para hablar del papel real, crudo e inesperado que juegan las mujeres en el crimen organizado. Personajes como Teresa Mendoza en *La reina del sur* (protagonizado por Kate del Castillo en 2011); o Wendy Byrde, Ruth Langmore y Darlene Snell de *Ozark* (2017); se transformaron en *Griselda* de Netflix (2024). Poco a poco, se ofrecen nuevas narrativas al público sobre mujeres que trabajan en el crimen, las cuales añaden matices y color, y se alejan de los clichés.

Históricamente, la mayoría de las mujeres visibles en el narcotráfico han sido las altamente sexualizadas esposas o novias de prominentes narcotraficantes masculinos. La exposición que recibían estaba determinada por su género y solía centrarse en su atractivo sexual y sus vínculos con los narcos, más que en su poder en el negocio.

Emma Coronel, la esposa mucho más joven e infinitamente más glamurosa de Joaquín *el Chapo* Guzmán, encarna este estereotipo. Fue una presencia constante en el juicio de su esposo y también apareció en el programa *Cartel Crew* de VH1, donde, acompañada de copas de champán, conversaba con familiares de otros narcotraficantes sobre cómo crear una marca a partir del legado delictivo de su esposo.

Al final, su libertad se vio temporalmente coartada cuando fue detenida durante una visita a Washington D. C., a principios de 2021. En noviembre de ese mismo año, Emma fue condenada a tres años de prisión tras declararse culpable de ayudar a su esposo a escapar de la cárcel y admitir haberlo asistido en sus operaciones de narcotráfico. Su rostro llegó a simbolizar el lado femenino del cártel de Sinaloa, el cual tiene tentáculos por todo el mundo y gana una fortuna por la venta de marihuana, heroína,

cocaína, metanfetamina y, cada vez más, fentanilo ilícito y mortal.

Los vínculos románticos o familiares de mujeres como Emma a menudo se usan para minimizarlas o marginalizarlas como protagonistas, pues la lógica indica que ellas solo están ahí porque son la esposa, la hermana, la hija o la amante de alguien. Sin embargo, los hombres también entran al negocio gracias a sus relaciones de parentesco con otras personas (la mayoría de los negocios del crimen organizado es también un negocio familiar) y, aun así, su influencia se percibe como más importante, lo cual se atribuye a su masculinidad y no tanto al nepotismo. En su caso, los lazos de sangre o amor nunca se usan para explicar su presencia de la manera en que se hace con las mujeres.

No obstante, la realidad es que las mujeres como Emma, a menudo nacen en la realeza del narco. Su padre, Inés Coronel Barreras, era un traficante consolidado antes de que ella se casara con el Chapo, por lo que su matrimonio con uno de los capos de la droga más notorios del país no hizo más que realzar y extender el poder que ella y su familia ya tenían. La sexualización de las mujeres a través de los narcocorridos y las cirugías plásticas es un elemento básico de la narcocultura, y casi siempre las mujeres no son nada más que accesorios de los hombres. Emma ha sabido usar esto a su favor y ha llegado a definir una apariencia y forma de vida aspiracionales para las mujeres involucradas con narcotraficantes en Culiacán, conocidas como «buchonas».

En el otro extremo del corto espectro de mujeres visibles en el mundo del cártel de Sinaloa se encuentran sus víctimas femeninas: madres solteras empobrecidas que se ven obligadas a vender o traficar drogas para mantener a sus familias, mujeres coaccionadas para tender trampas y matar, o mujeres traficadas para oficios indeseables.

Sin embargo, entre este binomio de esposas o novias trofeo y víctimas hay muchos matices y realidades. Esta investigación va más allá de las mujeres reducidas al papel de parejas sentimentales, ya que su objetivo es

documentar a las verdaderas mujeres poderosas del narcotráfico. Así que, podemos concluir que si Emma Coronel es la cara femenina más conocida del cártel de Sinaloa, no es la de mayor rango.

Conoceremos a Guadalupe Fernández Valencia, la mujer de más alto rango conocida hasta la fecha en dicho cártel, y a Digna Valle, una matriarca implacable que encabezó el cártel de su clan en Honduras. Asimismo, hablaré de Marixa Lemus, quien convirtió la política local en un deporte sangriento en su estado fronterizo en Guatemala; y de Marllory Chacón, Yaneth Vergara Hernández y Sebastiana Cottón Vásquez, quienes movieron toneladas de cocaína desde Colombia hasta Estados Unidos.

❙ ◆ ❙

Conocí a María por un amigo en común en Tepito, Ciudad de México, uno de los barrios más peligrosos de la capital. Mientras platicábamos, unos hombres levantaban pesas y mostraban los músculos en un gimnasio al aire libre que estaba cerca de ahí. Muy maquillada, y con el cabello largo, lacio y oscuro, hablaba en voz baja, con el acento mascullado propio del barrio bravo de la ciudad.

Me contó que empezó a traficar armas cuando era joven a través de su madre, la antigua jefa del negocio familiar de contrabando de armas. Un día, su mamá estaba demasiado enferma para hacer el acostumbrado viaje de varios días para recoger las armas que habían comprado en Estados Unidos y que introducían de contrabando por la frontera a México, así que mandó a María, quien dijo que ya lleva casi veinte años vendiendo armas a los cárteles y a la gente de la zona. Ahora está preparando a su hija de 16 años para hacer lo mismo, expresó con orgullo.[2]

—Me encantaba la adrenalina, y voltear a todos lados —comentó María al recordar la primera vez que fue a recoger armas al estado de Tamaulipas en el norte del país, limítrofe con Texas. Su hijo, explicó, no estaba muy

convencido de unirse a la red matriarcal de traficantes de armas.

Luego está Brenda, a quien conocí cuando cumplía una condena de cincuenta años en la prisión de Pavón, en la Ciudad de Guatemala. Me contó que le divertía dirigir una red de secuestros que finalmente la llevó tras las rejas, y que no fue la necesidad económica la que la llevó a involucrarse en ese proyecto delictivo. Su esposo era un transportista de drogas antes de que lo mataran, lo que le dejó suficiente dinero para hacerse cargo de ella y sus tres hijos.[3]

—Fue por curiosidad —explicó—. Quería saber qué se sentía; quería sentir que mi vida estaba en riesgo; me gustaba el peligro.

Cuando hablamos, tenía 54 años y había cumplido veinte de su condena. Esperaba salir en cinco años más por buena conducta.

Por otro lado, una de sus compañeras de celda también habló conmigo, y su historia era muy diferente. Gloria, de 46 años, me contó que, un día, un hombre llevó a una anciana con los ojos vendados a su casa, donde ella rentaba cuartos. Le pagó por un cuarto para la mujer, quien, según él, era su suegra, y le pidió a Gloria que la cuidara. Gloria alimentó y bañó a la mujer, quien nunca se quitó la venda de los ojos. El «yerno» le dijo a Gloria que la mujer se había sometido hacía poco a una cirugía de ojos.

A los pocos días, la policía tocó a su puerta, rescataron a la mujer y acusaron a Gloria de secuestro.

—Yo la bañaba y la alimentaba, pero ella nunca me dijo nada porque pensaba que yo era una de ellos —explicó Gloria, quien afirmó no saber que su huésped era, en realidad, una rehén en su casa.[4]

Brenda, por su parte, aceptaba la responsabilidad de su decisión de dedicarse al secuestro y no se decía a sí misma ni a nadie más que no había tenido otra opción.

—Creo que la mayoría de las que estamos aquí sabíamos lo que estábamos haciendo —me dijo sobre las mujeres con las que estaba en prisión—. Nunca he culpado a nadie más que a mí misma; me responsabilizo de mis

malos actos.

❙ ◆ ❙

Nunca había disparado un arma hasta que conocí a Abel Jacobo Miller.

Miller me llevó a las afueras de la ciudad de Culiacán bajo el abrasador sol de una mañana de domingo, a principios de mayo de 2021. Me puso una pistola Glock en la mano y me indicó que disparara. Cuando lo hice, mis brazos y manos resistieron el culatazo del arma, la cual retrocedía con fuerza tras cada disparo. La adrenalina del poder del arma me inundó, y me sentí débil y temblorosa por unos minutos antes de querer otro turno en el campo de tiro. Sabía que, cuanto más lo hiciera, mejor me volvería.

La ubicuidad de las armas de fuego como la herramienta preferida en el submundo criminal de México ha nivelado el campo de juego entre los sexos. Las batallas ya casi no se libran a puñetazos, sino con armamento y habilidades militares que pueden ser dominadas por igual por todos los géneros.

—Una mujer de 60 kilos no puede enfrentarse a un hombre de 90 kilos a puñetazos, pero ¿qué tal con una pistola? Con un revólver somos iguales —dijo Miller, quien enseña a mujeres defensa personal y tiro en su ciudad natal. Se dirigía a las otras mujeres en el campo de tiro ese día, las cuales manejaban sus armas mucho mejor que yo.[5]

—Trabajo con ellas para quitarles el chip que [les dice que] son vulnerables, que son víctimas —me comentó Miller que, además de instructor, es padre de tres hijas—. Las mujeres son tan amenazantes como los hombres, solo tienen que entender eso de sí mismas.

Una de las mujeres bajo su tutela ese día era Tessa, una contadora de 45 años que había residido toda su vida en Culiacán. También era la primera vez que disparaba un arma.

—Se sintió bien —expresó—. Al principio me ponía nerviosa pensar

cómo se sentiría en mi cuerpo, pero luego se sintió bien disparar y se volvió cada vez más fácil.[6]

»Quería tener la confianza para hacerlo —me explicó—. Con las cosas como están, con tanta violencia, no hay espacio para el miedo. Ahora, lo importante es la seguridad y mantenernos a salvo.

❙ ◆ ❙

En mis viajes como periodista durante la última década, en los que investigué de todo —desde la violencia de pandillas y la extorsión, hasta el tráfico de fentanilo—, se volvió cada vez más común tener a mujeres sentadas frente a mí en el asiento de entrevistas. Sus historias son increíblemente diversas, y ahora observo que los tropos y estereotipos de género sirven como una especie de camuflaje para las mujeres que quieren entrar al negocio de las drogas. Fiscales y abogados estadounidenses que han defendido a mujeres que están en el negocio me dijeron que, a menudo, usan las expectativas de género para pasar desapercibidas; se esconden detrás del estereotipo de la niña buena para hacer cosas malas. Así que, mientras el patriarcado del narcotráfico y la narcocultura oprimen a las mujeres, esto también les sirve para mantenerse fuera del radar.

En Honduras, la violenta organización criminal de la familia Valle estaba controlada, en parte, por una de nuestras protagonistas, Digna Valle. Sus hermanos, quienes también dirigían el negocio, intentaron ocultar su poder por miedo a que eso los hiciera parecer débiles en el contexto de una cultura dominada por hombres, me contó un exfuncionario del Gobierno local en Honduras.

—En realidad, para los Valle, las personas que daban la cara eran Arnulfo Valle y Luis Valle (los hermanos menores de Digna), pero se aseguraron de que Digna nunca apareciera como una protagonista importante en la cobertura mediática del país. Después se demostró que era ella quien

manejaba sus finanzas, y el cerebro detrás de muchas de sus operaciones —explicó.[7]

»[Los hermanos de Digna, Luis y Arnulfo] se dedicaban a sembrar miedo y terror en esta región, y en esta región del norte en general —mencionó el exfuncionario—. No fue hasta que capturaron a [Digna] y se la llevaron a Estados Unidos que empezó a salir a la luz cuán poderosa había sido dentro de la organización.[8]

A menudo me preguntan cuáles son las tendencias y similitudes entre las mujeres que fueron figuras clave en el cártel de Sinaloa, y trato de no generalizar por miedo a caer yo misma en estereotipos. Las características que comparten no deberían restar importancia a la singularidad de cada una de las mujeres con las que me reuní, y no es posible encajarlas a todas en un mismo molde.

Algunas entraron al negocio más tarde en la vida; otras pasaron la mayor parte de ella sumergidas en el narcotráfico. Para algunas, a menudo se trataba de un asunto familiar que involucraba a esposos, hijos, hermanos y hermanas, pero otras fueron introducidas por socios o por las circunstancias. La pobreza y una escasa educación formal o la falta de oportunidades laborales prepararon el camino para algunas de estas mujeres, pero otras contaban con educación y tenían el potencial para dedicarse a otras carreras en campos como el derecho o los negocios. Muchas de ellas, aunque no todas, crecieron rodeadas de violencia y ellas mismas fueron violentas, pero si no querían matar o no tenían tiempo, delegaban esa tarea, como muchos de los hombres en el mundo criminal actual.

Algunos argumentan que hay una diferencia fundamental entre la conducta de los hombres y de las mujeres en el negocio del crimen.

—No va a haber espectáculo ni balacera, pues no necesitan hacer una escena como lo han hecho en el pasado los líderes [masculinos] del cártel —me dijo Mónica Ramírez Cano, una criminóloga que perfiló a los jefes

criminales más notorios de México. Cano entrevistó y perfiló al Chapo tras su captura final en México y antes de que fuera extraditado a Estados Unidos, así como a decenas de otras figuras prominentes [tanto hombres como mujeres] del bajo mundo criminal mexicano.[9]

Sin embargo, algunos abogados penalistas que han representado a jefas del narcotráfico en juicios en Estados Unidos no están de acuerdo con Cano. Desde su perspectiva, las mujeres ansían tener fama y poder en el mundo de las drogas tanto como los hombres.

Descubrí que ambas versiones son ciertas.

No obstante, la investigación contemporánea sobre el papel de las mujeres en el narcotráfico sigue siendo lamentablemente escasa, y este libro es solo el comienzo de lo que, creo, es apenas la punta del iceberg para comprender el papel de las mujeres tanto en el crimen organizado en Latinoamérica como en la cultura que lo rodea.

❙ ◆ ❙

Desde que se publicó en inglés la primera edición de este libro en 2023, Guadalupe salió de prisión. No sé dónde se encuentra, y con justa razón. Seguramente, al quedar vulnerable ante la posibilidad de una deportación, no quiso que la enviaran de regreso a México. Su antiguo jefe, Alfredillo, sigue prófugo en Sinaloa; dos de sus hermanos, parte de Los Chapitos —el grupo de hijos que tomó el control de una facción del cártel de Sinaloa cuando su padre, el Chapo, fue extraditado—, también se encuentran encarcelados en Estados Unidos, y a uno de ellos, Ovidio, lo tuvieron que arrestar dos veces. La primera vez, las tropas mexicanas fueron superadas en armas y número en la ciudad de Culiacán, Sinaloa.

Sin duda, miembros clave del cártel de Sinaloa se han preguntado qué papel jugó su cooperación con los fiscales estadounidenses no solo en el caso contra el Chapo, sino en arrestos posteriores. Ismael *el Mayo* Zambada,

el cofundador del cártel de Sinaloa y uno de los últimos miembros de la vieja guardia del narcotráfico en México, también está ahora bajo custodia estadounidense.

Guadalupe ya habló demasiado. Si acaso logró evitar la deportación y quedarse en Estados Unidos, aún tendrá que pasar el resto de su vida cuidándose las espaldas.

❙ ◆ ❙

Procuro que mi fascinación por Guadalupe y las otras mujeres en este libro no se convierta en admiración. Como periodista y escritora, camino por la delgada línea de explicar sus hazañas y las complejidades de sus historias sin celebrar sus logros criminales. Como mujer rodeada en su mayoría por hombres que investigan el crimen organizado, estoy acostumbrada a ver cómo las mujeres son subestimadas o ignoradas, y eso se sentía más como una actitud moldeada por estereotipos y suposiciones de género que por hechos. Desestimarlas es un error, y espero que las historias de estas mujeres lo demuestren.

NOTAS

[1] Washington Office for Latin America, «Women Behind Bars for Drug Offenses in Latin America: What the Numbers Make Clear». Noviembre de 2020. Disponible en: https://www.wola.org/wp-content/uploads/2020/11/Final-Women-Behind-Bars-Report.pdf.

[2] «María». Entrevista con la autora en Tepito, Ciudad de México. María es el nombre que me dio durante la entrevista. 2 de noviembre de 2021.

[3] «Brenda». Entrevista con la autora en la prisión Pavón, ciudad de Guatemala, Guatemala. A su solicitud, se modificó su nombre para proteger su identidad. 16 de marzo de 2021.

[4] Gloria. Entrevista con la autora en la prisión Pavón, ciudad de Guatemala, Guatemala. Solicitó que no se mencionara su apellido. 16 de marzo de 2021.

[5] Abel Jacobo Miller. Entrevista con la autora. 22 de mayo de 2021.

[6] Tessa. Entrevista con la autora. Solicitó usar solo su nombre durante la entrevista. 22 de mayo de 2021.

[7] Exfuncionario del Gobierno que pidió no ser nombrado. Entrevista con la autora en Santa Rosa de

Copán, Honduras. 11 de marzo de 2021.

[8] *Ibid*.

[9] Mónica Ramírez Cano. Entrevista telefónica con la autora. 20 de enero de 2020.

Capítulo 1

Digna Valle. La matriarca

Parada de cocaína

Digna Valle creció en el diminuto pueblo de El Espíritu, ubicado al final de un largo camino de terracería roja, asentado a su vez en las frondosas montañas verdes al noroeste de Honduras. Es la primogénita de 13 hijos, con quienes jugaba en estas calles sin pavimentar y llenas de basura incrustada. En ese entonces, se parecía a muchos de los niños que hoy deambulan descalzos, de camino a la tiendita a comprar Coca-Cola.

Sin embargo, cuando Digna se convirtió en una mujer joven, las cosas comenzaron a cambiar en este pequeño poblado pastoral. La ocasión llamó a la puerta de su clan; subía desde el sur por la autopista de la cocaína de la región, la cual conecta a los países productores de cocaína de Sudamérica con los principales intermediarios de México: el cártel de Sinaloa. De ahí, se trasladaba por tierra, mar y aire hasta la base de clientes más lucrativa de la droga en Estados Unidos. Digna se subió a la ola de cocaína y la cabalgó en lo más alto, hasta que cayó estrepitosamente. Durante un tiempo, ella y su familia transformaron su destino: cambiaron su modo de vida, de contrabandear ganado y mercancía ilegal por la frontera con Guatemala, a transportar toneladas de cocaína por la línea internacional, lo cual era infinitamente más lucrativo.

Su reinado había terminado hacía tiempo para cuando viajé a El Espíritu;

aun así, tuve que conseguir un contacto local y de confianza para poder ir, pues los extraños no son bienvenidos.

Entramos a El Espíritu en una camioneta *pick-up* color crema que conducía el obispo, el monseñor Darwin Andino. Mientras manejaba, señaló un terreno y dijo que en ese lugar se habían desenterrado unos 11 millones de dólares que habían permanecido ocultos dentro de un tanque de agua. En la cúspide de sus operaciones en el comercio internacional de la cocaína, la familia Valle generaba tanto dinero, que ya no sabían qué hacer con él.

Darwin, el obispo de Copán (el departamento de Honduras donde se ubica El Espíritu) sabía quién era Digna cuando nos encontramos por primera vez en Santa Rosa de Copán, que se encuentra a unos noventa minutos en carro de donde ella creció. Para entonces había estado investigándola por unos dos años y había contactado a todos los que estaban relacionados con sus casos delictivos y migratorios en Estados Unidos, pero rechazó mi solicitud de una entrevista, así que se me ocurrió que ir a su lugar de nacimiento, donde la respetaban, me ayudaría a comprender más su historia. Darwin estuvo de acuerdo.

Viajamos hacia el diminuto pueblo unos días después, levantando una nube de polvo rojo detrás de la *pick-up*. Un par de niños pequeños (uno de ellos todavía en pañales) caminaban tomados de la mano por la orilla del camino, rumbo a una de las casitas de un piso que flanqueaban la entrada. Para Digna, la mayor de sus 13 hermanos, fue duro crecer ahí. Las casas eran en su mayoría de madera, y parecían pequeñas y estrechas. En los patios frontales de algunas ardían fogatas, y gallinas flacas escarbaban en la tierra.

—Rezo por Honduras todos los días —dijo Darwin—. La pobreza aquí es inmensa. Inmensa. Me han dicho que aquí, en este pueblo, para entrar antes había muchos guardias de seguridad; que a menudo detenían a los vehículos y preguntaban «¿Quién eres» y «¿Adónde vas?», y luego te seguían para asegurarse —me contó.

Pero los guardias ya no estaban.

Digna vivió toda su vida en El Espíritu y fue una pieza clave en el transporte de droga para el cártel de Sinaloa y el Chapo, a pesar de no haber pisado nunca México. Cuando voló a Estados Unidos en 2014 por un viaje de negocios, la esperaba un pliego de imputación de cargos reservado contra ella y sus hermanos Luis Alonso y Miguel Arnulfo, del cual no tenía conocimiento y que era el resultado de años de trabajo de investigación por parte de la DEA. Fue arrestada en cuanto llegó y su vida fue absorbida por lo que acabaría siendo casi una década en prisión, gran parte de ella dedicada a ayudar en la captura de sus hermanos, su hijo Gerson y otros cómplices, entre los que se incluye, probablemente, el Chapo, un socio clave y visitante regular de El Espíritu.

Al entrar al pueblo, sentimos cómo nos miraban, pero nadie se entrometió.

El silencio aletargado de El Espíritu distaba mucho del glamur del vertiginoso negocio de la cocaína. Cuando Digna llegó a la adolescencia, el tráfico internacional de cocaína en la región estaba en su apogeo y Honduras se convirtió, gradualmente, en una de las principales zonas de paso para la droga que se produce en países sudamericanos como Perú, Bolivia y Colombia, antes de transportarla al norte para su consumo en Estados Unidos. A principios de la década de los 2000, Digna —en sus 40 y con dos hijos— y su familia se involucraron en la bonanza de la cocaína y con ellos, gran parte del pueblo también.

Mientras entrábamos a El Espíritu ese día, supe que el obispo Darwin era el mejor guía local que habría podido tener. Como católica no practicante, me recordé a mí misma que la Iglesia católica tiene muchos recursos bajo la manga.

—Digna era una de las fieles —dijo Darwin, justo cuando apareció ante nosotros la enorme iglesia católica que ella ayudó a construir, la cual era

demasiado grande para las necesidades físico espaciales del pequeño grupo de feligreses del pueblo; no se diga de las espirituales. Pintada de un amarillo pálido, la iglesia empequeñecía al pueblo, y se veía recién pintada y bien conservada. Al frente, un pasto verde y bien cortado tenía al centro una explanada pavimentada, con bancas blancas distribuidas en círculo. En el respaldo de la primera banca a la que Darwin y yo nos acercamos, dentro del terreno de la iglesia, estaban grabadas en letras mayúsculas las palabras: «DIGNA ASUSENA VALLE Y FAMILIA».

Junto a esa había otra banca que decía: «LUIS VALLE, MAYRA LEMUS E HIJOS» y otra: «JOSÉ REYNERIO VALLE Y FAMILIA» y otra: «REMBER CUESTAS VALLE Y FAMILIA». Los patrocinadores de la iglesia.

Digna es una mujer de contradicciones. Estaba muy orgullosa de sus actos sociales, como la calidad y el tamaño de la iglesia de El Espíritu o los ranchos cafetaleros que ayudó a financiar y administrar como parte de la cartera de negocios familiares. Algunos pobladores me contaron que solía ir a caballo a los ranchos vestida «como hombre», con pantalones y sombrero, para comer con los trabajadores. También supervisaba la organización de fiestas en torno a festividades religiosas locales y utilizaba el dinero familiar para armar un festín y asegurarse de que todo el pueblo la pasara bien.

No obstante, el lado más oscuro de Digna salió a la luz cuando la presión sobre ella comenzó a aumentar, y el Gobierno de Estados Unidos intensificó sus exigencias con sus aliados hondureños para capturar al cártel de los Valle y liquidar su red de tráfico.

Atención al detalle

Después de visitar la iglesia, Darwin y yo continuamos por el pueblo. Conforme avanzábamos lentamente por la calle principal de terracería, ciertos detalles visuales nos contaban la historia del lugar.

Cerca de la iglesia estaban los cimientos de una gran mansión, cuyos muros de concreto crudo tenían dos pisos de altura y se curvaban alrededor de un patio enorme, en cuyo centro estaba lo que parecía ser el inicio de una alberca. Una construcción así estaba completamente fuera del alcance de las familias promedio de Copán, las cuales dependían de trabajos locales mal pagados, como el cultivo de café.

La construcción se había detenido hacía años y ahora una cerca cubierta de maleza y enredaderas ocultaba, parcialmente, el monolito gris. Pasto largo crecía abundantemente donde se había planeado la alberca, y los huecos donde habrían estado las ventanas se abrían como bocas que jadeaban por aire. Digna, me dijeron los locales, había empezado a construir la mansión para ella, su esposo y sus hijos adultos, Gerson y Tesla, hasta que su arresto obligó a detener la construcción de manera repentina.

Digna era la «cara buena» de la familia Valle; era querida y respetada por la comunidad, me expresaron tanto sus allegados como los locales de la zona. Al ser la mayor de 13 hermanos, era «la madre de todos», mencionó una habitante que pidió ser llamada Teresa y que había vivido en la zona por más de dos décadas. Teresa convivió y trabajó con la familia durante sus años de dominio, que empezaron a finales de la década de los noventa.

—Me caía bien. Parecía una mujer trabajadora; estaba hecha de fuerza bruta —me dijo Teresa cuando nos encontramos en Santa Rosa de Copán—. Era sociable, pero de carácter fuerte.

En pueblos como El Espíritu, que han sido prácticamente abandonados por el Estado, mujeres como Digna representan una autoridad, una benefactora no oficial. La gente se reunía a su alrededor porque les brindaba una sensación de seguridad, además de trabajo y apoyo. Ella y su familia eran los proveedores y la ley, temidos y respetados. Al ver el tamaño y la envergadura de la mansión que había comenzado a construir, me pregunté si Digna había perdido ese sentido de humildad a medida que aumentaba la presión sobre su clan. A principios de la década de los 2000, la

administración de Estados Unidos confió a sus socios de los cuerpos de seguridad pública del Gobierno hondureño la tarea de desmantelar al clan Valle, entre otros, con la esperanza (irreal) de cortar el torrente de cocaína. En algún momento, el espíritu comunitario de Digna probablemente cedió ante la necesidad de sobrevivir y cuidar de los suyos y, aunque ostentosa, la mansión enviaba un mensaje al pueblo y más allá: «Nosotros somos los que mandamos».

—Eran millonarios, ricos, y nosotros tan pobres —dijo un habitante que solía vivir junto a la familia Valle.

Para cuando Digna comenzó a construir la mansión, aproximadamente en 2013, su familia llevaba unos veinte años involucrada en el negocio del narcotráfico. Cuando la arrestaron ese año, la negación debió haber parecido inútil: se declaró culpable de todos los cargos. Solo unos meses después, sus hermanos fueron arrestados en El Espíritu durante una operación policial conjunta entre oficiales estadounidenses y hondureños, la cual se convirtió en leyenda entre los habitantes. La policía y los soldados descendieron por el pueblo en masa, cateando casas hasta que encontraron a Luis Alonso y Miguel Arnulfo, quienes fueron rápidamente trasladados en helicóptero a la capital, Tegucigalpa, extraditados a Estados Unidos, declarados culpables por cargos de drogas y condenados cada uno a 23 años de prisión.

Digna había estado siguiendo el ejemplo de sus hermanos con la construcción de su enorme casa familiar. Las que alguna vez fueron las espléndidas residencias de los hermanos y otros miembros de la familia Valle todavía se encuentran esparcidas por el pueblo, solo que ahora son esqueletos, saqueadas por los pobladores locales y confiscadas por el Estado. Mientras circulábamos, observamos cómo un soldado hondureño completamente uniformado pasaba el tiempo afuera de una de ellas en una silla baja, jugando con su celular y fumando un cigarro, con su arma automática sobre el regazo. Nos miró mientras pasábamos, pero no se levantó de su asiento. Darwin me contó que, en una visita anterior a El

Espíritu, llegó a contar un total de 19 casas o mansiones de gran tamaño, todas antiguas propiedades de los Valle.

Bienvenida

Digna es la razón por la que este libro existe. Fue la primera mujer que despertó mi curiosidad y me impulsó a investigar el papel de las mujeres en el narcotráfico latinoamericano. También fue la primera integrante del clan Valle en ser detenida y, tras su arresto, el Gobierno estadounidense logró capturar a otros miembros importantes de su red criminal, así como a otros involucrados en el negocio. Los siete años a los que la sentenciaron no son una condena larga por los cargos de conspiración para traficar cocaína, pero, independientemente de lo que pude encontrar en las transcripciones judiciales y en los documentos relacionados con su caso, ella seguía siendo un misterio. Encontré muy poca información sobre ella en internet, que no eran más que notas sobre su arresto y documentos judiciales; además, las pocas fotos que hallé la mostraban a partir de sus 35: una mujer blanca, robusta, con mirada firme. El color de su cabello cambiaba de una imagen a otra, pero se notaba que cuidaba su tono y peinado. En varias tomas aparecía vestida con *jeans* y playeras tipo polo, posando frente a distintos edificios en los pueblitos dispersos por el estado verde y rural donde creció, justo en la frontera con Guatemala.

Darwin y yo nos detuvimos frente a una casa de cemento modesta de una planta pintada de azul. Mientras esperábamos en la sala, miré algunos de los certificados enmarcados que colgaban de las paredes color azul desteñido, los cuales llevaban el nombre de una mujer que había vivido en esa casa. Como media docena de esos documentos tenían el mismo apellido: Valle.

Según sus antiguos vecinos, Digna nunca pasó de la secundaria, puesto que, para las mujeres de su generación, la educación no era una prioridad. Haber llegado a acumular tanta riqueza seguramente superó, y por mucho,

sus expectativas de vida, por lo que quería presumirlo con casas y gestos ostentosos.

María,[1] el contacto de Darwin, llegó e insistió en que conociéramos a su madre. Con esfuerzo, subimos una colina empinada de grava y, en el camino, pasamos frente a un enorme templo evangélico pintado de color turquesa brillante, tan grande que parecía poder albergar al pueblo entero.

—Luis construyó eso —dijo María. La estructura era tan grande como la iglesia católica del centro del poblado.

Luis Alonso y Miguel Arnulfo, los hermanos de Digna, eran la autoridad violenta del cártel de los Valle. A principios de 2014, tan solo unos meses antes de su extradición a Estados Unidos, Luis Alonso fue arrestado por la policía local en Santa Rosa de Copán por violar a una menor, según informes de la prensa y testimonios locales. Para entonces, su fama como capo ya estaba bien cimentada, y el miedo que infundía, arraigado. Miguel Arnulfo intentó rescatar a su hermano cuando fue detenido, rodeando el pueblo con secuaces armados y amenazando con iniciar una guerra si no lo liberaban.

—Tuvieron que llamar al ejército porque [Miguel] Arnulfo llegó con un AR-15 montado en una camioneta —platicó un entonces funcionario de Santa Rosa de Copán, quien me pidió no revelar su nombre.[2]

Luis fue liberado rápidamente y la familia de la menor de edad a la que supuestamente había violado retiró los cargos contra él. Fuentes locales me contaron que Digna tenía conocimiento del abuso que cometían sus hermanos contra jóvenes y que no hacía nada para detenerlo.

María señaló una casa junto a la que pasábamos y comentó que Digna vivía ahí.

Me detuve. Era una casa amarillo mostaza, de un piso, con un techo de lámina; era diminuta y humilde, pero bonita y limpia (nunca llegó a vivir en la mansión que estaba construyendo cuando fue arrestada). Era evidente que su casa no había sido tocada, a diferencia de las de sus hermanos, pues

estaba cerrada con llave y, según los vecinos, exactamente como la dejó.

—[Digna] fue una gran mujer y una luchadora. Nos ayudó mucho con la construcción de la iglesia —expresó María—. La construimos todos juntos con la venta de tamales y pasteles. —Tuvo que alzar un poco la voz debido a los ladridos de un *husky* siberiano que estaba encerrado tras el portón de la cochera de la casa de Digna—. Por lo general, alguien viene a alimentar al perro —comentó—, pero no se ha presentado en varios días.

Se trataba de la casa que Digna dejó el día que viajó a Miami en 2014, donde fue arrestada. Yo desearía haber sido una mosca en la pared de su casa unos diez años atrás para poder escuchar las conversaciones familiares que se suscitaban entre ella, Gerson y Tesla. Dudo que sus hijos supieran entonces que su madre sería arrestada y que su cooperación con los agentes y fiscales de Estados Unidos terminaría con el imperio delictivo que habían estado construyendo por años. Varios años después de detener a Digna y a sus tíos, arrestaron a Tesla por lavado de dinero y, tras estar cuatro años prófugo, Gerson finalmente se entregó a las autoridades de Estados Unidos en Florida.

Según reportajes periodísticos de Honduras, Digna convenció a Gerson de entregarse mientras se encontraba en prisión. Solo me es posible especular cuánto habrá reducido su condena con la entrega de sus dos hijos durante su encarcelamiento en Estados Unidos. O ¿acaso pensó que lo mejor para ellos era que los arrestaran?

Antes de su último viaje a Miami en octubre de 2013, un socio visitó a Digna en su casa para negociar el trasporte de dos toneladas de cocaína que llegarían a la costa este en una lancha de motor, declaró el Gobierno estadounidense en la carta de ofrecimiento de información de Digna.

El asunto era así: se dejaban dos cargamentos de cocaína, marihuana y heroína provenientes del norte de Colombia o Venezuela en una parte del país llamada La Mosquitia, en el departamento costero de Gracias a Dios. Las únicas personas que aprecian este lugar —cubierto por densos pantanos

y bosques, y casi imposible de atravesar por tierra— son los traficantes que pueden operar de manera clandestina y con pocas interrupciones.[3]

La droga se transportaba desde la costa por caminos improvisados que los traficantes y sus socios forjaron en medio del follaje y fango, hasta llegar a las autopistas principales que usaban para mover el valioso cargamento a la frontera de Honduras con Guatemala.

Y era aquí donde Digna entraba. El territorio de su familia en la frontera de Copán era el lugar perfecto para meter la cocaína a Guatemala con destino a Estados Unidos, así que ella se encargaba de que las drogas pasaran de forma segura por esa frontera. El Gobierno estadounidense calcula que, a partir de 2009 aproximadamente, Digna y su familia cruzaban, cada mes, decenas de miles de toneladas de cocaína por la frontera entre Honduras y Guatemala, y ganaban poco más de 800 000 dólares por cada cargamento, como el que resultó de la negociación que hizo ese día en 2013.

Tierra de nadie

A vuelo de pájaro, la casa de Digna en El Espíritu estaba a menos de 10 km de la frontera con Guatemala. La línea internacional, como la mayoría de las fronteras terrestres en Latinoamérica, es fácil de cruzar clandestinamente y tiene poco control gubernamental. La policía fronteriza tiene una sola patrulla que permanece estacionada a un lado de un camino de grava cerca de la frontera; lleva años descompuesta y le faltan las dos llantas delanteras.[4]

Lo que no cruza por los pocos puntos oficiales de entrada se mueve clandestinamente entre ambos países. Por cada uno de los aproximadamente 15 pasos formales que existen a lo largo de la línea internacional, existen más de cien pasos clandestinos, muchos de los cuales pueden recorrerse con camiones por caminos de terracería.[5]

Esta franja de Centroamérica es considerada una de las más peligrosas de Latinoamérica, ya que tiene una de las tasas de homicidio más altas del

mundo, lo cual se debe, en gran parte, a que Honduras, al igual que México, es uno de los países desafortunados que se encuentra entre Colombia, Perú y Bolivia —los mayores productores de cocaína del mundo—, y Estados Unidos —el mayor consumidor de drogas del planeta—.

Digna y el clan Valle comenzaron como traficantes de ganado y contrabandistas, pero, a medida que la cocaína empezó a llegar en oleadas desde Colombia, esta empezó a desplazar a las vacas y los cigarros que la familia solía trasladar a Guatemala. El goteo de cocaína se convirtió en torrente tras el golpe de Estado contra el presidente Manuel Zelaya en 2009, lo que generó aún más distracciones políticas que desviaban la atención de las actividades del crimen organizado.[6]

Los Valle trabajaron con distintos grupos en Honduras y llegaron a convertirse en intermediarios clave para organizaciones que operaban en toda la región, incluido el cártel de Sinaloa en México.

La falta de presencia del Estado en este lugar permite que grupos como el de Digna Valle llenen ese vacío mediante el encanto y la intimidación de las comunidades locales en igual medida, con su propia marca de gobierno criminal. Las buenas obras sociales como las iglesias, los empleos y los préstamos tienen un precio, y el equilibrio de la relación entre Digna y su comunidad era frágil. Si los narcos no se sienten recompensados con lealtad después de haber sido «generosos» con el pueblo, el poder político y el capital social pueden transformarse en crueldad y violencia. Mientras más poderosa se volvía Digna, más miedo tenía su comunidad de ella y su clan, lo que la favoreció, ya que silenciaba a los que podían amenazar sus intereses y generaba cumplimiento, aquiescencia y obediencia.

Conforme los Valle acumulaban riqueza, las líneas entre las autoridades oficiales y ellos comenzaron a difuminarse en Copán. Los Valle imponían sus reglas a su conveniencia, y corrompían o cooptaban a los funcionarios estatales para impulsar y proteger sus intereses,[7] y así la policía se volvió el brazo armado al servicio de intereses privados, no públicos, a cambio de

mejores salarios y otros beneficios.

—Es así —explicó un policía del lado hondureño de la frontera a los investigadores—: si necesitas una batería para tu patrulla, puedes pedírsela a la central y llegará en seis meses o puede que nunca llegue, y los jefes querrán que pagues por ella. O los señores locales [los Valle] le piden a alguien que te dé una batería nueva, te ponga frenos nuevos y te llene el tanque de gasolina a cambio de que no te metas en sus asuntos. Nos estacionamos donde nos indican, miramos adonde nos señalan, y nadie tiene ningún problema.

En la enorme iglesia católica que se encontraba en el diminuto pueblo cercano de Florida, y que también visité, se alzaban unos imponentes vitrales con la imagen de la Madre Teresa y el papa Juan Pablo II. Las bancas verdes de la plaza principal frente a la iglesia también llevaban el nombre del alcalde local Rember (el mismo «REMBER» inscrito en las bancas frente a la iglesia de El Espíritu), solo que en esta no puso su apellido: Valle.

Rember había sido alcalde de Florida durante los últimos nueve años y, mientras escribo este libro, lo sigue siendo. Digna se aseguró de que su primo obtuviera los votos necesarios: el objetivo de todos los gastos locales y la ayuda comunitaria era comprar la lealtad del pueblo y funcionó, por un tiempo. Cuando la policía venía a arrestar a los miembros de la familia Valle, los habitantes los cubrían.

Un antiguo residente recordó el día que su padre llegó a casa y le advirtió que no se entusiasmara después de que la familia Valle se presentara en su escuela para repartirles comida y pasteles: «Ahora la gente dice cosas horribles de la familia Valle».

—Todos sabíamos, incluso nosotros, que teníamos entre 7 y 8 años de edad; todos sabíamos que traficaban drogas —recordó.

Me contaron que fue en ese entonces que Digna comenzó a usar peluca en los eventos públicos para pasar desapercibida. La suerte les empezaba a dar la espalda, pues el Gobierno de Estados Unidos ya estaba apretando las

tuercas en Honduras para que arrestaran a los Valle; sin embargo, Digna pronto acudiría a ellos.

Vikingos

El rápido crecimiento del poder transformó el papel de la familia Valle, de benefactores y proveedores, a opresores violentos. El incidente de 2014 en el que Luis Alonso fue acusado de violar a una menor no fue un suceso aislado.

Antiguos habitantes —que ahora buscan refugio en Estados Unidos— me contaron que Miguel Arnulfo y Luis Alonso solían secuestrar niñas adolescentes que les gustaban, y las llevaban a sus casas. Los hermanos tomaban «el primer turno» y luego las pasaban a otros familiares y, finalmente, a los guardaespaldas. Cada uno de esos hombres las violaba y, al final, las regresaban a sus casas, hechas trizas. Les advertían a las familias que, si denunciaban los abusos, asesinarían a todos los integrantes.

—En una ocasión, me encontraba en la cocina cuando gente local comenzó a quejarse con Digna porque sus hermanos se habían llevado a unas jóvenes, y Digna les respondió que las chicas no debían andar por ahí, provocándolos —recordó un antiguo residente de El Espíritu.

Con el paso de los años, el espíritu de comunidad de Digna se erosionó al tiempo que trataba de proteger a su familia y sus ganancias, producto del crimen organizado. Si la lealtad y el silencio de la gente local no podían comprarse mediante donaciones, podía silenciarla para siempre; hay quienes afirman que, en efecto, lo hizo.

—Doña Digna decía: «Hay que matarlos; no podemos dejarlos así» cuando hablaba de las familias y las personas que sabían demasiado o hacían cosas que a su clan no le agradaban —comentó un habitante del pueblo.

A Digna nunca se le condenó por crímenes violentos, y no pude confirmar las acusaciones que los refugiados del El Espíritu formularon

conmigo. En un incidente, gente leal a los Valle descubrió a una familia que había estado trabajando con los cuerpos de seguridad pública en Estados Unidos pasándoles información sobre el cártel en Copán, y se dice que, cuando Digna se enteró, envió dos camiones con hombres armados a aniquilar a la familia entera. Cuando los agentes estadounidenses que trabajaban con ellos supieron de esto, inmediatamente sacaron de ahí a 11 miembros de la familia en un avión gubernamental.

Al publicarse un extracto de este capítulo en *VICE World News* a finales de 2021, algunas mujeres que me habían recibido de buena manera en el Espíritu se molestaron. Me escribieron que Digna nunca fue una asesina y que estaba publicando mentiras. Por el contrario, las personas en el lado de la ley cuestionaron la versión sobre Digna que me dieron sus vecinos y colegas en El Espíritu.

Era tentador aceptar la versión de Digna en la que fungía como la «cara buena» del cártel de los Valle porque encajaba con los estereotipos de género, los cuales dictan que las mujeres son las mediadoras, las que brindan apoyo y nunca mandan ejecutar a nadie, pero esos mensajes de los vecinos de Digna me hicieron sentir mal. Recuerdo la tarde en la que llegó la primera queja y sentí cómo un escalofrío recorría mi cuerpo para luego comenzar a sudar. Sabía que las versiones sobre el personaje de Digna eran contradictorias, pero me sentía obligada a compartir lo que ambos bandos me habían contado.

—No era violenta, sino fuerte —me señaló otra persona que la conocía y quería.

Es difícil creer que pudo administrar el negocio como lo hacía sin hacer uso de la violencia, ya sea que ella misma la ejerciera o prefiriera delegarles la tarea a sus hermanos o empleados.

Sin embargo, Digna necesitaba no solo violencia para que su negocio de drogas funcionara, sino también que el Gobierno estuviera de acuerdo con ayudarlos a quitarse de encima a la policía local y a los gringos. En 2013, se

llevó a cabo otra reunión importante en El Espíritu. Entre los hombres sentados en la mesa, que estaban armados hasta los dientes, se encontraban el Chapo y Antonio *Tony* Hernández, el hermano del entonces futuro presidente de Honduras, Juan Orlando Hernández, quien estaba planeando su campaña presidencial. También estaba presente Amilcar Alexander Ardón Soriano, quien era el alcalde del pueblo cercano El Paraíso, representando sus intereses criminales y los de su séquito local: la familia Valle.

El dinero sobre la mesa frente a ellos sumaba un millón de dólares.

—Lo contamos —declaró Ardón en un tribunal de Manhattan—. Eran bolsas de plástico.

El dinero era una «donación» de Digna, su familia y el Chapo para la campaña política de Juan Orlando Hernández, quien ganó la presidencia en las elecciones celebradas en noviembre de ese mismo año. A cambio del millón de dólares, Hernández juró, supuestamente, proteger los intereses comerciales del Chapo, Ardón y el cártel de los Valle.

El Chapo estaba de visita en El Espíritu cuando se llevó a cabo esa reunión. Los habitantes locales y los investigadores me dijeron que visitaba el área con cierta regularidad, especialmente durante los 13 años que estuvo prófugo tras escapar por primera vez de una prisión mexicana de máxima seguridad en 2001. Hasta su captura en 2014, disfrutaba ocasionalmente de la famosa hospitalidad de los Valle, la cual supuestamente incluía fiestas con música en vivo de Los Tigres del Norte, el reconocido grupo de música norteña que los Valle llevaron en avión. La banda no respondió a mis solicitudes para verificar estas afirmaciones. Cuando la seguridad aumentaba en el pueblo, pero el movimiento se restringía, la gente local sabía que una visita del Chapo era inminente. Un habitante me comentó que camiones nuevos y brillantes entraban al pueblo y conducían por la calle principal hacia las residencias de los Valle.

—Así sabíamos que los verdaderos jefes estaban en el pueblo;

temblábamos de pies a cabeza.

—Cuando [los Valle] estaban todavía aquí, había fiestas y pagaban todo. Muchas personas bajaban de las montañas y se hacía una fila de carros —recordó María—. Venía gente de todos lados.

Sin embargo, meses más tarde, el arresto de Digna parecía indicar que el trato de un millón de dólares que hizo el Chapo ese día se había cancelado. Cuando la DEA la aprehendió en Miami, los hermanos Valle se enfurecieron y deseaban vengarse, así que ordenaron la ejecución del presidente Hernández por no haber cumplido su promesa de protegerlos.

Los cuerpos de seguridad pública de Estados Unidos, que habían estado trabajando estrechamente con sus contrapartes en Honduras, previeron la ejecución y obtuvieron información de que una de las partes que firmaron el trato estaba ayudando a los Valle: el Chapo. Los sicarios fueron detenidos antes de que pudieran ejecutar a Hernández, y fue entonces cuando arrestaron a Miguel Arnulfo y Luis Alonso, y los extraditaron.

—Tony Hernández me contó que habían capturado a los Valle porque habían intentado matar al presidente de Honduras —dijo Ardón en el juicio.

El expresidente Hernández siempre ha negado cualquier vínculo con el narcotráfico, aun cuando varios capos de la droga testificaron en su contra en los tribunales de Estados Unidos. No obstante, la versión de los hechos de Hernández, en la que argumentaba que los narcotraficantes más importantes del país —que ahora se encuentran en manos del sistema judicial estadounidense— conspiraron para crear una narrativa falsa, pero persuasiva, que los implicaba a él y a Tony, no convenció a los fiscales estadounidenses. A principios de 2022, semanas después de dejar su puesto, Hernández fue imputado con el cargo de tráfico de drogas en el tribunal de distrito del sur de Nueva York.[8] Semanas más tarde, fue extraditado y condenado a 45 años de prisión por los cargos de tráfico de armas y drogas. Con su caso, sumamente simbólico, se envió un fuerte mensaje a otros funcionarios corruptos de la región.

—El expresidente Juan Orlando Hernández financió su campaña política con dinero del narcotráfico y abusó de su autoridad como presidente de Honduras para traficar cientos de toneladas de cocaína a Estados Unidos. Voy a ser muy clara: los políticos que utilizan su poder para traficar drogas y cometer actos de corrupción serán llevados ante la justicia estadounidense —declaró la entonces directora de la DEA, Anne Milgram.

No está claro en qué grado se relacionan la cooperación de Digna con los cuerpos de seguridad pública de Estados Unidos y la caída de Hernández. En el pliego de cargos contra Hernández, se señala a sus hermanos Luis Alonso y Miguel Arnulfo como socios criminales del expresidente, información que podría provenir de ellos o de Digna.

No obstante, a pesar de las pruebas contra Digna y su familia, muchas personas de El Espíritu continuaron siendo leales.

—No puedo decir que Digna estuviera involucrada en el narcotráfico. No vivía con lujos ni se vestía de manera elegante. Nunca vi nada de eso —comentó María, mientras estaba de pie afuera de la modesta casa de Digna y el perro seguía ladrando.

Al final de su condena en Estados Unidos, a Digna le esperaba otra batalla legal.

Lo normal es que los delincuentes extranjeros que cometieron delitos graves con agravantes o de narcotráfico sean deportados a sus países de origen después de cumplir su condena; muchas veces lo son a pesar de la ayuda que hayan proporcionado para incriminar a otros y los peligros que podrían enfrentar al regresar a su país. Al informar sobre su situación en ese entonces, me sorprendió darme cuenta de que el Gobierno estadounidense estaba listo para lanzar a Digna a la boca del lobo aun cuando cooperó con la fiscalía durante su encarcelamiento.

—Es una sentencia de muerte para ella —me dijo Mike Vigil, un exjefe de operaciones internacionales de la DEA, cuando estaba cubriendo su historia.

»Sus oportunidades de supervivencia en Honduras son casi nulas.

Honduras es, sin duda, un Estado narco. Los narcotraficantes tienen a los altos mandos del espectro político, junto con el Ejército y la Policía, en sus bolsillos. Dado que cooperó en juicios clave sobre narcotráfico, es poco probable que sobreviva en Honduras. Va a llegar a un hervidero y de seguro se va a quemar.

El denunciante y excapitán del Ejército, Santos Rodríguez Orellana, dijo:

—Ahora mismo en mi país hay una cacería de personas que colaboraron y cooperaron [con los cuerpos de seguridad pública] en casos de narcotráfico.

Lo suspendieron de su cargo en el Ejército en 2014 tras solicitar una investigación para verificar si un helicóptero utilizado para traficar drogas estaba asociado con poderosas élites políticas, específicamente, con Tony, el hermano mismo del presidente, quien se encuentra ahora cumpliendo su condena en una prisión de Estados Unidos por su papel en el tráfico de cocaína.

Al final, se autorizó que Digna permaneciera en Estados Unidos con fundamento en la Convención contra la Tortura. Cuando hice mi peregrinaje por El Espíritu, algunas fuentes me dijeron que estaba viviendo una vida de bajo perfil en Houston, Texas, después de que el Servicio de Inmigración y Control de Aduanas (ICE, por sus siglas en inglés) de ese país la liberó.

—Pero ¿desea regresar a su lugar de origen a pesar de todos los peligros? —le pregunté a María en El Espíritu.

Sin embargo, yo misma pude preguntárselo a Digna.

Al entrar a la casa al lado de la de Digna, salió una mujer de la habitación trasera con su celular extendido en la mano.

—¿Desea hablar con doña Digna? —me preguntó.

En la pantalla frente a mí pude ver a Digna Valle sentada en la orilla de una cama en una casa; me miraba fijamente.

Me paralicé. Ni en mis sueños más locos esperaba poder hablar con ella cara a cara en El Espíritu. De repente, mi mente comenzó a girar a mil por

hora. Con María y su madre me presenté como una escritora, no como periodista. ¿Se daría cuenta Digna de que era la misma «escritora» a la que le había negado una entrevista dos veces?, ¿estaría furiosa porque estaba sentada en la casa junto a la suya, en su pueblo natal en medio de la nada, y a la cual extrañaba desesperadamente?, ¿seguiría teniendo un botón que podría presionar para enviarme una ráfaga de disparos?, ¿las mujeres que me rodeaban formaban parte de su círculo íntimo? Traté de tranquilizarme y sonreí a la pantalla.

—Todos están ahí —exclamó Digna mientras el teléfono se movía por la casa para mostrar el rostro de cada persona que se encontraba en la sala, incluido el obispo Darwin, mi colega periodista local y mi chofer, un policía que había sobrevivido a varios atentados. Hablaba con lentitud y su voz delataba su edad; sonaba cansada.

—Sí, preguntan por usted, doña Digna —dijo la mujer que sostenía el teléfono.

Hice una mueca, pues nos estaban delatando: le estaba avisando a la Doña que tenía visitas. Se produjo silencio mientras hacía contacto visual con mi equipo y reprimía las ganas de decir que nos fuéramos.

—¿Cómo estás? —le preguntó el obispo Darwin a Digna.

—Bien, gracias a Dios —respondió ella. Se veía agotada y no se parecía a la mujer imponente que los residentes habían descrito. Dijo que el COVID había retrasado su audiencia de inmigración, lo que prolongó su tiempo en detención. Le pregunté si le alegraba estar libre.

—Sí, pero no me gusta salir. Aquí todos dicen que prefiero estar encerrada —se rio, y nosotros también lo hicimos, con nerviosismo.

—¿Están de visita? —nos preguntó al obispo y a mí.

—Sí, estamos conociendo el pueblo —respondí—. ¡El pueblo es hermoso! ¡Muy bonito!

—Ah, sí, mucho. ¿Les gustó la iglesia? —preguntó, claramente orgullosa de sus aportes a la comunidad.

—Me encantó —respondí—. Es una lástima que no hayamos podido entrar.

Nos dijo que María nos dejaría pasar, mostrándose encantada de que pudiéramos ver los frutos de su trabajo—. Los detalles… esos son de mi autoría y gusto.

—Espero verlos ahí alguna vez —añadió.

Dejé de respirar. ¿Va a regresar a su pueblo natal?

—¿Regresarás? —pregunté.

—No lo sé aún —dijo Digna tras una pausa—, pero creo que sí.

—¿No tienes miedo de volver a Honduras?

—No.

Después de que se publicó la versión en inglés del libro, mis fuentes me dijeron que Digna sí regresó a su pueblo, a pesar de que se le permitió quedarse en Estados Unidos. Supongo que no hay nada como el hogar, y tras la extradición y condena del expresidente Hernández, tal vez sintió que era seguro volver.

La conversación cambió y giró en torno al reciente fallecimiento de un amigo cercano, el padre de la familia en cuya casa estábamos, quien, antes de morir, fue a visitarla a la prisión en Estados Unidos. Nos mostraron fotos de él con Digna y, al mencionar su nombre, ella comenzó a llorar. Se movió fuera del encuadre de la cámara y, poco después, la llamada se cortó. Las mujeres presentes guardaron silencio por un momento, y fue entonces cuando noté por primera vez que no quedaban hombres en la casa, solo ellas.

Me impresionó su lealtad a una matriarca que había estado ausente durante casi una década. Aún la respaldaban y le avisaban al instante cuando alguien preguntaba por ella, incluso después de tantos años, pero su lealtad no les impidió ser hospitalarias.

Las dinámicas entre mujeres —rivalidades, lealtades, poder— son uno de los elementos más invisibles del narcotráfico. No habría entendido su

importancia en el papel y la vida de Digna si yo misma no hubiera ido a El Espíritu.

La historia se repite con matriarcados como el suyo, aunque sean tan invisibles. Desde los inicios del narcotráfico, las mujeres han estado al mando, involucrando en su negocio a las que las rodean y ganándose su confianza. Desde Griselda Blanco en Colombia hasta la Chata y la Nacha en México, las mujeres siempre han sido piezas clave en la cadena del narcotráfico de Latinoamérica a Estados Unidos. Considerar que su participación se debe únicamente a que los hombres les abrieron las puertas a través del matrimonio o por lazos sangre es una visión parcial de la realidad. En esta región, como en muchas otras, el crimen organizado se forma alrededor de familias. El negocio es sangre, y como miembros del clan, hay que defenderlo hasta la muerte.

NOTAS

[1] La autora modificó su nombre real *[N. de la t.]*.

[2] Un exfuncionario del Gobierno que me pidió no revelar su nombre. Entrevista con la autora en Santa Rosa de Copán, Honduras. 11 de marzo de 2021.

[3] Alex Papadovassilakis. «Cocaine Spike Puts Spotlight on Honduras Atlantic». *InSightCrime.org*. 16 de abril de 2021. Disponible en: https://insightcrime.org/news/cocaine-spike-puts-spotlight-on-honduras-atlantic/.

[4] Emily Green. «Tigers, Giraffes, and Drug Lord Mansions: Welcome to Honduras' "Narco State"». *VICE World News*. 7 de julio de 2022. Disponible en: https://www.vice.com/en/article/m7geaa/honduras-joya-grande-zoo-drug-lord-mansions.

[5] International Crisis Group. *Corridor of Violence: The Guatemala-Honduras Border*. 4 de junio de 2014. Disponible en: https://www.crisisgroup.org/latin-america-caribbean/central-america/guatemala/corridor-violence-guatemala-honduras-border.

[6] James Bosworth. «Honduras: Organized Crime Gaining Amid Political Crisis». *Woodrow Wilson International Centre for Scholars, Latin American Program*. Diciembre de 2010. Disponible en: https://www.wilsoncenter.org/sites/default/files/media/documents/event/Bosworth.FIN.pdf.

[7] Farah, Douglas y Meacham, Carl. «Alternative Governance in the Northern Triangle and Implications for U.S. Foreign Policy». *Center for Strategic and International Studies*. Septiembre de 2015. Disponible en: https://www.csis.org/analysis/alternative-governance-northern-triangle-and-implications-us-foreign-policy.

[8] Bonello, Deborah. «Former Honduran President Just Got Arrested on Cocaine Trafficking Charges».

VICE World News. 15 de febrero de 2022. Disponible en: https://www.vice.com/en/article/xgd5gq/honduras-president-juan-orlando-hernandez-arrested-drug-charges.

Capítulo 2

Mujeres narcotraficantes: su historia hasta el día de hoy

Enemiga pública número uno

Las fotos de la «enemiga pública número uno» de México, difundidas en 1945 por el entonces presidente Manuel Ávila Camacho, mostraban un rostro inesperado. María Dolores Estévez Zuleta, una mujer menuda, de piel morena y cabello negro largo recogido en una trenza. Nacida en 1906 y criada en el bullicioso barrio de La Merced, en Ciudad de México, comenzó a traficar marihuana y morfina para su madre cuando tenía apenas 13 años. Jamás imaginó que aquel negocio prosperaría hasta convertirse en un imperio de las drogas que, en las décadas de los treinta y cuarenta, alcanzaría la frontera con Estados Unidos y se extendería más allá.

En la sociedad mexicana, una mujer de su tez y clase social, incluso hoy, enfrenta discriminación, colorismo y desprecio por parte de su entorno si osa salirse de los límites del papel que le ha sido asignado. Haber fundado una organización tan exitosa, sobre todo en aquellos años, era más que asombroso. Estévez Zuleta se hizo conocida como Lola la Chata y se convirtió en una de las primeras grandes narcotraficantes transnacionales de México.

Cuando la historiadora Elaine Carey subió al podio en Salt Lake City, Utah, en 2005, no lo sabía, pero también estaba a punto de hacer historia. El

ensayo que presentó ese día, durante una conferencia sobre la historia de las mujeres en México, dejó atónitos a cientos de asistentes, la mayoría destacados académicos en su campo. Su estudio se centraba en Lola la Chata, y el público no podía creer lo que escuchaba.

—La gente pensaba que estaba presentando una obra de ficción —recordó Carey durante una conversación que tuvimos a finales de 2021.

Su libro *Women Drug Traffickers: Mules, Bosses, and Organized Crime* (Narcotraficantes mujeres: mulas, jefas y miembros del crimen organizado) habla de las mujeres que hicieron su aparición en el siglo XX. *Narcas* intenta retomar el tema justo donde ella lo dejó.[1]

—Durante la sesión de preguntas y respuestas [después de la presentación del ensayo], me di cuenta de que estaba tras algo importante. Las mujeres del negocio estaban escondidas a plena vista: en periódicos, en la literatura, en documentos y, aun así, las habíamos pasado por alto. Sé que sorprendí a todos con el tema porque analizaba a una mujer de un periodo temprano y desde una perspectiva distinta, lo cual sigue causando asombro, casi veinte años después. Es por eso que nuestro trabajo es tan importante.[2]

Cuando se trata de crimen organizado, la historia rara vez la escriben los vencedores. De hecho, casi nunca los hay. Pese a la fama y la gloria que rodean a la leyenda de la mafia, la mayoría de los gánsteres —desde los jefes hasta los soldados rasos— terminan muertos o en prisión. Si logran salir, la mayoría pasa el resto de su vida mirando por encima del hombro, temiendo que antiguos rivales los busquen. Solo unos pocos tienen la fortuna de envejecer en silencio y pasar desapercibidos.

Los académicos, los periodistas y las autoridades de seguridad pública que escriben la historia del crimen organizado —o que procesan a quienes participan en él— son, casi siempre, hombres.

—La historia ha minimizado el papel de las mujeres en el crimen organizado. Los periodistas e historiadores, en su mayoría hombres, adoraban los mitos de gánsteres y se encargaron de difundir esas historias.

Las mujeres son esposas, madres, hermanas o amantes, pero rara vez se les considera pares. No todas estaban junto a la estufa revolviendo la salsa, y aunque lo estuvieran, también escuchaban —señaló Carey.

—Los medios y la academia han sido en gran medida los culpables de proyectar a las mujeres como víctimas del narcotráfico que sufren sus consecuencias, ya sea como madres de adictos, esposas afligidas de narcotraficantes o como personas ajenas al negocio. Y creo que ambas visiones son bastante erróneas —me dijo Dennis Rodgers, experto en pandillas de América Latina y Asia.[3]

Rodgers, al igual que Carey y yo, también destacó que muchos de los investigadores del crimen organizado son hombres, y que sus propias suposiciones masculinas les han impedido ver a las mujeres como figuras centrales.

—La realidad es que los hombres que escribieron sobre el crimen organizado y el narcotráfico nunca se tomaron la molestia de preguntar por las mujeres —comentó Carey.

El machismo también impregna la cultura del periodismo —especialmente la crónica policial—, la cual está plagada de doble moral. Cuando un hombre cubre crímenes, se le percibe, por lo general, como audaz, incluso si tiene hijos. Cuando yo explico a qué me dedico, a menudo me preguntan si es una decisión inteligente o sensata para una mujer con hijos.

—Aceptémoslo, muchos de los investigadores [del crimen organizado] son hombres y lo hacen de un modo bastante machista. Hay un cierto machismo sexual en decir: «Yo investigo esto y aquello» —afirmó Rodgers.

La invisibilidad de las mujeres en el crimen organizado y la falta de narrativas femeninas que trasciendan los estereotipos de género siempre han sido muy evidentes para mí en las dos décadas que llevo cubriendo el crimen organizado en América Latina. Las mujeres vinculadas sentimentalmente con narcos —como Emma Coronel, esposa del Chapo—

son las que resultan visibles para el público en general.

Sin embargo, desde un principio, mujeres de todo tipo han estado involucradas en estas empresas criminales en todos los niveles.

¿La mirada masculina?

Mi objetivo no es criticar el sólido trabajo que existe sobre el crimen organizado, sino poner de manifiesto que todos tenemos nuestras propias perspectivas. Yo procuro dejar clara la mía: mi trabajo está motivado por mi posición y mis observaciones como mujer en el mundo. Quiero hablar con las mujeres presentes cuando investigo, pero también con los hombres, sobre sus roles dentro de la organización, así como sus relaciones y experiencias.

En su extensa investigación sobre las mujeres en la mafia italiana, la doctora Felia Allum, profesora titular en la Universidad de Bath, en Reino Unido, cuestiona lo que llama la «mirada masculina».

—Solo vemos la mitad de la imagen, la mitad de la fotografía, porque son principalmente los hombres quienes observan. Usan un filtro masculino, una perspectiva masculina, y por eso solo ven a otros hombres al mirar sus propios reflejos —me explicó Allum

Agregó que las mujeres que trabajan en el crimen organizado suelen tener la misma perspectiva, que se basa en una comprensión masculina del género y del poder. En esencia, es un enfoque que reduce a las mujeres a objetos sexuales y víctimas. No considera su voluntad ni su influencia sobre los hombres que las rodean, muchas veces porque no encajan en los arquetipos de poder creados por los protagonistas masculinos del negocio. No todos los actores del poder lucen y suenan como Pablo Escobar o el Chapo.

No cabe duda de que la victimización de las mujeres en el narcotráfico y el crimen en general es real, y su vulnerabilidad es inmensa. El papel de las esposas y las novias también es clave, pero creo que suele subestimarse y malinterpretarse. Las mujeres involucradas en el crimen organizado por

lazos de sangre, matrimonio o romance con hombres tienden a ser minimizadas. En contraste, la inmensa mayoría de los hombres en el crimen organizado suele entrar al negocio por vínculos familiares o conyugales, pero esto nunca se utiliza como argumento para marginalizarlos o restarles importancia.

Mirar a las mujeres solo desde la perspectiva de víctimas es limitante y nos impide ver sus roles con claridad. «Roba a las mujeres su voluntad», argumenta Allum.[4]

Ver el cuadro completo, o al menos uno más cercano a la realidad del papel que desempeñan las mujeres en el crimen organizado, es una verdad incómoda. Como sociedad, solemos resistirnos a estas perspectivas porque cuestionan muchas creencias fundamentales en las que nos basamos de forma inconsciente. Esas creencias —la madre protectora, la buena esposa— nos hacen sentir seguras.

A menudo, no se considera a las mujeres directamente responsables de los delitos por su género: desde que nacemos se nos inculca percibir a los hombres como los únicos capaces de tener intenciones criminales.[5] Preferimos decirnos que las mujeres son coaccionadas o cooptadas para delinquir. La existencia de mujeres malas, perversas o depravadas que se atreven a salirse de sus roles de madres, cuidadoras, amas de casa y proveedoras para (también) traficar y vender drogas amenaza los cimientos mismos sobre los que se construyen muchas civilizaciones.

Esta dinámica ayuda a los hombres a dominar en el ámbito criminal, lo que genera una cultura hipermasculina que excluye a las mujeres, pero los expertos también me dijeron que muchas mujeres en el inframundo criminal usan en su beneficio el hecho de que constantemente se las subestima.

—Fue precisamente porque las subestimaron que lograron llegar a la cima tan rápido —me explicó una fiscal estadounidense sobre casos que involucran a mujeres de gran poder en el narcotráfico.[6]

El poder de Digna Valle dentro del cártel de los Valle era un secreto bien guardado. ¿Quién habría sospechado que la hermana mayor de los Valle estaba tan profundamente involucrada en el narcotráfico? Estaba tan segura de pasar desapercibida que viajó a una reunión en Miami, y fue allí donde finalmente la arrestaron. Había una formulación de imputación de cargos sellada con su nombre.

Marllory Chacón Rossell —de quien leerás más en el capítulo 6— era una mujer glamorosa de clase media que viajó por el mundo durante años como parte de sus actividades de lavado de dinero y narcotráfico, antes de captar la atención de la DEA. Entre sus socios criminales se encontraban algunos de los miembros de más alto rango del Gobierno guatemalteco y, aun así, no enfrenta cargos por narcotráfico en su país.

—Las mujeres inteligentes emplean los estereotipos de género a su favor. Esto las ha ayudado mucho cuando enfrentan procesos judiciales. Son las «víctimas» —explicó Carey.

Un abogado que ha representado a varias poderosas narcotraficantes en el sistema judicial de Estados Unidos relató haber sido testigo de cómo una de sus clientas, una mujer mayor, interpretó en el estrado del tribunal el papel de la abuela ingenua y abusada. En Centroamérica, las pandillas utilizan a las mujeres para entregar mensajes de extorsión y cobrar pagos a las víctimas, en gran parte porque es menos probable que sean detenidas y arrestadas por la policía.

No obstante, al considerar su papel en las organizaciones criminales, debemos tener en cuenta que las mujeres son seres humanos multidimensionales, no solo víctimas, madres, vulnerables o sumisas. Los estereotipos o las narrativas simplistas de héroes, villanos, víctimas y perpetradores resultan seductoras y forman el pilar de incontables relatos que vemos en los medios y otros espacios. Sin embargo, esos conceptos binarios no reflejan la naturaleza humana.

No solo nuestra visión de las mujeres es limitada cuando vemos al crimen

organizado representado en la pantalla o en los medios. Los hombres del crimen organizado suelen ser retratados por los medios de comunicación como personajes unidimensionales y son estereotipados como figuras ruidosas, violentas e hipermasculinas, sin espacio para reflejar la diversidad de las experiencias reales. Los hombres homosexuales son casi invisibles como figuras centrales dentro del crimen organizado, pero esto ha comenzado a cambiar con personajes ficticios como Pacho Herrera en la serie *Narcos* de Netflix, un narcotraficante colombiano homosexual, y Omar Little, el gánster negro, homosexual y de corazón noble, en la serie *The Wire*. Nuestra comprensión de los hombres ha sido reducida a arquetipos que giran en torno a narrativas diseñadas para vender y cautivar, más que para reflejar la realidad.

Quizá el máximo ejemplo contemporáneo de esta leyenda masculina del narcotráfico sea el Chapo. Su captura, posterior juicio y condena a cadena perpetua en un tribunal de Nueva York en 2019 constituyen uno de los procesos por narcotráfico más importantes de nuestra generación, por lo que generó millones de palabras y horas de cobertura mediática. Como me dijo Bonnie Klapper, exfiscal federal estadounidense convertida en abogada penalista que ha defendido a mujeres de alto perfil en casos relacionados con drogas: «Si existe una versión femenina del Chapo allá afuera, no está enfrentando cargos porque nadie la está buscando».[7]

La violencia no es el único prisma

Klapper plantea puntos muy pertinentes. Nuestra comprensión del papel de las mujeres en el negocio se ha construido siguiendo un patrón marcado por los hombres legendarios que ya conocemos. Las mujeres que ejercen violencia y tejen redes comparables con las del Chapo o Escobar — incluyendo a algunas de las protagonistas de este libro, como Sebastiana Cottón Vásquez y Marixa Lemus, al igual que figuras históricas como la

colombiana Griselda Blanco, conocida como la Madrina Homicida— son las más notables. Cuando leí sobre Blanco y descubrí a Cottón y Lemus, también caí en la trampa de esa dinámica de pensamiento: «¡Increíble! Son violentas y poderosas. ¿Las mujeres se están empoderando? Palomita».

Pero creo que fue un error. Las mujeres poderosas en términos de violencia son, con frecuencia, las más visibles porque la violencia es el prisma a través del cual percibimos el poder en el crimen organizado; un producto, en sí mismo, de la «mirada masculina». Sin embargo, las mujeres que ejercen poder violento rara vez matan a sus rivales con sus propias manos: del mismo modo que el Chapo, Escobar y otros capos, cuentan con empleados que hacen ese trabajo por ellas. La violencia que infligen es delegada.

El periodista estadounidense Douglas Farah lo vivió en carne propia. Después de que el capo colombiano Pablo Escobar fue finalmente localizado y abatido en diciembre de 1993, Farah asistió a su funeral, el cual tuvo lugar en un día lluvioso en Medellín.

—Creo que fue un error —me dijo Farah entre risas años más tarde durante una entrevista—. Fue casi un error fatal.[8]

Hermilda de los Dolores Gaviria Berrío, la madre de Escobar, estaba en el funeral.[9] Según Farah, ella ejercía una tremenda influencia en el cártel de Medellín, pero rara vez se le mencionaba.

—Fui [al funeral] con un periodista de *Los Angeles Times*. Yo podía pasar desapercibido, pero él medía como un metro noventa, se veía muy gringo. Ella nos ve y empieza a señalarnos, gritando: «¡Esos hijos de puta mataron a mi hijo!», refiriéndose a nosotros, la prensa extranjera. Entonces, [los hombres que la acompañaban] comenzaron a patearnos y a escupirnos. Estaba lloviendo, y estábamos sobre una pequeña colina cubierta de pasto, así que nos resbalábamos y caíamos de sentón una y otra vez mientras intentábamos escapar. Era como una pésima película de comedia.

»Y [Hermilda], quiero decir… era todo un personaje.

El machismo dentro de la cultura del narcotráfico tiende a desalentar que los hombres poderosos admitan la influencia de las mujeres en sus organizaciones. Lo vi repetidamente durante mis reportajes.

—Pero nosotros [periodistas, investigadores] tampoco miramos muy a fondo —reconoció Farah—. No profundizamos para entender las dinámicas familiares, y todos estos grupos operaban como estructuras de clan.

—Existe una ilusión entre los conceptos de poder y violencia. Así que, cuando las mujeres usan la violencia, se asume que están demostrando empoderamiento —explicó Mo Hume, profesora de la Universidad de Glasgow, en Escocia, quien ha estudiado extensamente la relación entre mujeres, crimen y violencia. Según esa lógica, quienes no ejercen violencia no tienen poder.[10]

»Pero el poder no funciona así. El poder circula; es como una telaraña, una red; es fluido, no estático. Creo que necesitamos replantearnos algunas de nuestras preguntas en torno a esto y pienso que eso también se aplica a los hombres. Cuando miramos a los hombres y… es el gánster, lo hipermasculino, lo que sea… lo cual también es una perspectiva muy reducida respecto a la masculinidad en sus identidades.

Estos inesperados y poco estudiados poderes, vulnerabilidades y redes son clave para visibilizar a las mujeres en el inframundo criminal.

NOTAS

[1] Carey, Elaine (2014). *Women Drug Traffickers: Mules, Bosses, and Organized Crime.* University of New Mexico Press.

[2] Historiadora Elaine Carey. Entrevista con la autora. 7 de diciembre de 2021.

[3] Dennis Rodgers, profesor investigador del Departamento de Antropología y Sociología del Graduate Institute of International and Development Studies de Ginebra, quien se ha dedicado a estudiar ampliamente a las pandillas de América Latina y Asia. Entrevista con la autora. 21 de enero de 2022.

[4] Felia Allum. Entrevista con la autora. 5 de agosto de 2021.

[5] *Ibid.*

[6] Una fiscal experimentada en Estados Unidos. Entrevista con la autora. Noviembre de 2021.

[7] Bonnie Klapper. Entrevista con la autora. 24 de noviembre de 2021.

[8] Douglas Farah. Entrevista con la autora. 13 de enero de 2022.

[9] Brooke, James. «A Drug Lord Is Buried as a Folk Hero». *The New York Times*. 4 de diciembre de 1993. Disponible en: https://www.nytimes.com/1993/12/04/world/a-drug-lord-isburied-as-a-folk-hero.html.

[10] Mo Hume, profesora de Política Latinoamericana, Universidad de Glasgow. Entrevista con la autora. 13 de enero de 2022.

Una breve historia

Décadas de 1920 a 1980

La Chata

La Chata es el ejemplo más temprano de cómo, desde los albores del negocio ilícito de las drogas y de la «guerra contra las drogas» —que hoy seguimos viendo convulsa—, las mujeres en la región han estado al frente de la fabricación, el contrabando, el traslado y la venta de estupefacientes.[11]

En el momento de su ascenso, María Dolores Estévez Zuleta encarnaba algo más que una historia extraordinaria: representaba una amenaza existencial para los poderes establecidos. Su participación en el negocio transgredía los estereotipos y las expectativas de género y —quizá de manera igualmente diabólica— le dio acceso a una riqueza y un estatus que superaban con creces los que se esperaban para su raza y clase, explica Carey en su libro.[12]

Fue, sin duda, la primera líder del narco en la historia de México.

Cuando el Gobierno de Estados Unidos supo que México planeaba arrestarla, es muy probable que Harry J. Anslinger, director del Federal Bureau of Narcotics (FBN), se sorprendiera al leer en el expediente remitido junto con el aviso de la detención inminente que la criminal buscada era, en realidad, una mujer. Hasta entonces, a las mujeres en el negocio de las drogas se les había pintado principalmente como usuarias o vendedoras.[13]

México ya era un punto de tránsito de opio con destino a Estados Unidos. Una población china recientemente establecida había comenzado a cultivar amapola en los estados norte de Sonora y Sinaloa. Con la promulgación de

la ley Harrison en Estados Unidos a finales de 1914 se criminalizó la producción de drogas, lo que detonó un auge del comercio ilícito a medida que crecían la adicción y la demanda.[14]

En la época en la que niñas como Estévez —pobres, morenas y con poco acceso a la educación— crecieron, tenían escasas oportunidades de aprovechar los avances que, tras la Revolución mexicana, sí pudieron capitalizar las mujeres de clases altas. Ella había aprendido en La Merced y de su madre que la vida era una lucha constante. Cuando la demanda de opio y marihuana aumentó, la oportunidad tocó a su puerta. La madre de Estévez dejó de vender chicharrones y café para dedicarse al opio y a la hierba. Estévez siguió su ejemplo y pasó de vender drogas desde su pequeño puesto en el mercado a hacerlo en su casa y, finalmente, a cruzarla por la frontera hacia Estados Unidos, donde la demanda y las ganancias eran mayores. Se casó con un expolicía mexicano llamado Enrique Jaramillo, y ambos aprovecharon sus contactos en la corporación para agilizar el negocio.

«La propia capacidad de la Chata fue lo que la hizo única frente a otras mujeres del negocio. Su relación con Jaramillo contribuyó, pero tanto las autoridades mexicanas como las estadounidenses la consideraban una traficante y distribuidora al mismo nivel —si no es que superior— que su esposo», escribe Carey.[15]

La madre de la Chata fue tan decisiva como su marido en su futuro criminal. Los relatos sobre mujeres en el narcotráfico suelen centrarse en la influencia masculina en sus vidas, pero la influencia que ejercen las mujeres entre sí —las relaciones entre madres e hijas, hermanas, amigas y socias— casi no ha sido explorada.

Estas relaciones —entre mujeres, entre hombres, y entre mujeres y hombres— forman una dinámica cambiante y evolutiva en los clanes criminales, como en cualquier grupo o familia. Quién se acuesta con quién o quién es amigo de quién son las dinámicas de la vida. Sin embargo, al

intentar entender la influencia dentro de las pandillas y los cárteles, la mirada suele fijarse en el control de los hombres sobre las mujeres y nada más. No obstante, las mujeres también ejercen control sobre los hombres y sobre otras mujeres, y es algo que debemos considerar.

En la investigación que realicé para este libro, la importancia de las mujeres como puerta de entrada de otras mujeres al negocio fue significativa. Desde la historia de Lola la Chata, pasando por María (una traficante de armas a la que conocí en Tepito, Ciudad de México), hasta nuestra matriarca Digna Valle —quien incorporó a sus hijos, incluida su hija Tessa, al negocio—, las mujeres han sido fundamentales para influir en otras mujeres y determinar su destino criminal.

La Nacha

Otra traficante, Ignacia Jasso (conocida como la Nacha), comenzó sus actividades de narcotráfico desde su casa y su trayectoria se superpuso con la de Lola la Chata a inicios del siglo xx.[16]

La Nacha estaba casada con un prominente traficante. Cuando lo mataron, ella empezó a utilizar los contactos que él había conseguido para abastecerse y vender drogas desde su casa, y asumió la operación de producción que él había montado. Al igual que la Chata, sumó a su familia al negocio y creció hasta convertirse en una amenaza por el volumen de droga que proveía a consumidores al otro lado de la frontera, al punto de que Estados Unidos llegó a solicitar su extradición, la cual nunca ocurrió. La Nacha fue detenida y encarcelada en México, y durante ese tiempo sus hijas continuaron manejando el negocio.[17] Murió en libertad en algún momento en la década de 1980. Tanto ella como la Chata sobrevivieron a muchos de sus contemporáneos masculinos en la industria.

Desde la década de los setenta hasta hoy

En la época en que murió la Nacha, las protagonistas femeninas del negocio de las drogas ya aparecían en titulares y llamaban la atención de la DEA, creada a principios de los años setenta. «Las mujeres tienen un lugar destacado en el tráfico ilícito de drogas en América Latina: ocupan todos los roles, desde "mulas" (transportistas) hasta jefas de organizaciones criminales», escribió *The New York Times* en 1975, tras la captura de varias traficantes prominentes en países como México, Colombia y Argentina.[18] A la amapola y la marihuana que movían la Nacha y la Chata se sumó la cocaína, cuyo flujo hacia el norte se disparó desde sus zonas de producción en las montañas sudamericanas. Algunas mujeres dominaban las rutas entre Sudamérica y las principales ciudades de Estados Unidos.

Yolanda Sarmiento

Una de las mujeres que más llamaba la atención era Yolanda Sarmiento, descrita en un artículo de *The New York Times* como «una mujer bajita, robusta, de mediana edad y ascendencia chilena que posee tres tiendas de pelucas en Buenos Aires». Rhyn C. Tryal, entonces jefe de la oficina de la DEA en Argentina, la describió como «una de las negociantes más agudas de cualquier lugar»,[19] y declaraciones de la agencia la ubicaban «entre las organizadoras criminales de narcóticos más buscadas del mundo».[20]

Sarmiento dirigía una tienda de pelucas y sombreros hípster, la cual utilizaba como fachada legítima para su negocio: traficar cocaína desde Sudamérica y heroína europea hacia Estados Unidos. Siendo una mujer innovadora, aprovechó el auge de la industria vitivinícola sudamericana, al igual que el de la cocaína, y utilizó botellas de vino para ocultar pequeños paquetes de droga y transportarlos a Estados Unidos.

Era tan violenta como astuta, y fue acusada, entre otras cosas, de asesinar a un rival en Nueva York y descuartizar el cuerpo en una tina.[21] También ayudó a su pareja a que se fugara de prisión.

Griselda Blanco

Su contemporánea Griselda Blanco es quizá una de las patronas más infames de todos los tiempos y, desde la primera edición de este libro, se convirtió en protagonista de una popular serie de Netflix. La interpretación de Sofía Vergara ofrece una versión más suave y compasiva de la implacable traficante de lo que dictaría la realidad. El entretenimiento nunca se interpone con la verdad, pero la historia real de Blanco quizá sea demasiado cruda para que el público la digiera sin filtro.

Para cuando la verdadera Griselda Blanco se estableció en Miami, que es el punto de partida de la serie, ya llevaba gran parte de su vida en el mundo criminal.

Nacida en Colombia a inicios de la década de 1940, creció en un país atenazado por violencia y agitación social masivas —periodo conocido como La Violencia—, por lo que rápidamente aprendió la lección de que el poder a menudo se conquista mediante actos brutales. Hija de una trabajadora sexual, se dice que cometió su primer asesinato a los 11 años: mató a un niño al que había secuestrado cuando no llegó el rescate, según la historiadora Carey.

Luego dio el salto del carterismo, la falsificación de documentos y el tráfico de personas al tráfico internacional de cocaína cuando el negocio se disparó en los años setenta.

Blanco aprendía rápido y se adaptaba. Perfeccionó el arte de falsificar documentos y se involucró en el negocio del tráfico de personas cuando se casó con un contrabandista. Después emigró al próspero comercio de la cocaína, y se rumora que llegó a ser mentora de Pablo Escobar.

A medida que el negocio generaba más dinero, aumentaba la competencia. Tenía que ser dura, y lo fue desde niña. También era muy inteligente y sabía manejar a la gente. La mayoría de las veces, otros mataban por ella y, al igual que con las drogas, creaba distancia entre su persona y los

delitos —me contó Carey.

En su juventud, sus maridos y amantes fueron fundamentales para su introducción a la criminalidad, algo que observamos en las vidas de mujeres del crimen organizado. Todas las narcotraficantes viven en el mundo real e interactúan cotidianamente con hombres y mujeres, por lo que el sexo y los vínculos son inevitables.

Sin embargo, hay una doble moral en juego que se presenta una y otra vez en la vida real. Las mujeres que mezclan negocios y sexo son acusadas de «acostarse para llegar a la cúspide» o de usar sus «encantos femeninos» para conseguir lo que quieren. Con frecuencia, sus relaciones sexuales se colocan en primer plano para explicar su poder, su influencia o su ascenso. A menudo es lo único que vemos, y ese reduccionismo está cargado de prejuicios morales hacia las mujeres que utilizan el sexo para conseguir sus intereses u oportunidades de sobrevivir, cuando los hombres hacen exactamente lo mismo sin recibir el mismo juicio.

Durante el juicio del Chapo en Nueva York, una testigo clave fue Andrea Vélez, exasistente personal de Guzmán. Es una de las pocas testigos que presentó una declaración de impacto sobre la víctima, la cual detalla los efectos emocionales y psicológicos que los delitos del capo tuvieron sobre ella. También fue su amante, y cuando la relación se agrió, él intentó que un grupo de Los Ángeles del Infierno la asesinara, pero no funcionó. El papel de Vélez en la vida y actividad criminal del Chapo fue fundamental.[22]

Blanco reclutaba mujeres educadas para que trabajaran con ella. Una de ellas, Yaneth Vergara Hernández, aparece en el capítulo 6 en una etapa posterior de su carrera, trabajando con otras mujeres en Centroamérica. Blanco también tenía amigas a las que llevaba de compras, a fiestas o al salón de belleza, y a las que reclutaba para manipular a los hombres a su alrededor y ganar ventaja, comenta la historiadora Carey. «Su vanidad, en cierto sentido, enmascaraba su insólita capacidad para leer las fortalezas y debilidades de los hombres con los que se asociaba, ya fueran competidores

o colegas».[23]

Muchas de sus colaboradoras terminaron testificando en su contra durante el juicio.

Sandra Ávila Beltrán

Otras «reinas del narcotráfico» que han sido el centro de atención de la cultura popular suelen presentarse en relación con los hombres de su entorno. Por ejemplo, Sandra Ávila Beltrán y Enedina Arellano Félix son dos mexicanas pertenecientes a cárteles que han sido retratadas en libros y series de televisión, como *Narcos México* de Netflix.

Es difícil hallar un perfil de Ávila Beltrán que no mencione a sus novios, su atractivo, su *sex appeal*, sus sesiones de bótox y la familia de narcotraficantes en la que nació. Supuestamente es sobrina de Miguel Ángel Félix Gallardo, considerado el «padrino» del contrabando de drogas en México y líder de lo que se cree fue la primera asociación de narcotráfico en el país: el cártel de Guadalajara.[24] Sabemos poco sobre su relación con las mujeres de ese linaje y la influencia que tuvieron en su poder y ascenso.

Aunque Ávila Beltrán esté emparentada con las figuras poderosas del narcotráfico en México, fue una potencia por derecho propio. Mientras estuvo involucrada en el negocio de las drogas —desde finales de los años ochenta hasta su detención en 2007, en Ciudad de México— «fue clave para tejer lazos entre el cártel de Sinaloa y los traficantes de cocaína colombianos», según un informe del Congreso estadounidense.

Recibió el apodo de la Reina del Pacífico después de que la relacionaran con nueve toneladas de cocaína incautadas en un barco pesquero en la costa del Pacífico mexicano en 2001. Informes de ese entonces la vincularon con Juan Diego Espinoza Ramírez, alias el Tigre, figura del cártel colombiano Norte del Valle. Su sociedad permitió enlazar la producción de cocaína de él en Colombia con los servicios de transporte del cártel de Sinaloa, conexión

que, presuntamente, Ávila Beltrán tendió.

Un reporte del Servicio de Investigación del Congreso de Estados Unidos de 2008 la describió como «miembro de alto nivel del cártel de Sinaloa que fue una pieza clave» en la articulación de conexiones con traficantes colombianos.[25] Pasó un total de siete años en prisión, dos de ellos en aislamiento, y aun así los relatos sobre ella son muy reductivos.

Con 62 años y tras una vida en las sombras del crimen, en julio de 2022 abrió un canal de TikTok. «Sí, soy yo, la verdadera», dice a sus ávidos seguidores en un video, con pijama de estampado de leopardo y el pelo negro envuelto en una toalla. Recurrió a las redes sociales para capitalizar su estatus mítico en la cultura mexicana, lo que demuestra que sabe adaptarse a los nuevos tiempos (cuando estudió Comunicación en la Universidad de Guadalajara, ni siquiera existía internet).

Poco después, apareció en el programa de la periodista mexicana Adela Micha en el que dio una entrevista de dos horas. Al ser cuestionada sobre su decisión de incursionar en ese mundo, Sandra respondió: «El público cree que somos felices todo el tiempo, pero no conoce el dolor y el sufrimiento que hay detrás de todo esto».

Enedina Arellano Félix

A Enedina Arellano Félix, quien asumió el mando del cártel de Tijuana alrededor de 2003 tras el arresto y la extradición de sus hermanos, se le suele llamar la «Narcomami», apelativo que apunta al corazón de quizá uno de los estereotipos más sagrados sobre las mujeres: la maternidad. Se sabe poco de Arellano Félix, como que estudió Contabilidad en una universidad privada, formación que probablemente le sirvió para manejar las finanzas del cártel. Los reportes la muestran como menos beligerante y violenta que sus hermanos, aunque eso podría deberse a supuestos sobre el comportamiento de las mujeres en el narcotráfico más que a evidencia empírica.

El apodo de Narcomami enfatiza que tuvo hijos y yuxtapone los roles de madre y narcotraficante. El factor materno sea quizá la verdad más incómoda de todas porque vulnera una de nuestras creencias más arraigadas: la madre como cuidadora, guardiana del hogar, ambos papeles que implican amabilidad y protección. Si las mujeres no se están quedando en casa para cuidar a los hijos y brindarles satisfacción sexual a sus hombres, entonces se están desviando de una de las expectativas más fundamentales. Es tal vez por ese tabú que la relación de las mujeres traficantes con sus propias madres y otras mujeres de su vida ha sido marginada para mejor centrarse en cómo sus padres, esposos, tíos o hermanos han influido sobre ellas.

Nunca he visto que a un narco prominente lo llamen «narcopapi».

Sean madres, hermanas, tías, esposas, amantes o abuelas, ciertamente no estaban ahí solo «revolviendo la salsa», como dijo Carey. Las mujeres han trabajado en el negocio de la droga desde que existe, muchas durante décadas, y algunas han sido mucho más notables que otras.

NOTAS

[11] Carey, Elaine. «"Selling is More of a Habit than Using" Narcotraficante Lola la Chata and Her Threat to Civilization, 1930-1960», en *Journal of Women's History*, The Johns Hopkins University Press. Verano de 2009, vol. 21, núm. 2. Disponible en: https://history.msu.edu/files/2010/04/Elaine-Carey2.pdf

[12] Carey, Elaine (2014). *Women Drug Traffickers: Mules, Bosses, and Organized Crime*. University of New Mexico Press.

[13] Carey, Elaine. «"Selling is More of a Habit than Using" Narcotraficante Lola la Chata and Her Threat to Civilization, 1930-1960», en *Journal of Women's History*, The Johns Hopkins University Press. Verano de 2009, vol. 21, núm. 2. Disponible en: https://history.msu.edu/files/2010/04/Elaine-Carey2.pdf

[14] *Ibid.*

[15] *Ibid.*

[16] Carey, Elaine y Cisneros, José Carlos. «The Daughters of La Nacha: Profiles of Women Traffickers». *NACLA Report on the Americas*. Mayo/junio 2011. Disponible en: https://nacla.org/sites/default/files/A04403025_8.pdf

[17] Carey, Elaine (2014). *Women Drug Traffickers: Mules, Bosses, and Organized Crime*. University of

New Mexico Press, pp. 381-400.

[18] *The New York Times*. *No Antiwoman Job Bias in the Narcotics Trade*. 22 de abril de 1975. Disponible en: https://www.nytimes.com/1975/04/22/archives/no-antiwoman-job-bias-in-the-narcotics-trade.html.

[19] *Ibid*.

[20] Axthelm, Peter y Marrow, Anthony. «The Drug Vigilantes», en *Newsweek* (16 de abril de 1976). Citado por Carey, Elaine (2014). *Women Drug Traffickers: Mules, Bosses, and Organized Crime*. University of New Mexico Press.

[21] Carey, Elaine (2014). *Women Drug Traffickers: Mules, Bosses, and Organized Crime*. University of New Mexico Press.

[22] Feuer, Alan. «El Chapo "Tried to Kill Me": A Final Witness Confronts the Drug Lord». *The New York Times*. 17 de julio de 2019. Disponible en: https://www.nytimes.com/ 2019/07/17/nyregion/el-chapo-andrea-velez.html.

[23] Carey, Elaine (2014). *Women Drug Traffickers: Mules, Bosses, and Organized Crime*. University of New Mexico Press.

[24] Tuckman, Jo. «Queen of the Pacific has Mexico hooked as she faces drug charges». *The Guardian*. 6 de octubre de 2007. Disponible en: https://www.theguardian.com/world/2007/oct/06/mexico.

[25] Congressional Research Service. *Mexico's Drug Cartels*. 25 de febrero de 2008. Disponible en: https://www.everycrsreport.com/files/20080225_RL34215_6d89146a5fcd867022970d473876f7648f0f2511.pdf.

Capítulo 3

Emma Coronel y su *look*

Orígenes

Levanta la pistola para disparar. Un sombrero de ala ancha protege su cabello negro azabache y su impecable piel blanca del ya de por sí abrasador sol matutino de marzo en Sinaloa. Sus dientes muerden su carnoso labio inferior pintado de rojo y sus gruesas uñas con *manicure* francés posan sobre la Glock momentáneamente, mientras ajusta su objetivo. Se planta con sus fuertes y atléticas piernas, apretando su redondo y firme trasero al tiempo que clava los tacones en el suelo de grava.

Entonces baja el dedo al gatillo y lo presiona una vez para disparar; el arma da un culatazo en sus brazos extendidos. Es la primera vez que dispara un arma en su vida, pero la bala impacta en la silueta humana que se encuentra a unos metros frente a ella, justo en la garganta.

Sorprendentemente, la mujer detrás del arma se parece mucho a Emma Coronel, la esposa de Joaquín el Chapo Guzmán, pero esta es en realidad una contadora y madre de dos hijos que no tiene ninguna relación con el narcotráfico, simplemente creció en ese ambiente, en el que Emma no es solo la esposa del Chapo, sino un modelo a seguir en cuestión de apariencia y estilo de vida. Para algunos, es una artista.

Emma nació en California, pero fue criada en los estados del norte de México, Durango y Sinaloa. Mujeres hambrientas de glamur, empoderamiento y entusiasmo ven con avidez sus hazañas en la televisión y

las redes sociales. Además, aprendió a disparar justo así, y no lejos de aquí.

—Una vez estaba en una estética, y había una joven poniéndose extensiones. Volteó a ver a la estilista y le dijo: «Quiero un *look* estilo Emma» —me contó Sara Bruna Quiñonez Estrada, exfiscal general de Sinaloa y, antes de eso, una temida jueza, durante una visita a su oficina en febrero de 2022.

La extradición del Chapo a Estados Unidos en enero de 2017 para ser juzgado por el imperio de narcotráfico que había construido desde sus humildes orígenes en Badiraguato, Sinaloa, catapultó aún más a Emma al ojo público, ya que estuvo presente durante cada día del juicio. Sin embargo, en cuanto el Chapo salió del panorama criminal de México, Emma se quedó sola, y era momento de que aprendiera a protegerse por sus propios medios, no importaba que hubiera crecido en las sierras de Durango y Sinaloa.

—Una vez que extraditaron al Chapo, a nadie aquí le importó un carajo que fuera su esposa —dijo una fuente que ha entrenado a sicarios del narco en combate urbano.

Emma se crio en un pueblito rural de Durango que colinda con Sinaloa. Muchas generaciones de familias han crecido en los mismos pueblitos del Triángulo Dorado de México, una región que abarca los estados de Sinaloa, Chihuahua y Durango, y que alberga miles de sembradíos clandestinos de amapola y marihuana esparcidos por sus sierras. Su producción alimenta el negocio del cártel de Sinaloa.

El estado de Sinaloa es distinto al resto de México. El cártel epónimo, fundado y con sede ahí, ha controlado durante décadas amplias franjas tanto urbanas como rurales, lo que produjo un conjunto de valores y costumbres que se impregnaron en los genes de la gente. Las tradiciones rurales y agrícolas se han mezclado con una cultura contemporánea de consumidores ostentosos que ahora se propaga y promueve por TikTok, YouTube e Instagram. Es narcocultura en su máxima potencia. Para muchos de los que

viven ahí, los narcos son héroes. Leyendas. Benefactores.

Hay una «capilla» en el centro de Culiacán dedicada a Jesús Malverde, el santo no oficial del narco, un bandido estilo Robin Hood al cual los habitantes locales visitan para rezarle y pedirle favores. El piso, de mosaico blanco, está rodeado por paredes de azulejo verde oscuro; al centro de la capilla hay un cuartito tipo cueva cubierto con fotos de hombres, mujeres y niños, así como billetes (tanto dólares como pesos) pegados a la pared. Al fondo se encuentra el busto de Malverde, frente a un reclinatorio y enmarcado por flores artificiales. Varias de las veces que fui, había un músico tocando canciones melancólicas para los que vienen a pedir un milagro. Los visitantes se arrodillan frente al busto de Malverde, colocan la mano sobre su cabeza, piden lo que necesitan y dejan una ofrenda a cambio.

Desde hace tiempo se venden afuera de la capilla recuerdos turísticos como llaveros, tazas y veladoras con la imagen de Malverde, pero, en algún momento en 2019, apareció un nuevo *souvenir* en los puestecitos de afuera: una estatuilla perfectamente esculpida, de aproximadamente 40 cm de alto, del esposo de Emma, el Chapo, resplandeciente, con una gorra azul y una camisa rosa, y un AK-47 de plástico en las manos.

El Chapo es el símbolo del arquetipo de hombre sinaloense: de aspecto rural, brusco, sencillo, valiente y fuerte. Usa su conocimiento del terreno y su dominio de la violencia para derrotar a sus rivales. Un verdadero cabrón, pues. En las zonas rurales del estado, una cultura ferozmente machista dicta que los hombres deben cuidar el ganado y la tierra, mientras que las mujeres se hacen cargo del hogar y los hijos.

No obstante, su efigie en venta muestra una tendencia más amplia: la comercialización y exportación de la narcocultura a todo el mundo, conforme su cártel crece en poder e influencia. Antes, su imagen solo aparecía en los medios, pero ahora adorna gorras, playeras y llaveros. Claro que hay muchos que rechazan esto, tanto en Sinaloa como en otras partes de México, pero su lugar en la leyenda local ya está asegurado.

—Somos como un rancho grandote con un Costco —me mencionó Natalia Reyes, una activista feminista que creció en Sinaloa.[1]

Se refería a la combinación de valores rurales y conservadores con el consumismo estadounidense, el cual ha ido aumentando en Sinaloa, y en América Latina en general, durante los últimos cincuenta años. Esto ha ido de la mano con la creciente demanda de cocaína, metanfetamina, heroína y —más recientemente— fentanilo, la cual les ha brindado a las empresas del narco como la que creó el Chapo un poder e influencia de largo alcance.

Si los narcotraficantes son héroes, sus mujeres también son adoradas y veneradas, pero, en una época en la que mandan las redes sociales y las *influencers* son reinas, Emma ha llevado su fama y poder mucho más allá de ser solo la esposa de un narco famoso hasta convertirse en una celebridad hecha y derecha. Desde aparecer en documentales tipo *reality show* y videos musicales hasta caminar por pasarelas en Milán y lanzar líneas de ropa, lencería y joyería inspiradas tanto en su fama como en la de su esposo, Emma ha sabido sacarle provecho económico a su notoriedad.

Estuvo presente todos los días durante el juicio de su esposo en Nueva York, y su foto apareció por todo internet y en los periódicos. Sabía que a donde fuera la reconocerían, pero tal vez no le molestaba; quizá siempre quiso ser una estrella. Seguro supo desde el día que conoció al Chapo en 2006, en la polvosa pista de baile de un rancho en el pueblito de Canelas —cuando tenía tan solo 17 años y aspiraba a ser reina de belleza—, que un día sería la mujer más famosa de Sinaloa.

—Él bailaba con otra muchacha, yo bailaba con mi novio, y nos encontramos justo en medio de la pista. Me sonrió, muy coquetón… —recordó Emma en una entrevista que dio en 2016 a la periodista mexicana Anabel Hernández—.[2] Luego alguien me dijo: «El señor pregunta que si quiere bailar con él», y yo dije: «Okey».

No es cualquier cosa que una adolescente se involucre con un hombre como el Chapo. Para entonces, él ya se había convertido en una leyenda

después de haberse fugado por primera vez de la prisión de máxima seguridad Puente Grande en 2001, supuestamente escondido en un carrito de lavandería. Cuando conoció a Emma ya era un bandido legendario, un criminal. Una gran parte de los sinaloenses lo considera un benefactor de los humildes agricultores de amapola y marihuana del estado, y muchos aseguran que los narcotraficantes ofrecen empleos o protección en momentos en los que el Gobierno no lo hace. Cuando el presidente Andrés Manuel López Obrador visitó Badiraguato, el lugar donde nació el Chapo, en marzo de 2020, violó las restricciones impuestas por el COVID para estrecharle la mano a la madre del capo mientras estaba sentada en su coche, lo que provocó tanto burlas como indignación.[3] El gesto se consideró un indicio de que incluso el presidente de México reconocía su legado.

Dos años después de conocer a Emma, el Chapo apareció por primera vez en la lista de multimillonarios de la revista *Forbes*, lo que consolidó su riqueza, fama y atractivo en ciertos círculos: los del narco. Emma había crecido en ese ámbito, era parte de su mundo, pues su papá, Inés Coronel Barreras, también era narcotraficante, y la cercanía de su hija con el capo terminó por entrelazar aún más el destino de su familia con las operaciones del cártel de Sinaloa. La unión probablemente alineó más estrechamente los intereses de su familia con el liderazgo y funcionamiento del cártel, por lo que su padre llegó a ser un alto mando dentro del grupo de su yerno. En 2013, fue arrestado y condenado en México a más de diez años de prisión por tráfico de marihuana y posesión ilegal de armas de fuego. Ese mismo año, el Departamento del Tesoro de Estados Unidos lo sancionó conforme a la Foreign Narcotics Kingpin Designation Act (Ley de Designación de Capos del Narcotráfico Extranjeros) al identificarlo como un actor clave que coordinaba operaciones de narcotráfico para Joaquín el Chapo Guzmán.

Así que ese día en Canelas, después de dar unas vueltas en la pista de baile, el Chapo consiguió la mano de Emma en matrimonio, y ella ganó el certamen de belleza. Fue entonces cuando comenzó su andar sobre la cuerda

floja, al tiempo que su relación emocional y financiera con el Chapo se volvía más profunda. Él era su red de seguridad, la cual, tarde o temprano, le sería arrebatada.

La leyenda dice que el Chapo, después de que se conocieron bailando, se aseguró de que ella ganara el concurso de belleza al enviar una caravana de hombres en moto cargados de dinero para convencer a los jueces, pero Emma lo niega. La belleza de Emma es indiscutible en esos círculos, y tal vez ni siquiera necesitaba su ayuda. Hoy en día, su largo cabello lacio y oscuro, su cintura diminuta, en combinación con unas caderas y busto prominentes, se han vuelto el arquetipo de un cierto tipo de belleza no solo en Sinaloa, sino en todo México.

Una apariencia peligrosa

Cuando Paulina Ramírez García, de 26 años, fue llevada al quirófano para una «miniliposucción» en la ciudad de Culiacán, en febrero de 2022, tenía muy claro el *look* que quería. Pensó que sacarse un poco de grasa del abdomen y usarla para acentuar sus caderas y glúteos la ayudaría a conseguir el estilo «buchona» representado por Emma, una de sus modelos a seguir.

A Paulina le encantaban las redes sociales y la cultura de las celebridades, me contó su tío José Ángel Angulo mientras tomábamos café. Como muchas otras mujeres del estado, estaba obsesionada con tener un cuerpo como los que veía en Instagram y Facebook.

—Antes las jovencitas querían una fiesta de quince años para su cumpleaños; ahora piden una lipo —dijo Angulo.

La cultura buchona ha explotado en plataformas como Instagram y TikTok, que están atiborradas de mujeres presumiendo sus curvas costosas y dando consejos pre y postquirúrgicos.

La idea no es ser narca o buchona, sino parecer una.

—Para muchas sinaloenses, el objetivo en la vida es casarse con un narco por todo lo que eso implica: el estilo de vida, la ropa, la casa, los carros —explicó Isaac Tomás Guevara Martínez, psicólogo social que estudia la violencia en el estado de Sinaloa—. Emma Coronel es el estereotipo del cuerpo ideal para muchas mujeres.

Paulina y un grupo de otras jóvenes metieron su dinero en un esquema de pagos mensuales (los cuales en ese entonces iban en aumento en Culiacán) para ayudar a mujeres de estratos socioeconómicos bajos a pagar sus cirugías. Animan a las mujeres a juntar su dinero para luego sortear quién será la siguiente en operarse, conforme se va acumulando lo suficiente para pagarle a los doctores. A eso se suma que algunos de los médicos que trabajan en ese ámbito son charlatanes y no cirujanos plásticos certificados que se aprovechan de mujeres jóvenes que no pueden pagar una cirugía estética de alto nivel; pagan la mitad de lo que pagarían por estar en la mesa de la doctora Rafaela Martínez Terrazas, una cirujana plástica exitosa y certificada de Sinaloa, pero igual se les promete conseguir ese *look* buchón que podría atraer al tipo de hombre que quieren que las mantenga.

Desafortunadamente, la operación de Paulina no salió como esperaba, ya que, poco después de su cirugía de 2 000 dólares, sufrió un choque septicémico. Más tarde se supo que, durante la lipo, la «cirujana» le había perforado los órganos internos seis veces, incluidos los pulmones y los intestinos, según informaron tanto las autoridades sinaloenses como los familiares de la afectada.

De acuerdo con la fiscalía estatal, la mujer que realizó la intervención —la doctora Amayrani Adilene Rodríguez Pérez— no era cirujana plástica certificada, sino médica general, y había estado realizando operaciones en una de las decenas de «clínicas» clandestinas y sin licencia que se encuentran esparcidas por todo Sinaloa.

Según Randy Ross, un comisionado del órgano local para la prevención de riesgos sanitarios, Cofepris, en los últimos años han surgido, «de manera

exponencial», docenas de clínicas clandestinas de cirugía plástica en todo Sinaloa. Para cuando estuve allí en 2022, había 233 clínicas registradas ante el organismo en todo el estado (apenas empezaban a registrarlas ese año). A principios de septiembre —seis meses después del fallecimiento de Paulina —, inspectores del Gobierno clausuraron 24 por no cumplir con los requisitos básicos, pero no se puede controlar lo que no se encuentra, y la mayoría de las clínicas —como la que presuntamente mató a Ramírez García — ni siquiera están registradas ante las autoridades y operan completamente en las sombras.

Visité la «clínica» donde Paulina se realizó la minilipo: un edificio blanco, sin adornos, a un lado del camino en las afueras de Culiacán, que pasaba completamente desapercibido. Las ventanas y puertas de vidrio espejeado estaban cubiertas con rejas negras; no había ningún letrero que indicara lo que pasaba detrás de esas puertas, una característica común de este tipo de clínicas clandestinas, apuntó Ross.

Paulina pasó tres semanas en el hospital, la mayor parte del tiempo entubada, según contó su familia, y pude ver en fotos que me mostraron cómo, durante ese periodo, la piel del abdomen se le pudrió por completo. Falleció el 9 de marzo de 2022, unos 22 días después de su cirugía.

—Es común que haya pseudocirujanos que «operen», y esta no es la primera víctima de esta «doctora» y de otros —señaló sobre el caso de Paulina la doctora Martínez Terrazas.

Según medios locales, la «cirujana plástica» Rodríguez Pérez supuestamente devolvió a la familia de Paulina el dinero que había cobrado por operarla. Más adelante fue arrestada por el cargo de homicidio, pero nunca visitó a su paciente mientras estuvo en el hospital, confirmó la familia. Los abogados de Rodríguez Pérez no respondieron llamadas ni mensajes para comentar sobre el caso de Paulina o su «clínica», y después de que los cargos se reclasificaron como homicidio culposo, fue liberada bajo fianza en espera de una audiencia. Al final, solo se le impuso una multa.

Difusión en redes sociales

La adoración a la narcocultura implica otros riesgos para las mujeres además del *look* Emma. Cada vez más, las mujeres aspiran a formar parte de las filas del crimen organizado, y esas ganas se ven alentadas y facilitadas por las redes sociales.

Melissa *la China* Calderón es una de las sicarias vinculadas al cártel de Sinaloa más reconocidas. Actualmente cumple cadena perpetua en una prisión mexicana por haber matado, presuntamente, a más de 150 personas por órdenes de Dámaso López —la antigua mano derecha del Chapo— antes de ser arrestada en 2015. Cuando pedí una entrevista con ella, el Gobierno mexicano me informó que se negó desde su celda.

Un perfil en *The Daily Beast* sostiene que «la China lideró un ejército de asesinos, luego se volvió independiente y aterrorizó a todo Cabo San Lucas con una escuadra de trescientos sicarios. Posiblemente habría continuado si su pareja no la hubiera delatado».[4] Las mujeres violentas continúan siendo retratadas como una anomalía estruendosa, y sus novios o parejas varones suelen formar parte de la historia, pero las nuevas generaciones en Sinaloa admiran a este tipo de mujeres; y chicas como Yazmín Esmeralda, de 15 años, caen bajo su influencia.

Mientras visitaba a su abuela en Guasave, al noroeste de Sinaloa, Yazmín encontró una metralleta Uzi al fondo de un armario. De acuerdo con artículos de la prensa local, se sintió inspirada para usarla y grabar «el mejor video de TikTok de su vida». La tomó en sus manos frente a la cámara que sostenía su hermanito y el arma se disparó, matándola al instante. Su madre contó a los reporteros que la encontró boca abajo en un charco de sangre. «¿Qué hacía una Uzi en la casa de la abuela?» y «¿Por qué estaba al alcance de los niños?» fueron solo algunas de las preguntas que me intrigaron al leer sobre la muerte de Yazmín, además de su deseo porque la vieran posando con un arma en TikTok.[5]

—La narcocultura es aspiracional —dijo Siria Gastélum, quien nació y creció en Culiacán, la capital de Sinaloa. Ella ha estudiado a las mafias durante la mayor parte de su vida profesional y trabaja para la Iniciativa Internacional contra el Crimen Organizado Transnacional (GI-TOC, por sus siglas en inglés)—. Mucho antes de que existieran las redes sociales, ya teníamos los narcocorridos. Todo se trataba de presumir, de ser una leyenda. La juventud siempre anda en busca de héroes, estrellas de rock y modelos a seguir.[6]

—Que [Yazmín] haya elegido grabar un video [de esa forma] demuestra que nuestra juventud está inmersa en esa cultura —dijo Quiñonez Estrada, exfiscal general de Sinaloa—. Es lo que escuchan a todas horas.[7]

La universalidad de estos ideales y aspiraciones no hace que tragedias como las de Paulina y Yazmín sean más fáciles de digerir, y el auge de las redes sociales ha acelerado su difusión. Emma siempre supo el valor de usar las redes para crear su marca, y en sus cuentas de Instagram y Twitter (ahora X) aparecía con su personaje de buchona, posando con armas, yates y autos lujosos.

Sin embargo, el *look* de buchona no se limita a quienes están en el negocio de las drogas.

Emma como obra de arte

—[Emma Coronel] es como una artista —me comentó Janet Martínez Quintero, de 38 años, mientras estábamos sentadas en un par de sofás dentro de un exclusivo salón de belleza y estudio de yoga en el centro de Culiacán, en febrero de 2021—. Además de todo eso, es una de las mujeres más hermosas de por aquí.[8]

Martínez Quintero, con su piel blanca y tersa, y cabello rubio, no aparentaba más de 30 años. Sus pómulos estaban a la altura correcta y su nariz era perfectamente estrecha y recta. Me contó que se hizo su primera

cirugía plástica cuando tenía 18 años: una «lipoescultura» en la que el cirujano quita el exceso de grasa del abdomen, los brazos y la espalda, y la usa para esculpir los glúteos, fue su primer tratamiento. Desde entonces, se ha hecho más de una docena de intervenciones, desde implantes en los senos y pantorrillas hasta liposucción de mejillas. Es una tradición familiar, me dijo: su madre y sus cuatro hermanas también se operaron y su hijo de 19 años le regaló a su novia una cirugía de senos.

—Es parte de nuestras raíces; todas lo hacemos. En el país donde vives hacen algo que en otros países no; cada país tiene su cultura, ¿verdad? Y aquí lo que hace la hermana mayor, lo hace la hermana menor, luego le sigue la hija, y así sucesivamente. O sea, es algo bien establecido. Lo que hace la mamá, lo hace la hija, la nieta; es como una cadena —explicó.

Fue una entrevista difícil durante la cual me sentí profundamente conflictuada. Trato de dejar el juicio a un lado como parte del proceso de intentar adentrarme lo más posible en la vida e historia de la persona que tengo frente a mí, ya sea víctima, asesino, amigo o enemigo. Creo que la empatía es esencial para entender de verdad la experiencia de otra persona. Al hablar con Janet caí en la cuenta de que, si viera una foto de ella de adolescente, probablemente notaría que ya queda muy poco de esa joven, pues casi toda ella había sido retocada, afinada, achicada, agrandada, suavizada o blanqueada.

—La cirugía es algo que te satisface, que te llena, que te gusta —señaló. Lo que decía chocaba con mucho de lo que yo había tratado de lograr toda mi vida: la autoaceptación, el amor por las partes de mí que no me gustaban pero que no podía cambiar y el esfuerzo para mejorar esas partes que sí podía modificar, tanto físicas como emocionales.

Ella lo veía diferente.

—Cuando te haces una cirugía es como un regalo de Dios. Si hay algo de ti que no te gusta y tienes la capacidad y el dinero para cambiarlo, puedes hacerlo. Tu autoestima aumenta —explicó Janet—. Así es como funciona la

cultura aquí. Si a una mujer no le gusta su cuerpo y tiene la oportunidad de pedírselo a un hombre o a su novio, lo que sea, ellos se lo regalan. Van y lo pagan con gusto.

Otra mujer que estaba en el salón había venido desde California para hacerse una lipo y una cirugía de senos, y me comentó que lo atractivo de operarse en México es que existe una mejor relación calidad-precio y los doctores están dispuestos a ir más allá.

—Aquí, como que, no sé, siento que no es que vayan en contra de las reglas, pero no sé. La forma en que moldean tu cuerpo; creo que hacen un mejor trabajo —dijo la mujer.[9]

Hay varios aspectos de su cuerpo que posiblemente no les gusten a las mujeres, y para personas como Janet y Brenda, la cirugía fue la respuesta. Entendí que si se puede pagar para tomar atajos, ¿por qué no hacerlo? Siempre hay más de una forma de llegar al mismo destino, pero, desde mi perspectiva, la relación costo/beneficio sí parecía variar; por ejemplo, fui testigo de cómo los retoques podían volverse adictivos. Gran parte de lo que nos disgusta de nosotras mismas está más relacionado con nuestra condición emocional y psicológica, así como con las experiencias vividas y el trauma, que con lo que realmente vemos en el espejo. Janet reconoció que usar la cirugía para remendar esas insatisfacciones era un hábito que le estaba costando dejar. Lo que no abordó fue si ajustar la parte física resuelve de raíz el problema emocional subyacente.

—Una cosa lleva a la otra —contó Janet—. Me hago el trasero y luego me veo los senos y digo: «Me los haré también». Y después notas que tu nariz está un poco chueca o afinas tu barbilla. Luego piensas que quizá un poquito de bótox en los ojos te haría ver mejor y unos pómulos más altos también ayudarían, ¿no? Entonces te haces las piernas con implantes de pantorrilla. Así una cosa lleva a la otra porque en el momento en que te haces cirugía te vuelves adicta a ella.

Ser adicta a la automejora quirúrgica podría ser solo otra versión de la

búsqueda constante de crecimiento y superación personal. Me dio la sensación de que Janet consideraba mi figura atlética y varonil como algo que yo estaba eligiendo aguantar. Incluso le pudo haber parecido que mi predicamento era tan desconcertante y confuso como el suyo era para mí. Si podía pagarme una mejora de senos y algún retoque después de tener hijos, ¿por qué rayos no lo haría?

El patriarcado y los ideales masculinos sobre la belleza femenina sin duda influyen en el *look* de buchona, pero la naturaleza competitiva en la búsqueda de esos ideales enfrenta a las mujeres entre sí, voluntariamente. Se vuelven cómplices cuando se apegan a las normas de estética y cuerpo, sin importar cuán brutales o antinaturales sean.

Considerar a las mujeres como víctimas unidimensionales en la escultura del cuerpo es simplificar demasiado el asunto. Al haber crecido en la cultura de la cirugía, Janet simplemente no parece cuestionar los valores y las dinámicas que la sustentan, de la misma forma en que yo posiblemente no cuestiono la sabiduría de la dieta o la terapia para mejorar mi salud, apariencia y bienestar mental. Para ella las cosas son así, sin dudarlo, pero en esa misma lógica, personas que crecen en la misma cultura pueden actuar diferente. No todas las mujeres de Sinaloa, ni de México, están de acuerdo con los estándares estéticos de las buchonas.

Apegarse a esos estándares contribuye a lo que podría describirse como una creciente mercantilización del cuerpo femenino. La cirugía plástica, según una renombrada cirujana que entrevisté, generalmente la pagan las parejas masculinas de las mujeres y, desde su perspectiva, parece ser otra forma de control. Se trata tanto de proporcionar la cirugía y todo lo que esto trae para las mujeres, como del resultado estético que produce porque, si tu marido o tu novio pagan por tus senos y tu trasero, con razón o sin ella, les da a los hombres una sensación de propiedad sobre ti, lo que les facilita tratar a sus mujeres como posesiones e, incluso, deshacerse de ellas si es necesario. Y la estética aquí es muy diferente al amor por la cirugía plástica

que existe en otras partes del mundo porque ahí los hombres no suelen matar ni desmembrar a sus mujeres, o a las de otros hombres, para mandar un mensaje, como sí sucede en Sinaloa y en el narcotráfico en general. Se reservan tipos especiales de violencia para ellas, para sentar un precedente.

—Si las mujeres viven en esas circunstancias, donde los hombres son los proveedores y les dan lujos y todo lo demás, lo pagan después —me dijo María Teresa Guerra Ochoa, titular de la Secretaría de las Mujeres del estado de 2021 a 2024, una mañana en su oficina de Gobierno—. Si alguna vez quieren dejar la relación y vivir solas en libertad, bueno, casi siempre terminan siendo asesinadas. Hay muchas historias así.[10]

Quería saber si yo estaba malinterpretando las cosas, así que busqué a Rafaela Martínez Terrazas, quien había sido la cirujana plástica de toda la vida de Janet. Sentada en la sala de espera de su clínica, me rodeaban jóvenes con partes del cuerpo vendadas o enyesadas, todas muy jóvenes. En un televisor, sonaba a bajo volumen una telenovela en la que las protagonistas se parecían, inquietantemente, a las mujeres que estaban a mi alrededor en la sala de espera.

La doctora Rafaela Martínez Terrazas ha dedicado la mayor parte de su carrera a perfeccionar el *look* Emma. Es considerada una de las mejores cirujanas plásticas de Culiacán, y atrae clientas de Estados Unidos y otras partes del mundo.

—Siempre he pensado que los hombres dominan a las mujeres de tres maneras —me comentó mientras estábamos sentadas en su consultorio, en una pequeña habitación adyacente a donde se encuentra su mesa de operaciones—: con los puños, con el dinero y a través de su autoestima.[11]

»Sus hombres no quieren que se empoderen —aludió Rafaela—. Una liposucción básica, que elimina grasa de los brazos, los muslos y el abdomen, afina la cintura y levanta las pompis, cuesta alrededor de 5 000 dólares.

Aunque los maridos o novios de algunas de estas mujeres pagan sus

operaciones, ellos son calculadores con el proceso de pago.

—No les dan efectivo porque cuando las mujeres reciben dinero, si son listas, empiezan a ahorrar o a empoderarse un poco con la independencia económica, y sus hombres jamás van a permitir que eso suceda —apuntó Rafaela, negando con la cabeza. Fue discreta sobre los hombres y las mujeres a quienes ha operado en las últimas décadas, pero era plenamente consciente de que muchos eran del mundo del narcotráfico—. Pero a las mujeres les gusta depender de sus hombres… tener que pedirles dinero para todo, hasta para un kilo de tortillas.

Una vez más, el tema de la voluntad. Muchas de estas decisiones se toman en el contexto de una vida en la que no hay una gran gama de opciones a la vista. El punto no es que existan más posibilidades, sino que solo cuentan aquellas que se perciben. Así que la idea de prepararse para conseguir un empleo e independencia económica quizá no está dentro de ese espectro. Las personas a su alrededor no las motivan a cuestionar los valores tradicionales y el estilo de vida que se han transmitido por generaciones; más bien toman decisiones dentro de los parámetros tradicionales que les dicta su contexto cultural, el cual incluye la tradición de encontrar a un hombre que las mantenga y les dé todo lo que quieren y necesitan.

—México todavía no logra crear suficientes oportunidades para el empoderamiento económico de las mujeres, por lo que el camino hacia el narcotráfico se ha vuelto la vía más corta hacia la riqueza, y los seres humanos, en general, tienden a tomar el camino más fácil hacia el éxito. Por eso tantas mujeres lo eligen —explicó María Teresa Guerra Ochoa.

No solo las mujeres buscan vínculos con los hombres poderosos del mundo del narco; en Culiacán, hay una capilla dedicada a ellos.

«Ellos»

Cuando apareció por primera vez en 2019 la versión en miniatura y de yeso

del Chapo en la capilla de Malverde, costaba alrededor de 750 pesos, pero en un viaje de regreso que hice unos años después (en febrero de 2022) para este libro, la estatua costaba el doble. La mujer que atendía el puesto me dijo que no cualquiera puede hacer los mini-Chapos y señaló que los productores deben tener permiso de «Ellos».

Se refería a Iván, Ovidio y Jesús, los hijos adultos del Chapo, quienes en ese momento eran los nuevos jefes en Culiacán. Tras la extradición del Chapo, se enfrentaron en una guerra sangrienta con el que era la mano derecha de su padre, Dámaso López, por el control de zonas de Sinaloa y sus lucrativos terrenos de cultivo de drogas, así como de sus laboratorios de metanfetamina y fentanilo. Luego estaba Ismael *el Mayo* Zambada, una de las últimas leyendas del narco de la vieja escuela, quien mostraba poca lealtad a los hijos del Chapo mientras ellos usaban nuevos niveles de violencia para intentar consolidar su dominio.

—[Los Chapitos] infunden miedo, no respeto. Esa es la gran diferencia [con la vieja generación] —me expresó un habitante de Culiacán.

Emma sabe cómo son los hombres de Sinaloa, pues creció entre ellos. Los negocios son negocios y están por encima de todo. Tras la condena de cadena perpetua del Chapo en julio de 2019, nadie iba a permitir que su historia con él se interpusiera en el camino si cabía la posibilidad de que obstaculizara sus intereses comerciales. Percibía que estaban pensando en todo lo que sabía y en lo que podría ofrecer a los fiscales estadounidenses para armar casos contra quienes seguían en el juego.

Esos temores se intensificaron con la violencia que estalló en todo el estado cuando sacaron al Chapo del país. Emma quería tomar precauciones para no quedar atrapada en el fuego cruzado, por eso deseaba aprender a protegerse. Casi siempre adoptaba una postura práctica frente a su situación y circunstancias.

En enero de 2019, la examante del Chapo, Lucero Guadalupe Sánchez López, contó ante un tribunal en Nueva York sobre cómo una noche de 2014

un operativo policial en Culiacán, Sinaloa, los despertó a ella y al Chapo, y cómo los amantes tuvieron que huir desnudos por los túneles del drenaje. Se dice que Emma, quien estaba sentada en la sala mientras Lucero daba su testimonio, soltó una carcajada mientras la ex del Chapo rompía en llanto.

—El júbilo de Coronel aumentó aún más cuando el micrófono de solapa de Sánchez continuó encendido incluso después de que la sacaron para un receso: sus sollozos seguían transmitiéndose por toda la sala tras su salida —escribieron Emily Saul y Ruth Brown del *New York Post*.[12] Supongo que tratar de evitar o ignorar el hecho de que su esposo tenía amantes era inútil y un desperdicio de energía emocional, así que Emma mejor se lo tomó a la ligera.

—No estoy tan seguro de que Emma realmente haya amado al Chapo Guzmán —me expresó Mike Vigil, exjefe de operaciones internacionales de la DEA, quien trabajó en México durante 13 años—. Se conocieron por un periodo muy corto antes de casarse. Con él prófugo, ella tenía acceso a todo su dinero y podía llevar una vida muy acomodada, por así decirlo, sin tener que lidiar tanto con él.[13]

Para cuando Emma y el Chapo se conocieron y casaron, él ya era un famoso fugitivo tras su primer gran escape del penal de máxima seguridad de Puente Grande. Es poco probable que ella y el capo hayan compartido un hogar como una pareja casada común y corriente, y seguramente estuvo bajo la constante vigilancia de agentes mexicanos y estadounidenses por si, en algún momento, los llevaba hasta su esposo. Es difícil imaginar que el Chapo, quien pasó la mayor parte de su tiempo prófugo en las montañas de Sinaloa y otras zonas remotas de la región, permaneciera sentado, cruzado de brazos o mirando al horizonte mientras garabateaba retratos de Emma.

Según Vigil, tenía un montón de amantes.

—Muchas mujeres [que se casan con narcos], como las jóvenes que se casan con algún viejo millonario propietario de fondos de inversión porque quieren la vida que él les puede ofrecer, se resignan. Saben que sus vidas no

van a ser normales, pero no quieren irse porque les gusta ese estilo de vida o tienen miedo de irse porque saben que el esposo narco irá tras ellas —me explicó Bonnie Klapper, abogada penalista de Estados Unidos que ha representado a varias narcotraficantes. [14]

Quién sabe si Emma siguió la misma política de fidelidad que su esposo; en las culturas machistas se espera que las mujeres sean leales, incluso si sus maridos tienen amantes. Ella entendía perfectamente el trato: el matrimonio era una sociedad, tanto de negocios como de placer. La poca evidencia que existe indica que ella no se tomaba nada en serio su actitud de don Juan.

Lo que sí tomaba en serio era su seguridad y la de sus hijas gemelas. Aprender a usar un arma no fue suficiente para permitirle dormir tranquila, y en febrero de 2021, después de que su esposo fue declarado culpable y condenado a cadena perpetua en una prisión de Estados Unidos, también fue arrestada por cargos de narcotráfico. La detuvieron al aterrizar en Washington D. C., acusada de haber ayudado al Chapo en su segunda fuga de un penal de máxima seguridad en julio de 2015, cuando se escabulló por un agujero en el cubículo de su regadera; posteriormente, se subió a una motocicleta montada sobre rieles y salió disparado hacia la libertad por un túnel bien iluminado y ventilado, construido para este propósito. Después se supo que Emma se había entregado voluntariamente.[15] Finalmente, fue sentenciada a tan solo tres años de prisión, una condena muy baja considerando los cargos que se le imputaron, lo cual alimentó la especulación de que colaboró en otros casos relacionados con su esposo.

Después de su encarcelamiento en Estados Unidos, tanto Ovidio, uno de los hijos del Chapo, como el Mayo, cofundador del cártel de Sinaloa junto con el Chapo, fueron arrestados, pero, para quienes observaban en tiempo real desde Sinaloa, el momento en que arrestaron a Ovidio y los cargos que surgieron recientemente no pintaban bien.

Dadas estas circunstancias, es poco probable que Emma regrese alguna vez a Sinaloa en busca de los vestigios de su vida pasada.

Recuperó su libertad en septiembre de 2023, tras pasar menos de tres años en prisión por su participación en el multimillonario imperio criminal global de su esposo.

—Tiene mucha suerte de ser ciudadana estadounidense y poder quedarse aquí con sus hijas —comentó Klapper, la abogada penalista estadounidense que ha representado a varias narcotraficantes de alto perfil—. Coronel tiene una segunda oportunidad en la vida.

Una segunda oportunidad

Aproximadamente un año después de haber salido en libertad, Emma protagonizó un video musical lanzado por una de sus abogadas defensoras, Mariel Colón, quien también se dedica a la música. «La señora», una canción ranchera tradicional, muestra a Emma con distintos atuendos elegantes, ya sea montando a caballo, caminando por una mansión decadente o sentada haciendo negocios con jóvenes trajeados que fuman puros. Emma interpreta bien el papel de jefa y luce convincente, profesional, segura de sí misma y hermosa, con la mirada a menudo fija en el lente de la cámara. También desfiló en la pasarela de Milán durante la Semana de la Moda en septiembre de 2024, luciendo un vestido de novia ornamentado. Con más de 400 000 seguidores en Instagram, ha aprovechado la plataforma para impulsar su imagen y su fama, para deleite de sus admiradores.

Con su esposo tras las rejas y un futuro incierto, tiene que hacer lo que esté en sus manos para mantener el flujo de dinero y conservar, en cierta medida, el estilo de vida al que está acostumbrada. Está claro que, por ahora, no tiene intención de desaparecer y empezar una nueva vida con una imagen distinta. La realidad es que, probablemente, tampoco tenga muchas opciones, dada la fama que ella misma, en gran parte, labró.

NOTAS

[1] Natalia Reyes. Entrevista con la autora. 20 de marzo de 2022.

[2] Anabel Hernandez. «Murder, torture, drugs: Cartel kingpin's wife says that's not the "El Chapo" she knows». *Los Angeles Times*. 16 de febrero de 2021. Disponible en: https://www.latimes.com/world/mexico-americas/la-fg-el-chapo-wife-20160221-story.html.

[3] Tom Phillips. «Mexican president ignores coronavirus restrictions to greet El Chapo's mother». *The Guardian*. 20 de marzo de 2020. Disponible en: https://www.theguardian.com/world/2020/mar/30/andres-manuel-lopez-obrador-el-chapo-mother-mexico.

[4] Michael Daly. «She Was the Cartel's Top Assassin. And Then Her Boyfriend Turned Her In». *The Daily Beast*. 14 de abril de 2017. Disponible en: https://www.thedailybeast.com/she-was-the-cartels-top-assassin-and-then-her-boyfriend-turned-her-in.

[5] «Adolescente de 15 años se mata en Sinaloa con subametralladora al grabar video en TikTok». *Proceso*. 28 de enero de 2022. Disponible en: https://www.proceso.com.mx/nacional/2022/1/28/adolescente-de-15-anos-se-mata-ensinaloa-con-subametralladora-al-grabar-video-en-tiktok-279981.html.

[6] Siria Gastelum. Entrevista con la autora. 25 de febrero de 2022.

[7] Sara Bruna Quiñonez Estrada, fiscal general de Sinaloa. Entrevista con la autora. Febrero de 2022.

[8] Janet Martínez Quintero. Entrevista con la autora en Sinaloa, México. 28 de febrero de 2022.

[9] Brenda, quien solicitó que no se mencionara su apellido. Entrevista con la autora en Sinaloa, México. 28 de febrero de 2022.

[10] María Teresa Guerra Ochoa, titular de la Secretaría de las Mujeres del estado. Entrevista con la autora en Sinaloa, México. 19 de febrero de 2022.

[11] Doctora Rafaela Martínez Terrazas. Entrevista con la autora en Sinaloa, México. 22 de febrero de 2022.

[12] Saul, Emily y Brown, Ruth. «El Chapo's wife laughs as his mistress weeps on the stand». *New York Post*. 17 de enero de 2019. Disponible en: https://nypost.com/2019/01/17/el-chapos-wife-laughs-as-his-mistress-cries-on-the-stand/.

[13] Mike Vigil. Entrevista con la autora. Julio de 2019.

[14] Bonnie Klapper. Entrevista con la autora. 29 de enero de 2022.

[15] Keegan Hamilton, «El Chapo's Wife Emma Coronel Turned Herself In», *VICE News*, 25 de febrero de 2021. Disponible en internet: https://www.vice.com/en/article/qjp9px/el-chapos-wife-emma-coronel-turned-herself-in.

Capítulo 4

El rostro femenino del cártel de Sinaloa

Creo que si le preguntara qué les hace el Estado estadounidense a los prisioneros y extranjeros extraditados, su respuesta sería que mata a sus hijos.

Robert Feitel, abogado defensor de Luz Fajardo Campos[1]

Asesinato en México

La ciudad de Hermosillo está situada en medio del ardiente desierto de Sonora, en el norte de México. Cientos de mezquites custodian sus chamuscadas carreteras, repletas de osadas serpientes de cascabel calcinadas que se atrevieron a cruzar el asfalto bajo el sol abrasador.

A finales de abril de 2017, dos hermanos de apellido Avilés Fajardo, circulaban sobre una de esas carreteras, quizá en camino al laboratorio de metanfetaminas de su mamá. Estos hombres, junto con su hermana Arlene, administraban el laboratorio como parte del negocio familiar de narcotráfico, cuya sede se ubicaba en el sur del estado, en la frontera con Sinaloa.

Alguien en la carretera detuvo ese día a los hermanos —quienes, probablemente, heredaron sus grandes ojos cafés, cabello oscuro y buena apariencia de su madre—. Es posible que haya sido más de una persona y que, quien sea que los haya obligado a orillarse, lo haya hecho usando los poderes de persuasión característicos de las armas de alto calibre.

La identidad de sus agresores aún es desconocida, pero su madre, Luz Irene Fajardo Campos, tiene sus sospechas sobre qué ocurrió después y quién estuvo detrás de todo.

Tras ser detenidos (o «secuestrados», según los expedientes judiciales), se les ordenó salir del vehículo. Los torturaron, y es posible que la tortura no sucediera a orillas de la carretera, frente a otros conductores que pasaban por ahí. Los detalles del abuso no se han dado a conocer públicamente. Tal vez no necesitemos conocerlos y la información sea demasiado dolorosa para su madre, Luz.

Después de ser torturados, colocaron a los hermanos en su vehículo junto a la carretera y prendieron fuego a los cuerpos, a excepción de las cabezas, las cuales no se encontraron, lo que causó que fuera todavía más difícil identificarlos.[2]

Arresto en Colombia

En una ocasión, en el tribunal se describió a Luz Fajardo Campos como la versión femenina de Joaquín *el Chapo* Guzmán y como el «rostro femenino» del cártel de Sinaloa.[3]

Cuando orillaron a sus hijos en esa abrasadora carretera, los fiscales de Estados Unidos estaban preparando el comienzo del juicio del Chapo en Nueva York. Sin embargo, a pesar de su arresto y extradición, el negocio continuó floreciendo para el cártel de Sinaloa, y Luz y su empresa familiar siguieron disfrutando de sus beneficios gracias a su «afiliación cercana» con dicha organización, según cuenta una persona previamente asociada con ella. De acuerdo con unos testigos en su juicio, previo al arresto de Guzmán, él y Luz hablaban por teléfono con regularidad. Sin que ellos lo supieran, los investigadores habían intervenido los teléfonos y mensajes de Luz desde 2013. Ninguna de las conversaciones que supuestamente tuvo con el Chapo se usó como prueba en su contra.

El caso de Luz tiene varias aristas: se trataba de una mujer independiente que administraba un negocio ilícito con la ayuda de sus hijos y estampaba sus paquetes de cocaína con el nombre Jenca; no hubo pruebas de que se le violentara durante el juicio. La limitada información en torno a su caso nos habla de una mujer compleja. Mientras estuvo en el narcotráfico, Luz fue una patrona exitosa y poderosa que, al mismo tiempo, era cálida y simpática, y las comunicaciones intervenidas la muestran compartiendo fotos familiares y chismes con sus socios comerciales.

Pero luego del asesinato de sus hijos, el comportamiento de Luz cambió, de acuerdo con personas cercanas al caso. Responsabilizó al Gobierno que la arrestó y extraditó por la muerte de sus hijos, y eligió ir a juicio en vez de cooperar con los fiscales a puerta cerrada.

Días antes de que sus hijos fueran asesinados, Luz, en ese entonces de 53 años, se encontraba en Colombia. Posteriormente declaró en el juicio que la habían enviado a tomar «fotografías de algunas personas» para uno de sus socios. Recordó que estuvo ahí solo por unos días y que tuvo unas reuniones antes de regresar a casa, pero justo ese día, a principios de abril, su chofer «se extravió» varias veces, por lo que perdió su vuelo de la capital, Bogotá, a México. Fue en ese momento que comenzó a sospechar que algo andaba mal.[4]

La detuvieron en Inmigración en el aeropuerto internacional de Bogotá antes de que abordara el avión. Recordó haberse puesto nerviosa, y que su estómago comenzó a retorcerse y dolerle; corrió al baño a vomitar. Tras horas de espera, la llevaron a una habitación, donde se sentó frente a un fiscal colombiano. Luz solicitó hablar con alguien de la DEA y el fiscal aceptó.

—Necesitas salir de esto... tan pronto como puedas. Negocia con la DEA —le dijo.

Parecía querer ayudarla, pero no estaba segura.

No logró salirse y no lo haría por algún tiempo. Durante los siguientes meses, Luz pasó largas horas en reuniones.

—Fueron aproximadamente 37 horas de conversaciones con la fiscalía, a lo largo de unos seis o siete meses, durante los cuales nunca se me permitió hablar. Nunca pude decir nada ni expresarme de ninguna manera —recordó —. Toda la comunicación la llevaban los agentes de la DEA. Siempre.

Luz contaba con mucha información para compartir con los agentes, quienes, para ese entonces, ya habían estado leyendo los mensajes de la BlackBerry que usó por años para llevar a cabos sus operaciones de narcotráfico fuera de México. Sin embargo, su principal preocupación durante esas reuniones no era su posible encarcelamiento, sino la seguridad de su familia.

—Les rogué y les advertí del peligro que esto implicaba —le comentó años después al juez John D. Bates antes de su audiencia de sentencia en Washington D. C.

Luz cree que su detención en Colombia y las reuniones subsiguientes a puertas cerradas en Bogotá se filtraron a sus socios criminales y rivales en México, quienes asesinaron a sus hijos en consecuencia. La meta era, en parte, clausurar su negocio, pero también callarla y disuadirla de cooperar con los fiscales del sistema judicial estadounidense. Para entonces, tras la sentencia condenatoria del Chapo, las riendas del cártel de Sinaloa estaban en manos de otros líderes; en las de los tres hijos de Guzmán, conocidos como Los Chapitos.

Tan pronto la detuvieron, supo que sus hijos estaban en riesgo, y la DEA ignoró sus solicitudes de tomar precauciones.

—Creo que si le preguntara qué les hace el Estado estadounidense a los prisioneros y extranjeros extraditados, su respuesta sería que mata a sus hijos —le dijo Robert Feitel al juez.[5]

La familia importa

La familia era importante para Luz. Nació y creció cerca del diminuto y

pintoresco pueblo de Cosalá en Sinaloa, el cual aloja a unas 7 000 personas. En ese poblado, las familias heredan las propiedades y la tierra de generación en generación. Todos se conocen.

Fue una de varios hermanos que crecieron en la cultura del cultivo de drogas y la vida que la rodea. Cosalá se encuentra en una parte de México conocida como el Triángulo Dorado, donde humildes comunidades agrícolas han cultivado, durante décadas, amapola y marihuana en campos clandestinos en la sierra. Luz conocía y comprendía el negocio de las drogas, y que el cártel de Sinaloa era un poder de facto paralelo al Gobierno del estado y que compraba pasta de opio y marihuana a granel a los agricultores.

Las historias sobre los primeros años de Luz están mezcladas. Su título en derecho indica que tuvo educación superior y la posible intención de ejercer como abogada. Para poder estudiar una carrera, Luz se vio en la necesidad de dejar el diminuto pueblo de Cosalá para irse, por lo menos, a Culiacán, si no es que a la capital del país, Ciudad de México, pero su vida antes de eso no fue fácil.

Con frecuencia, las comunidades rurales de México están formadas por familias numerosas que viven en condiciones de pobreza extrema. El abuso del alcohol y la violencia doméstica son comunes. Según los expedientes judiciales, Luz fue criada por sus abuelos maternos en la «pobreza».

Cuando llegó a la adolescencia, ya conocía bien la cultura rural y machista de su entorno. Los informes presentados al tribunal durante su juicio señalan que un grupo de hombres la secuestró y violó antes de que cumpliera 18 años. No existen mayores detalles sobre el incidente, pero la experiencia fue «sin duda, un hecho terrible y muy significativo», comentó el juez John D. Bates antes de dictar su sentencia para señalar que el suceso había tenido un efecto adverso en la salud mental de Luz desde una temprana edad.

La situación no mejoró mucho después de eso. En la misma época en que fue agredida, sus abuelos negociaron un matrimonio forzado con un

hombre no identificado que «abusaba de ella física y sexualmente y que, al parecer, le hizo algo aún peor a uno de sus hijos antes de que la acusada por fin decidiera abandonarlo y quedarse sola son sus hijos».[6]

Esas dos experiencias siendo tan joven moldearon la visión de Luz tanto del mundo como de los hombres que la rodeaban. El juez explicó que ambos incidentes terminaron empujándola hacia el narcotráfico, especialmente después de abandonar a su abusivo marido, y verse sola y con varias bocas que alimentar. No se sabe a ciencia cierta cuántos hijos tiene, pero se conocen al menos cuatro: los tres varones y la hija, quienes trabajaban con ella.

Cuando Luz comprendió que tendría que mantener a su familia por su cuenta, no intentó buscar estabilidad con otro marido. Para entonces, ya era muy consciente de sus vulnerabilidades como mujer, y me pregunto si la idea de estar a merced de otro hombre poderoso a cambio de ayuda económica simplemente no le atraía. Quizá ya no tenía ganas de hacer mayores sacrificios y, además de sus hijos, no hay otros familiares varones visibles en su organización, según las pruebas presentadas en el juicio.

Los Chapitos

Cuando Luz comenzó sus actividades de narcotráfico por ahí de 2010, los únicos en los que confiaba para manejar su negocio eran sus propios hijos. Muy similar al Chapo y el cártel de Sinaloa, cuyas actividades continúan pese a que el capo está cumpliendo una sentencia de cadena perpetua en una prisión estadounidense. Después de su extradición en 2017, estalló una sangrienta disputa por el poder en Sinaloa entre las diferentes fracciones del cártel, siendo la más notoria la de Los Chapitos, un grupo conformado por los hijos del Chapo: Joaquín Guzmán López, Ovidio Guzmán López, Iván Archivaldo Guzmán Salazar y Jesús Alfredo Guzmán Salazar. Le declararon la guerra a Dámaso López, también conocido como el Licenciado, quien era

confidente y mano derecha de su padre. López, exdirector de un penal, supuestamente ayudó al Chapo a lograr su primera gran fuga de una cárcel de máxima seguridad en 2001. Sin embargo, después de que el Chapo fue enviado a Estados Unidos, la relación entre López y Los Chapitos se agrió.

Se dice que López intentó matar a Iván y a Jesús en una emboscada en una carretera de Sinaloa en febrero de 2017, semanas después de la extradición de su padre. Ambos hermanos resultaron heridos, pero sobrevivieron al ataque. Sin embargo, esto detonó una guerra violenta entre ambos bandos. López solo sobrevivió porque fue arrestado en Ciudad de México. Se desconoce si su arresto, ocurrido meses después de su supuesto intento por aniquilar a los hijos del Chapo, fue orquestado por los hermanos, pero el Gobierno mexicano, en colaboración con funcionarios estadounidenses, les hizo un favor. La extradición de López a Estados Unidos en julio de 2018 garantizó que quedara definitivamente fuera del juego y consolidó el control de Los Chapitos sobre Culiacán.

Pero estas circunstancias no permanecerían así por mucho tiempo.

El 17 de octubre de 2019, un intento del Gobierno mexicano para arrestar a Ovidio en Culiacán tuvo terribles repercusiones.[7] El Ejército mexicano puso a Ovidio brevemente bajo custodia, lo que causó que miles de secuaces del cártel de Sinaloa salieran en masa a las calles y crearan una mini guerra civil que se expandió por la ciudad entera. Videos en redes sociales mostraron a hombres jóvenes recorriendo las calles en la parte trasera de camionetas equipadas con fusiles Barrett calibre .50, disparando a las fuerzas armadas sobre las avenidas principales a plena luz del día. El Gobierno se vio obligado a liberar a Ovidio después de que el Ejército fuera superado en número y armas, lo que terminó siendo una gran vergüenza para el gobierno del presidente Andrés Manuel López Obrador.

No obstante, el Gobierno volvió por él en enero de 2023. Rodearon una de las casas de la familia de Ovidio cerca de Culiacán. No llamaron a la puerta, sino que comenzaron a disparar y en tan solo diez minutos capturaron al

menor de Los Chapitos. Se lo llevaron a la capital mexicana y dejaron atrás un enfrentamiento armado que se prolongó durante horas. Fue extraditado de inmediato a Estados Unidos.

No muy lejos de ahí estaba su hermano Joaquín, quien fue detenido junto con Ismael *el Mayo* Zambada en julio de 2024, después de que el Chapito supuestamente engañara al cofundador del cártel de Sinaloa para que se subiera a un avión privado que, de inmediato, voló hacia el norte, cruzando la frontera con Estados Unidos hasta Texas.

Lleva años armar juicios penales contra capos de la droga como Los Chapitos, y la cooperación de líderes como Luz y Guadalupe Fernández Valencia, a quienes conocimos en la introducción, son cruciales. Algunos hablan, otros no.

Guadalupe la Patrona

Después de que Guadalupe se declarara culpable en Chicago en 2019, había estado bajo custodia por más de tres años y permaneció así por cuatro más. Solo seis meses antes su liberación en octubre de 2023, tres distritos federales de Estados Unidos presentaron cinco acusaciones que apuntaban a Los Chapitos. El momento es significativo, y gran parte de la información en los nuevos cargos fue proporcionada por personas que colaboraban de cerca con los hermanos Guzmán.

En las nuevas acusaciones, se les inculpó de estar en el centro de la crisis de sobredosis por fentanilo en Estados Unidos, además de probar su fentanilo en seres humanos antes de cruzarlo por la frontera hacia el norte. También de alimentar a sus tigres con sus víctimas, tanto vivas como muertas.[8]

Cuánta de esta información provino de Guadalupe, nunca lo sabremos, pero un análisis minucioso de su supuesta participación en el negocio de las drogas apunta a que estaba, en cierta medida, familiarizada con las

operaciones, lo que le dio acceso a información valiosa para los fiscales que arman las carpetas de investigación.

De acuerdo con la fiscalía, Guadalupe, quien trabajaba como lugarteniente de Jesús Alfredo Guzmán Salazar —conocido como Alfredillo, y uno de Los Chapitos—, organizó la importación de enormes cargamentos de cocaína (principalmente desde Colombia) a México usando todos los medios de transporte disponibles: aviones de carga y *jets* privados, contenedores en barcos, narcosubmarinos, lanchas de motor, barcos pesqueros, autobuses, vagones de ferrocarril, carros y camionetas privados, camiones y tráileres. Bajo su supervisión, los cargamentos se transportaban a bodegas y casas de seguridad en la frontera entre Estados Unidos y México, en ciudades como Tijuana y Mexicali, donde se mezclaban con cargamentos de otras drogas ilícitas producidas de forma casera: heroína, metanfetamina y marihuana.

Para cruzar producto por la frontera México-Estados Unidos con fines de distribución en la Unión americana, trabajaba con transportistas en las ciudades fronterizas, quienes estaban afiliados con otras redes criminales y la suya, y funcionaban más como un narcoservicio de mensajería, tipo DHL. Los vehículos de pasajeros, los camiones y los túneles eran los canales principales para cruzar la frontera y, una vez que estaban en Estados Unidos, esos mismos proveedores ayudaban a Jesús y a Guadalupe a encontrar depósitos en California antes de esparcir los cargamentos por poblados y ciudades.

Guadalupe también era responsable de cobrar por las drogas en Estados Unidos y lavar las ganancias en México, lo cual supuestamente hacía a través de diversos medios, desde contrabando de grandes sumas de dinero y depósitos bancarios perfectamente planeados hasta transferencias bancarias electrónicas, cambios de moneda y la compra de autos, helicópteros y aviones. Según los cargos en su contra, Guadalupe asistió en la compra de armas para el cártel, sobornó a funcionarios públicos y fue cómplice de asesinato.

Todos estos planes se organizaron y ejecutaron cuidadosamente mediante comunicaciones codificadas entre Guadalupe y Jesús, quienes estaban en contacto constante tanto por celular como por teléfonos satelitales difíciles de rastrear para la policía. Se puede afirmar con seguridad que conocía muy bien al menos a algunos de Los Chapitos y los fiscales describieron su cooperación como «extremadamente valiosa». Desde que obtuvo su libertad, desapareció de la vista pública. Muchos plantean que sería insensato que regrese a Sinaloa o incluso a México.

Este tipo de intercambio entre narcotraficantes y fiscales estadounidenses puede explicar por qué los hijos de Luz fueron asesinados. Matarlos fue probablemente una advertencia para que mantuviera la boca cerrada. Haya sido esa la intención o no, ese fue el mensaje que recibió.

Luz se declaró inocente y fue a juicio.

Durante cualquier juicio, los detalles del caso se hacen públicos y no hay oportunidad de negociar penas más bajas a puertas cerradas. Sin embargo, su estrategia de ir a juicio envió un mensaje claro a sus excolaboradores: que se quedaría callada y no intentaría negociar una pena menor. Actualmente, su padre, hermana y otros familiares continúan viviendo en Sinaloa, donde podrían ser blanco del cártel, como lo fueron sus hijos.

—¿Quién pondría al resto de su familia en riesgo después de ver que dos de sus hijos fueron secuestrados y asesinados? Nadie lo haría —me dijo su abogado Robert Feitel.

Pasé muchas semanas en Culiacán realizando investigación para el libro y preguntando sobre Luz y Guadalupe, con pocos resultados. Nadie admitió nunca saber sobre sobre su existencia. En ese entonces, en 2021, los cuatro Chapitos seguían prófugos, y escribir algo sobre ellos y sus socios siempre ha conllevado una señal de peligro para los periodistas mexicanos. El asesinato en mayo de 2017 de unos de los periodistas más prominentes del país, Javier Valdez —quien durante años documentó tanto el panorama del narcotráfico en Sinaloa como sus dramas dignos de telenovela para el periódico *Ríodoce*,

del cual fue cofundador— fue uno de los muchos crímenes perpetrados contra periodistas en México durante los últimos años tanto por el crimen organizado como por actores políticos.[9]

En este sentido, creo que existen dos razones por las que las mujeres han sido relativamente desconocidas. La primera es que investigar lo que ocurre en Sinaloa es extremadamente difícil; y la segunda es que la comunidad periodística no se interesa mucho por las mujeres narcotraficantes.

El papá de Luz

Ignacio Fajardo Arroyo se mencionaba en los expedientes judiciales de su caso, y al investigar más profundamente, descubrí que fue presidente municipal de Sinaloa. Finalmente, lo contacté por redes sociales y, tras varias llamadas fallidas y conversaciones extrañas por mensajes de WhatsApp, aceptó que nos reuniéramos en Culiacán, Sinaloa, en mayo de 2021. Ha sido una de las entrevistas más raras que he hecho.

Ignacio —o Nacho, como se le conoce localmente— me pidió que nos viéramos en un edificio gubernamental, donde tenía una pequeña oficina. Ya andaba en sus 80, y su abundante cabellera estaba peinada hacia atrás con gel sobre su ancha y redonda cabeza. Al encontrarnos, me miró con ojos llorosos llenos de suspicacia. Vino armado de mapas y documentos jurídicos, como si fuera a defender un caso, y pasó una gran parte de la conversación contándome sobre un pleito por un terreno en el que estaba involucrado cerca de Cosalá, donde argumentaba que alguien le estaba robando el agua. Según la información que hallé en expedientes judiciales, Luz creció en Cosalá. Me pareció extraño que su padre quisiera hablar sobre los problemas con su terreno, siendo que en nuestras comunicaciones y solicitud de entrevista le indiqué que se trataba exclusivamente de su hija. En ese momento, Luz estaba tras las rejas en Estados Unidos, esperando su juicio tras haberse declarado culpable de los cargos de narcotráfico.[10]

En general, había un aire de desconcierto alrededor de Nacho, pero sentarme frente a él en ese edificio municipal durante aquella calurosa tarde en Sinaloa es, probablemente, lo más cerca que estaré de su hija. Pude observar el parecido físico entre él y las fotos de Luz que había visto en documentos legales: ojos grandes, piel gruesa, boca amplia. Cuando por fin pude sacar a Luz a colación, me confirmó que sus hijos habían sido secuestrados y asesinados, y que su hija había estudiado para ser abogada (estudios en Derecho para una carrera que decidió no ejercer).

Nacho no quiso decir mucho sobre la infancia de Luz. Quizá porque no estuvo presente, pues la habían criado sus abuelos, y definitivamente no era una de las pocas personas de confianza a las que ella introdujo en su negocio.

Los pilotos

En diciembre de 2014, Rupert de las Casas recibió un correo electrónico en su bandeja de entrada en el que le ofrecían 100 000 dólares por una semana de trabajo piloteando un *jet* Gulfstream II en una misión no especificada. El piloto de edad avanzada solía recibir 1 500 dólares por día de trabajo en su base de Florida, pero sufrió una mala racha cuando lo despidieron de su empleo debido a sus adicciones. La oferta —muy por encima de su tarifa habitual, y en un momento en el que conseguir trabajo parecía poco probable— era demasiado buena para dejarla pasar.

El correo electrónico indicaba: «Nuestro cliente es una persona muy importante y requiere discreción total. Nada de preguntas». Esto no lo disuadió, aunque sabía que la oferta de trabajo implicaba alguna actividad ilegal.

—En un inicio pensé que tal vez traficaríamos armas o algo parecido, pero después de un tiempo, cuando me di cuenta de que íbamos a Venezuela, me di cuenta de que probablemente se trataba de drogas —dijo De las Casas al

jurado cinco años después, en diciembre de 2019, en Washington D. C.[11]

Fue así como terminó piloteando el avión Gulfstream desde la Ciudad de México, bordeando Cancún, en dirección sur rumbo a Venezuela, hacia un importante centro de tránsito de cocaína.

—Una vez fuera del espacio aéreo mexicano, apagamos todas las luces, todos los transpondedores y casi todas las luces de la cabina. Silencio total… total —narró De Las Casas en el juicio.

Según alegan los fiscales, fueron Luz y su organización quienes lo contrataron para realizar ese vuelo. El avión que piloteaba era de ella —uno de un ejército de pilotos y aeronaves que poseía— y terminó destrozado cuando se estrelló en la selva venezolana. El final de ese vuelo negro ocurrió en una pista clandestina que no estaba diseñada para soportar el peso del *jet* y, cuando De las Casas lo aterrizó en la oscuridad de la madrugada, el costado izquierdo del avión se hundió en la tierra, por lo que se detuvo en un ángulo de 45 grados. De las Casas y su tripulación de tres hombres apagaron el motor y huyeron hacia la selva, temerosos de que los descubrieran. El Ejército venezolano halló la aeronave. Poco después del aterrizaje, la milicia sobrevoló el destrozado Gulfstream III con sus propios *jets* militares y lo hizo estallar, según relató De las Casas.

En esencia, dejó un verdadero desastre.

Lo mismo le sucedió a un sujeto llamado Mario Grado-Field.

—Escúchame, cabrón —le dijo por teléfono a su hermano Luis Carlos Torres en una llamada de Tucson, Arizona, a México, en agosto de 2012—; no puedo andar por ahí con drogas.

—Mi chavo, tú nada más las vas a entregar —trató Torres de tranquilizarlo. Grado-Field aseguró en su testimonio durante el juicio de Luz que su hermano le había mandado las drogas sin previo acuerdo entre ellos. Cuando le entregaron una bolsa de mandado en un autolavado en Tucson, encontró dentro un montón de metanfetaminas. Era mexicano y llevaba unos treinta años viviendo en Estados Unidos, con hijos y nietos. No

quería meterse en problemas, expresó.

Sin embargo, aceptó entregar las metanfetaminas unas semanas después, y fue entonces cuando lo atrapó la DEA. Luego, en México, le mintió a su hermano —quien trabajaba con Luz—, y le dijo que, por miedo, había abandonado el carro y huido, y que el coche había sido reportado como robado. Aseguró que le habían robado las drogas del vehículo antes de que pudiera recuperarlo. La verdad era que Grado-Field había decidido cooperar con la DEA y trataba de mantener contentos a ambos bandos.

—Le voy a dar tu número de teléfono a la señora para que te llame. Se lo explicas tú —le dijo su hermano Torres.

Pero he aquí el detalle: cuando Luz habló con ambos hombres, no perdió los estribos ni los amenazó de manera violenta. Las transcripciones de esas conversaciones muestran a una mujer de negocios tranquila y serena, y ese es, para mí, el punto clave en su caso. ¿Cómo, aparentemente, logró mover tanta cocaína *sin* tener que recurrir a matones? Esos mismos que asesinaron a su hijo; el tipo de sicarios que cualquiera asumiría, con seguridad, que una mujer en ese negocio necesitaría para ser tomada en serio. Ella no iba a ninguna parte sin su guardaespaldas, pues sabía cómo funcionaban las cosas.

Es posible que haya dejado en manos del cártel de Sinaloa sus requerimientos de brazo armado. Un exsocio criminal le contó a la DEA que, en una ocasión, mientras estaba con Luz, ella llamó al Chapo para platicar y luego le pasó el teléfono a él.

—Según usted, la señora Fajardo era como el rostro… el rostro femenino del cártel de Sinaloa. De acuerdo con su testimonio, ¿es correcto esto? —preguntó Feitel, abogado de Luz, al testigo Juan Erbe-Fabela durante el juicio.[12]

Lo era, contestó.

—Ella tenía [al Chapo] en el teléfono y me pasó la llamada. Me dijo que era él.

Tener acceso directo al jefe de jefes no es un privilegio de alguien que no ocupe un alto rango en el narcotráfico. Es posible que estuviera tan cerca de él que lo llamara cuando las cosas se complicaban. No obstante, en los expedientes del asunto no se menciona más al Chapo. El testigo que hizo esa declaración —Erbe-Fabela— trabajó como informante de la DEA durante nueve años, periodo en el que ganó más de 287 000 dólares. Erbe-Fabela colaboraba con la DEA para ayudar a atrapar a Luz, y la conoció haciéndose pasar por alguien de la Procuraduría General que podía ayudarla a sobornar a los agentes de seguridad adecuados, los cuales le permitirían pasar sus cargamentos de cocaína por el aeropuerto de la Ciudad de México.

Pero como bien señaló el abogado de Luz durante el juicio, el mismo Erbe-Fabela era un exnarco convertido en informante que había proporcionado información falsa a la DEA en el pasado. Ninguno de los datos que brindó resultó en decomisos de drogas o precursores pertenecientes a Luz, así que resulta incierto qué tan confiable fue su testimonio.

Ese es el problema con muchos de los casos presentados contra narcotraficantes. Los fiscales suelen usar a los propios socios criminales del acusado como testigos, y es algo que vemos una y otra vez en el sistema judicial estadounidense. La mayoría de los que testificaron contra el Chapo durante su mediático juicio en Nueva York eran antiguos colaboradores criminales, muchos de ellos, de los más turbios.

Como planteó Feitel, el abogado defensor de Luz —quien ha defendido a muchos clientes acusados de narcotráfico— durante el juicio, ¿debería el jurado dar crédito a la palabra de narcos declarados culpables que están esperando reducir sus penas a cambio de cooperar, y recibiendo jugosas compensaciones por su tiempo?

En este caso, el jurado sí halló a Luz culpable. Los testimonios, junto con las pruebas reunidas por el Gobierno —como las transcripciones de sus conversaciones por BlackBerry y los decomisos de kilos de cocaína

marcados con el nombre Jenca (el supuesto apodo de Luz)— constituyeron para el jurado evidencia suficiente de su participación en el negocio.

Fue condenada a 22 años de prisión en julio de 2021.

—Narcotraficantes como Fajardo Campos desgarran el tejido mismo de nuestras comunidades. Ganó millones de dólares inundando a comunidades estadounidenses con miles de libras de veneno, al tiempo que fomentaba la violencia y el crimen en todo Estados Unidos. Hoy se hizo justicia —declaró Cheri Oz, de la División de Campo de la DEA en Phoenix, durante la audiencia de sentencia.[13]

Luz fue la única mujer que investigué que se declaró inocente y llevó su caso a juicio en Estados Unidos. Y fue la única mujer que recibió una sentencia tan severa. El cártel mató a sus hijos para silenciarla, y el Gobierno estadounidense le dio más de veinte años por no hablar.

—Luz se sacrificó yendo a juicio por lo que les sucedió a sus hijos —me dijo Feitel tras su condena—. Fue como una tragedia griega.

Al final, Luz ya no trató de mitigar las consecuencias de sus actos, pero Marixa Lemus, su contemporánea en Guatemala, se negó a irse en silencio.

NOTAS

[1] Robert Feitel. En entrevista con la autora. Julio de 2021.

[2] Mi recuento del secuestro de los hermanos Avilés Fajardo se basa en las declaraciones de Luz Fajardo Campos y su abogado defensor durante sus alegatos antes de la individualización de la pena, así como en una conversación con el padre de Fajardo Campos, Ignacio Fajardo Arroyo, en Culiacán, Sinaloa, el 25 de mayo de 2021. Versión estenográfica del Tribunal de Distrito Columbia. Estados Unidos vs. Luz Irene Fajardo Campos. Expediente No. 1:16-cr-00154-KBJ. Individualización de la pena. 27 de julio de 2021. De acuerdo con los expedientes judiciales, al menos tres de los hijos de Fajardo Campos trabajaban con ella en el negocio del narcotráfico: Eduardo Luis Avilés Fajardo, Francisco Rubén Avilés Fajardo y Sixto Benerando Avilés Fajardo. No queda claro cuáles dos de estos tres hijos fueron asesinados ese día en la carretera.

[3] Tribunal de Distrito de Columbia, Estados Unidos vs. Luz Irene Fajardo Campos. Expediente No. 1:16-cr-00154-KBJ. Juicio oral por jurado. 12 de diciembre de 2019.

[4] Versión estenográfica del Tribunal de Distrito de Columbia, Estados Unidos vs. Luz Irene Fajardo Campos. Expediente No. 1:16-cr-00154-KBJ. Individualización de la pena. 27 de julio de 2021.

[5] *Ibid*.

[6] Juez John D Bates durante la audiencia de individualización de la pena. Tomado de la versión estenográfica del Tribunal de Distrito de Columbia. Estados Unidos vs. Luz Irene Fajardo Campos. Expediente No. 1:16-cr-00154-KBJ. Individualización de la pena. 27 de julio de 2021.

[7] Hamilton, Keegan. «El Chapo's Son Was Just Captured — Then Freed After the Cartel Attacked». *VICE News*. 17 de octubre de 2019. Disponible en: https://www.vice.com/en/article/vb5q3y/confirmed-el-chapos-son-captured-amid-gun-fights-and-chaos-in-sinaloa-mexico.

[8] Departamento de Justicia de Estados Unidos. *Justice Department Announces Charges Against Sinaloa Cartel's Global Operation*. 14 de abril de 2023. Disponible en: https://www.justice.gov/archives/opa/gallery/justice-department-announces-charges-against-sinaloa-cartels-global-operation.

[9] Cuando estaba por completar la versión en inglés de este libro, tan solo en el primer semestre de 2022, alrededor de ocho periodistas fueron asesinados en México, una tendencia triste que ha continuado en el país por décadas. El Comité para la Protección de los Periodistas (CPJ, por sus siglas en inglés) y otras organizaciones sin fines de lucro proporcionan la información más reciente sobre la violencia contra periodistas en México: https://cpj.org/americas/mexico/.

[10] Ignacio Fajardo Arroyo. Entrevista con la autora en Culiacán, Sinaloa, México. 25 de mayo de 2021.

[11] Versión estenográfica del Tribunal de Distrito de Columbia. Estados Unidos vs. Luz Irene Fajardo Campos. Expediente No. 1:16-cr-00154-KBJ. Juicio oral por jurado. 16 de diciembre de 2019.

[12] Tribunal de Distrito de Columbia. Estados Unidos vs. Luz Irene Fajardo Campos. Expediente No. 1:16-cr-00154-KBJ. Juicio oral por jurado. 12 de diciembre de 2019.

[13] Departamento de Justicia de Estados Unidos. *Leader of a Sophisticated Drug Trafficking Organization and Prolific Ally of the Sinaloa Cartel Sentenced*. 27 de julio de 2021. Disponible en: https://www.justice.gov/opa/pr/leader-sophisticated-drug-trafficking-organization-and-prolific-ally-sinaloa-cartel-sentenced.

Capítulo 5

La versión femenina del Chapo

Cuando vi fotos de la guatemalteca Marixa Lemus tras su arresto, supe que debía conocer su historia.

La primera foto la mostraba recargada sobre los barrotes de una prisión, con las manos esposadas al frente; el único indicador de que tal vez estaba ahí contra su voluntad. Su pequeña cintura está ceñida por un chaleco de mezclilla que lleva puesto en combinación con unos *jeans* entallados. Su larga cabellera negra es lacia y brillante, su maquillaje luce perfecto, y su mirada se desvía hacia un costado; sonríe mientras le comenta algo a un agente penitenciario que está cerca de ella; unas enormes arracadas de plata adornan sus orejas y una pequeña cruz cuelga en su escote.

En la segunda aparece detenida de nuevo, tras haber sido capturada por la policía después de una de las dos ocasiones que escapó de prisión, por lo que se ganó el sobrenombre de Chapo de Guatemala, en referencia al líder del cártel de Sinaloa de México, quien también escapó de prisión más de una vez. En esta imagen su cabellera está pintada de un horroroso color naranja y no está maquillada; lleva puesta una sudadera color turquesa poco favorecedora y se encuentra detenida a la fuerza entre dos agentes penitenciarios que lucen mucho menos amigables que el de la foto anterior. Francamente, se nota que está enojada por estar de nuevo tras las rejas de la prisión de Santa Teresa, en la Ciudad de Guatemala, donde permanece hasta el día de hoy.

Santa Teresa

Existe un ecosistema entero fuera de la prisión de Santa Teresa que atiende las necesidades y los deseos de los internos.

Las personas que visitan a sus familiares o amistades son su sustento, pues les traen los artículos que se espera que el mismo Estado brinde en otras regiones, como toallas sanitarias, tampones, pasta y cepillo de dientes, papel higiénico, jabón, champú, azúcar, cátsup, papas fritas, galletas, peines, huevos, agua, cobijas, platos y vasos desechables, nueces y toallitas húmedas.

Muchos de los visitantes vienen de zonas lejanas y compran los artículos a su llegada para no tener que cargarlos durante todo el viaje. En los puestos —construidos con muros de madera y techo de lámina corrugada— a un lado del camino hacia el centro penitenciario, se vende de todo. Se pueden observar productos apilados de forma desordenada, como lo estarían en una bodega.

Baños improvisados y cubiertos con cortinas mugrosas ofrecen a los visitantes la oportunidad de usar el sanitario antes de formarse para entrar a la prisión. La espera puede demorar entre veinte minutos y unas cuantas horas. En la fila, las mujeres también aprovechan para cambiarse de ropa; se quitan el atuendo que usaron durante el viaje en autobús hacia la prisión y usan el vestuario con el que desean que sus hombres encarcelados las vean. Parece casi como un uniforme: vestidos muy cortos, elásticos y entallados que apenas les cubren los glúteos, y sandalias estilo griego con suelas delgadas y correas que se amarran en forma de cruz alrededor de los tobillos y las pantorrillas bajas. Las mujeres visten estas prendas independientemente de su complexión, talla o peso, y las lucen con seguridad.

El acercamiento final a la entrada de la prisión es una colina empinada y, por unos pesos, hombres sudorosos transportan carretillas llenas de productos que las personas —sobre todo las mujeres— compran para

meterlos a la prisión. Muchas cargan a sus hijos pequeños en la cadera y avanzan lentamente tras los hombres de las carretillas o bien, desembolsan unos cuantos pesos extra para que las lleven cuesta arriba en pequeñas camillas montadas sobre motocicletas. Algunas eligen caminar para evitar la vergüenza de montarse en las motos o en los camiones con esos vestidos que no dejan nada a la imaginación.

De acuerdo con mi contacto local —llamémosla Iris—, varias mujeres vienen a visitar a sus novios, hermanos o esposos, los cuales son miembros de las pandillas callejeras Mara Salvatrucha o Barrio 18. Las pandillas iniciaron como grupos sociales, pero ahora se han criminalizado y vuelto intensamente violentos, controlando enormes franjas de territorio en los países del Triángulo Norte: Guatemala, El Salvador y Honduras.

Iris pasa mucho tiempo dentro del penal de Santa Teresa y sus alrededores, y me cuenta que las mujeres visten esos atuendos por dos motivos. El primero es que es el estilo pandillero, el cual complementa —al menos en la mente de ellas— los pantalones holgados, los chalecos y el estilo cholo de sus hombres.

Sin embargo, la segunda razón es que se catea de cuerpo completo a todas las mujeres que entran a la prisión. La vagina y el ano son los espacios perfectos para guardar drogas, rollos de billetes y armas pequeñas. Desde cárceles como esta se operan negocios criminales; el tráfico de drogas y la extorsión florecen, y las mujeres son clave para meter y sacar cosas. Los vestidos cortos aceleran las revisiones corporales, en las que deben ponerse en cuclillas y ser inspeccionadas por las custodias. Vale la pena considerar tanto a las guardias como a las novias, esposas y madres que ingresan, puesto que es un proceso profundamente indigno.

Recuerdo que la novia de un pandillero en El Salvador me dijo: «Te acostumbras a todo», refiriéndose a las revisiones corporales a las que era sometida cada semana cuando visitaba a su hombre en un penal de máxima seguridad. Son un mal necesario para los que visitan a internos que se

encuentran entre la «población» —forma corta para llamar a los habitantes de la prisión en general—.

Aislamiento

Pero Marixa estaba en aislamiento, en un área de la prisión que contaba con mucha más seguridad. El Gobierno no iba a correr ningún riesgo después de que escapara de la cárcel en dos ocasiones. Sus dos fugas anteriores la habían convertido en una celebridad, que es la razón principal por la que no intenté ingresar al penal sin un permiso oficial de periodista. Estaba segura de que el Gobierno rechazaría mi solicitud de entrevista, así que busqué otros medios para llegar a ella.

Iris me metió de contrabando fingiendo que trabajaba para ella. Mientras las mujeres en diminutos vestidos y sandalias entraban una tras otra, nosotras tuvimos que esperar a que el director del penal se presentara para firmar un permiso con mi nombre.

—Yo hablo y tú solo escuchas —me dijo.

Hice lo que me pidió y el director firmó el permiso. Por fortuna, mi revisión corporal fue breve y me permitieron llevar conmigo pluma y papel. Caminamos por una cuesta que conducía a la sección de máxima seguridad del penal femenil, al cual habían dividido en secciones con cercas alambradas. Las mujeres estaban sentadas alrededor en grupos pequeños; algunas peinaban a sus compañeras y otras jugaban cartas.

No tenía idea de los delitos cometidos por la mayoría de estas mujeres, pero sí sabía que la población penitenciaria femenil de la región se había disparado en las últimas dos décadas hasta alcanzar «porcentajes alarmantes» no solo en cantidad, sino también como porcentaje total de personas privadas de la libertad en América Latina. Desde 2018, el porcentaje de población femenina encarcelada aumentó en varios países de la región en comparación con el promedio a nivel mundial.[1]

La tasa de crecimiento del porcentaje de mujeres encarceladas sobrepasó a la de los hombres en la región. El uso de la prisión preventiva de forma predeterminada en la mayoría de los países latinoamericanos significa que muchas mujeres deambulan en el sistema penitenciario por años, esperando a que inicie su proceso judicial. En el caso de las cárceles guatemaltecas, como Santa Teresa, la población femenil ha crecido seis veces, de 433 prisioneras en 2001 a 2 923 en el año que visité el penal, que fue 2020.[2]

Pocas mujeres están encarceladas por delitos tan graves como el de Marixa. Si bien el papel de las mujeres en el crimen organizado, como el narcotráfico, va en aumento en América Latina, la mayoría de ellas se encuentra en prisión a causa de delitos menores por posesión o tráfico de drogas, como sembrar coca (la planta que funge como ingrediente base para producir cocaína y que se planta y cultiva en Sudamérica), amapola (con la que se produce opio y heroína) o marihuana, o por trabajar como mulas o vendedoras callejeras. De acuerdo con un estudio reciente, estos delitos menores son los responsables del incremento en la cantidad de mujeres recluidas.[3]

El impacto social y económico de tantas mujeres tras las rejas es aleccionador y afecta el futuro de una sociedad, no solo el presente. Las familias con mamás solteras son comunes en países como Guatemala, por lo que las mujeres a menudo son las únicas cuidadoras y proveedoras de sus hijos. Cuando las encarcelan, el dinero se esfuma. En la mayoría de las prisiones se permite que los hijos vivan con las mamás hasta los 3 o 4 años, lo cual no es la solución ideal, pero es mejor que la alternativa para muchas de ellas: encargar a sus hijos con familiares o amistades fuera de la prisión. Varias prisioneras dejan que sus hijos mayores se rasquen con sus propias uñas allá afuera, en un país donde, en casi cualquier esquina, los asalta la tentación de las drogas, el crimen y las pandillas.

El estigma en torno a la participación de las mujeres existe no solo por la cuestión ética del narcotráfico y sus repercusiones en las comunidades, sino

porque las mujeres deciden participar. Sin embargo, ocurre con mucha más frecuencia de lo que cualquier sociedad desearía, tal como lo refleja la población penitenciaria de la región. Así como hay muchas mujeres encarceladas que no logran salirse con la suya, hay muchas otras que sí lo logran, y esa actividad les proporciona un ingreso tanto a ellas como a sus familias, el cual no creen poder ganar de otra manera; eso o, simplemente, no desean hacer otra cosa.

A lo largo de mi investigación he descubierto que muchas mujeres se sienten atraídas por este tipo de vida por razones similares a las de los hombres. Brenda, a quien conocimos en la introducción, me dijo que sentía curiosidad por saber cómo se hacían las cosas cuando le pregunté por qué se involucró en el negocio del secuestro.

Ella fue una pieza bastante importante en el ámbito delictivo en su momento, pero la mayoría de las mujeres está tras las rejas por delitos mucho menores, por lo que no todas representan un «peligro para la sociedad». Muchas probablemente se verán forzadas a recurrir a los mismos medios para sobrevivir cuando salgan libres. Es un círculo vicioso y desalentador que no muestra señales de detenerse.

La exvicepresidenta de Guatemala

Entramos a un edificio pequeño que parecía una casa para hacerle una breve visita a la directora de la sección femenina. Intercambiamos cortesías y nadie me preguntó quién era ni qué estaba haciendo ahí.

Junto a la oficina de la directora del penal había una «celda» que, en realidad, era un cuarto. No había barrotes. Ahí estaba Roxana Baldetti, la ahora desacreditada exvicepresidenta del país, a quien Iris me presentó como si nada. La reconocí por las fotos que circularon por el mundo después del escándalo que sacudió al Gobierno guatemalteco unos años atrás.

Yo había escrito miles de palabras sobre ella; las acusaciones en su contra y contra el presidente de ese entonces, Otto Pérez Molina; y su papel en un capítulo crucial de la historia de Guatemala, cuando las protestas callejeras y una investigación internacional sobre un esquema de sobornos causaron su destitución y la de su jefe. Roxana era una célebre criminal, y de pronto ahí estaba yo, cara a cara con ella.

Además de beneficiarse de un esquema de corrupción gubernamental, Roxana también fue, supuestamente, uno de los contactos de alto nivel y facilitadora de Marllory Chacón —a quien conoceremos en el siguiente capítulo—, vínculo que Baldetti siempre ha negado. Para cuando conocí a Baldetti en 2020, Marllory ya había pasado por el sistema judicial estadounidense.

Roxana llevaba el cabello recogido en una cola de caballo, y las canas resaltaban entre el cabello negro. La piel de su rostro, blanca y tersa, se veía visiblemente flácida, sobre todo debajo de los ojos. Era bien sabido que había usado bótox en el pasado mientras gozaba de libertad, así que supuse que ya no tenía acceso a él. A pesar de su precaria situación, se mostraba tranquila y, a la vez, animada y de buen humor.

Me alegró que no supiera que yo era periodista. No preguntó quién era ni qué hacía en el pabellón de alta seguridad de Santa Teresa. En cambio, nos mostró los muñecos bebé que había estado haciendo y empaquetando para vender fuera. Vi una computadora portátil Apple sobre su cama perfectamente tendida, la cual estaba en una habitación separada de su sala. Me pregunté si tendría conexión a internet.

Roxana era quizá, en ese momento, la prisionera más célebre de Guatemala. Me informaron que Marixa Lemus estaba recluida en el mismo pabellón.

La Patrona

Marixa, que entonces estaba a finales de sus 40, subió unas escaleras desde una celda en el sótano hasta el luminoso atrio donde yo la esperaba. Parpadeó al salir del pabellón oscuro. Venía vestida con una playera negra marca Adidas sobre una camiseta blanca de manga larga y una gorra también blanca de Nike que cubría su espesa cabellera negra y larga, recogida en una cola de caballo. Su piel lucía pálida y tersa, con un leve rastro de pecas, y sus cejas eran gruesas y oscuras.

Le expliqué que estaba escribiendo un libro sobre mujeres en el crimen organizado y que quería entrevistarla. Nadie le había avisado sobre mi visita; aun así, se sentó en una mesa en la esquina para hablar conmigo mientras guardias e internas pasaban, con indiferencia. Quería contarme su historia. No me habían permitido llevar una grabadora, así que me concentré en anotar todo lo que decía. Me informaron que dispondríamos de veinte minutos.

Para cuando nos conocimos, yo ya había visitado la región fronteriza de Jutiapa, donde creció con su hermana Mayra, su hermano Magno y el resto del clan Lemus. Marixa era una superviviente; la mayoría de sus familiares más cercanos había muerto en la sangrienta lucha por el poder político y criminal.

Su terreno era la frontera de Guatemala con El Salvador, un corredor clave de contrabando para la droga que se mueve hacia el norte, rumbo a México y Estados Unidos, y para las ganancias que se trasladan hacia el sur. Cuando conduje hacia Ciudad Pedro de Alvarado un par de semanas antes de visitar a Marixa en prisión, la carretera que cruzaba la frontera estaba llena de enormes camiones de carga enfilados, esperando pasar en dirección sur hacia El Salvador. Del otro lado, los camiones entraban a Guatemala procedentes de El Salvador.

El narcotráfico aprovecha el constante movimiento de mercancías legales en fronteras como estas para ocultarse a plena vista. La cocaína y heroína empaquetadas, escondidas en compartimentos o entre productos como

azúcar y frijoles, eran transportadas por mujeres como Digna Valle, Marllory Chacón y Sebastiana Cottón más al sur en Centroamérica; y Guadalupe Fernández Valencia y Luz Fajardo al norte, en México, probablemente cruzaron esta importante garita. Habitantes locales y la Fiscalía de Delitos de Narcoactividad en la ciudad de Guatemala señalaban que, simplemente, hay demasiados camiones para revisar, lo que convierte al comercio internacional en un camuflaje ideal para cargamentos de droga en todo el mundo. Las autoridades fronterizas en países como estos rara vez tienen suficiente tiempo, y ni se diga escáneres y agentes funcionales para realizar, aunque sea, revisiones básicas de los camiones y contenedores que cruzan transportando productos perecederos como frutas y verduras, o carne y pescado. Tanto policías como residentes me contaron que la droga se mueve hacia el norte y que las ganancias en efectivo producto de su venta se ocultan en camiones que viajan al sur, de regreso a los proveedores en Sudamérica.[4]

Ese flujo constante es lo que hace que las ciudades fronterizas sean territorios tan lucrativos para los poderosos del lugar. Las autoridades locales, electas o no, pueden facilitar u obstaculizar el cruce de la preciada mercancía y cobran impuestos a las organizaciones regionales —como las que administraba el cártel de los Valle en el sur o el Chapo en el norte— a cambio de un paso seguro.

Sin embargo, solo hay lugar para un patrón o patrona, como se llegó a conocer a Marixa tras su arresto, y en Moyuta, la lucha por el poder se convirtió en un deporte sangriento.

Deporte sangriento

En el cruce fronterizo de Ciudad Pedro de Alvarado hay un hotel llamado Los Cuernos. Cada día, cientos de camiones de carga retumban al pasar frente a él. Fue allí donde Mayra, la hermana mayor de Marixa, comió por

última vez en febrero de 2011. Se estaba postulando para la alcaldía en las próximas elecciones locales, y había reunido a algunos de sus simpatizantes para un almuerzo de campaña.

Los asistentes apenas habían terminado de comer las entradas cuando llegaron dos camionetas con hombres fuertemente armados que saltaron de los vehículos tan pronto se detuvieron. Levantaron sus fusiles de asalto AK-47 y comenzaron a disparar antes de que los comensales pudieran reaccionar, según recuentan unos testigos. Ese día acribillaron a balazos a ocho personas, incluida Mayra y al menos uno de sus guardaespaldas.

Marixa me contó que escuchó los disparos en cuanto comenzaron a sonar, pues se encontraba en un festival ecuestre cercano. Se subió a toda velocidad a su camioneta blindada y se dirigió a toda velocidad al lugar del conflicto. Sus guardaespaldas —ya los tenía— abordaron otro vehículo para seguirla al tiempo que tocaban el claxon, intentando advertirle que se detuviera, pero Marixa estaba demasiado enfocada en llegar hasta su hermana como para hacerles caso.

Cuando los sicarios en el hotel vieron que su camioneta venía por la avenida, giraron sus armas hacia ella y comenzaron a disparar ráfagas. Marixa recordó que podía sentir y oír las balas rebotando en su parabrisas. Sabía que debía detenerse, así que frenó bruscamente y dio marcha atrás.

Me dijo que se encaminó directamente hacia la policía local, pero esta se negó a intervenir. Cuando volvió con cautela al hotel, los hombres armados ya se habían ido, y Mayra también. Encontró el cuerpo de su hermana en una oficina trasera, a pocos metros de donde había comido. Mayra se había arrastrado hasta allí para esconderse, pero sus agresores dispararon a través de la puerta e irrumpieron en el lugar.

—Su rostro estaba destrozado y yacía en un charco de su propia sangre —me dijo Marixa.

El ataque se convirtió en una leyenda local y, diez años después, se recuerda como «la masacre de Los Cuernos»; sin embargo, el asesinato de

Mayra aquel día no fue del todo inesperado.

—Tenía fama de ser una asesina. Todo el pueblo le temía porque era una asesina. Así de simple. Ella decidía quién vivía y quién moría —me comentó un comerciante local mientras conversábamos a la sombra del restaurante Los Cuernos. Mayra fue asesinada a unos pasos de la mesa donde nos sentamos a hablar.

La leyenda local asegura que Mayra, quien en fotos aparecía con el cabello rojo a la altura de los hombros y una complexión robusta, mató a su propio esposo en su casa y después arrojó el cuerpo en otra parte del pueblo. No pude comprobarlo, y nunca fue acusada ni condenada. No obstante, diez años después de su fallecimiento, el miedo que había infundido continuaba siendo palpable en las personas con las que platiqué sobre ella.

En parte, su poder en el pueblo provenía de la geografía y el contexto. Si estás metido en negocios ilegales como el narcotráfico, proteger tu territorio o tu cuota de mercado se resume a una simple ecuación: matar o morir. No es que el negocio esté lleno de psicópatas con sed de sangre (aunque los hay), sino que la violencia es una estrategia empresarial que, sí, protege los propios intereses pero también genera terror y mantiene a la población sometida; Mayra lo entendía, al igual que sus hermanos.

Cuando la mataron, Mayra era una de las dos únicas contendientes a la alcaldía. Su hermano Magno había sido alcalde antes que ella, hasta que murió en 2009 de un infarto, y ella estaba culminando su mandato cuando fue asesinada. Pero no era la primera vez que alguien intentaba deshacerse de ella.

A unos minutos en coche del hotel Los Cuernos, la avenida serpentea, primero a la derecha y luego a la izquierda, a medida que se sube y se sale de Ciudad Pedro de Alvarado. A un lado de la carretera se alza un santuario en forma de arco, casi invisible cuando lo visité debido al pasto alto y crecido. Bajo el arco se levantan tres cruces oxidadas con los nombres de los muertos pintados en blanco en la parte de abajo: todos se apellidaban Lemus. Había

un tocón donde solía estar una cuarta cruz con el nombre de la hija de Marixa, Jennifer, quien fue una de las personas asesinadas allí en 2006 —sicarios dispararon contra el auto en el que Jennifer viajaba con sus tíos Mayra y Magno—; sin embargo, desde que se colocó el altar conmemorativo, alguien arrancó esa cruz del suelo.

—No puedo decirte cuántos agujeros tenía en el cuerpo ese día. Vi su espalda y supe que estaba muerta —me dijo Marixa durante nuestra conversación en la cárcel. Sus ojos se llenaron de lágrimas y guardó silencio por unos minutos.

Tanto Mayra como Magno sobrevivieron, y él llegó a ganar las elecciones por las que estaban haciendo campaña cuando fueron emboscados. El autor de aquel ataque en la carretera sigue sin esclarecerse, pero Marixa culpa a un hombre por la masacre en el restaurante que acabó con la vida de Mayra: Roberto Marroquín Fuentes, el némesis político de los Lemus.

Marroquín —quien, al momento de escribir este libro, aún era alcalde de Moyuta— era el rival político de Mayra en la contienda electoral de 2011 y uno de los principales sospechosos en la investigación de su asesinato, ocurrido meses antes de los comicios, según informes basados en documentos de la fiscalía guatemalteca. Cuando Mayra fue asesinada, Marixa ocupó el lugar que su hermana acababa de dejar vacío en la contienda electoral.[5]

Para aumentar sus posibilidades de triunfo, se alió con otro rival político (y criminal) de Marroquín: un hombre llamado Rony Rodríguez, quien era el candidato con mayor probabilidad de vencer a Marroquín en la votación por la alcaldía. Medios de comunicación también afirmaron que Rodríguez había heredado más que el cargo político de Magno, pues, tras su muerte, era Rodríguez quien cobraba impuestos por las rutas de la droga.

La apuesta política de Rodríguez no llegó a concretarse. Fue asesinado a balazos pocos meses después que Mayra, por lo que Marixa terminó siendo su única contendiente en la campaña electoral, que finalmente ganó

Marroquín por un amplio margen.

Marixa siente un odio tan ardiente por Marroquín que podría haberme calentado las manos mientras estaba sentada a su lado. Tanto así que, según el propio Marroquín, intentó asesinarlo tres veces.

Los tres presuntos intentos de asesinato ocurrieron en un lapso de seis meses. Sicarios emboscaron el automóvil en el que viajaba Marroquín en noviembre de 2013 y, menos de un mes después, colocaron explosivos en un puente que debía cruzar en su trayecto de regreso a casa, según informes de la prensa local. Según los relatos de ese día, las bombas nunca explotaron, y los policías locales que, supuestamente, estaban implicados en el complot huyeron del lugar, dejando atrás sus AK-47 y al menos una granada que, más tarde, fueron hallados por los investigadores. Marroquín sobrevivió a ambos ataques.

Cuando ocurrió el tercer intento de asesinato, Marixa ya estaba en prisión, y la lista de crímenes por los que se le detuvo era perturbadora. Ella y otros siete presuntos cómplices fueron capturados en Jutiapa por la Policía Nacional en abril de 2014, acusados de secuestrar y, posteriormente, asesinar a la tía de Marixa, Amanda Lemus, por quien, según el Ministerio Público de Guatemala, exigieron un rescate de 30 000 dólares. No está claro cuál fue el motivo de Marixa para secuestrar y asesinar a su tía, pero es posible que contara con información que le hizo creer que esta podía pagar un rescate de tal magnitud.

En el comunicado posterior a su arresto, el Ministerio Público también vinculó a Marixa con al menos un intento de asesinato contra Marroquín, así como con el homicidio de su propio esposo, Álvaro Alfonso Mejía Estrada, en febrero de ese mismo año.[6] Las autoridades argüían que lo habían mandado matar porque quería tener control sobre algunos de los negocios que él poseía. A pesar de negarlo, Marixa fue finalmente condenada a la escalofriante pena de 145 años de cárcel por secuestro y homicidio.

Sin embargo, Marroquín sigue convencido de que Marixa estuvo detrás del tercer y último atentado contra su vida, pese a que ya estaba en prisión cuando ocurrió. En noviembre de 2014, unos agresores armados emboscaron su convoy y él, su esposa y su guardaespaldas salieron heridos. No resulta inverosímil pensar que Marixa hubiera ordenado el ataque desde la cárcel.

Por supuesto, yo tenía que hablar con Marroquín. No solo para darle derecho de réplica, sino por la simple curiosidad de conocer a alguien que había atormentado tanto a Marixa y había sido, quizá, más astuto que ella. Lo observé en entrevistas televisivas y busqué artículos sobre él en la prensa local. Era bajo y delgado, de cabello negro recortado al ras, con una amplia sonrisa encantadora y un estilo extrovertido y carismático.

Cuando estuve en Guatemala, mis fuentes, algunas de las cuales eran funcionarios, me aconsejaron no reunirme con Marroquín en persona. No era la primera vez que en América Latina veía a la gente temerles más a los gobernadores y políticos locales que a los propios narcos. Y tiene sentido. Los narcotraficantes como los Valle o el Chapo no tienen dónde esconderse: hacen lo que hacen y punto. Sin embargo, los políticos corruptos, o que juegan en ambos bandos y obtienen ganancias adicionales del crimen, portan un manto de legitimidad, por lo que son más difíciles de incriminar y desacreditar y, en cierto modo, tienen más que perder si se les descubre. No obstante, la impunidad es la norma para los funcionarios que delinquen en esta región; además, cuentan con recursos públicos a su disposición, como fuerzas del orden, armas y dinero del Gobierno, que utilizan para proteger y ampliar sus intereses.

—Antes, no eran los narcos quienes se postulaban para alcaldes, sino que financiaban las campañas y escogían al candidato. Ahora, los alcaldes manejan directamente el narcotráfico —me dijo Gerson Alegría, jefe de la Fiscalía de Delitos de Narcoactividad de Guatemala en ese entonces.

Él ha visto cómo se acumulan arrestos y pruebas contra autoridades

locales electas, ya que el crimen organizado colabora con ellas, no contra ellas. Cuando le pregunté sobre las tensiones entre los clanes Lemus y Marroquín, me respondió:

—Tenemos la misma información: es una lucha por el control territorial.

No obstante, ni el equipo de Alegría ni ninguna otra parte del aparato de justicia guatemalteco ha acusado formalmente a Marroquín de algún delito.

Decidí ser precavida. Cuando regresé a Ciudad de México, contacté a Marroquín para hacer una videollamada por Zoom y aceptó, aparentemente encantado. Ambos disfrutamos mucho la conversación, aunque yo le hacía preguntas incómodas sobre si había intentado matar a alguien.

Marroquín me aseguró que no tuvo nada que ver con el asesinato de Mayra y dijo que había colaborado con la investigación posterior. Afirmó que solo ha actuado en defensa propia y que la familia Lemus le tenía resentimiento por su popularidad local. Asimismo, aseveró ser víctima de un aparato político que busca deshacerse de él por su influencia y buenas obras.

—Si yo fuera narco, no sería político; estaría escondido —me dijo, detrás de su escritorio en Moyuta, vestido con una camisa azul oscuro, y riendo y gesticulando con vehemencia.

No es del todo verdad. Una carrera política es el velo perfecto para alguien en el negocio de la droga porque ¿quién se atrevería, cierto?

Sus grandes fugas

Independientemente de si Marroquín tuvo algo que ver con el arresto de Marixa, él no podía olvidarse de ella, aunque lo deseara. Sus dos fugas desde su detención en 2014 le valieron atención, notoriedad y más tiempo en prisión. La primera vez que escapó fue en mayo de 2016, unos dos años después de haber sido capturada por primera vez. Se dice que unas compañeras de celda la ayudaron a saltar un muro. Fue recapturada en

cuestión de horas. Sin desanimarse, lo intentó de nuevo un año después; esta vez se fugó de la cárcel militar de máxima seguridad Mariscal Zavala, supuestamente vestida con un uniforme de guardia. Un automóvil la esperaba afuera y se la llevó a toda velocidad. Cuando las autoridades la atraparon dos semanas después, se encontraba en el país vecino, El Salvador. Esas fueron las fotos de ella que vi por primera vez, con su cabello negro teñido de un desagradable tono anaranjado. Su captura fue un fenómeno mediático; incluso el presidente en turno, Jimmy Morales, publicó sobre ello en Twitter.[7]

Durante esa época, a Marroquín le resultó difícil relajarse.

—Tiembla de miedo cuando ve a Marixa —me dijo una fuente en Ciudad Pedro de Alvarado—. Se comporta como un macho cuando anda rodeado de sus guardaespaldas, pero le tiene muchísimo miedo. Cuando ella se fugó por segunda vez, él no salió de su casa hasta que la capturaron; no hizo un solo acto público.

¿Quizá tenía otras cosas en mente? Casi al mismo tiempo en que Marixa hacía historia con su segunda gran fuga, también lo hacía el hermano de Marroquín. Jorge Mario Marroquín Fuentes fue capturado en mayo de 2017 con casi una tonelada de cocaína frente a las costas de El Salvador en Acajutla, Sonsonate, a dos horas en auto en dirección sur, al otro lado de la frontera con Moyuta. El jefe de la Marina salvadoreña declaró entonces que se trataba de la mayor incautación de cocaína en la historia del país, sin comparación ni excepción.

Cuando le conté a Marixa que, de acuerdo con informes, Marroquín no había salido de su casa tras enterarse de su segunda fuga, ni siquiera intentó ocultar su amplia sonrisa.

—Sé que [Marroquín] me tiene pavor porque soy una mujer de armas tomar y voy a vengarme de él, por toda la familia que me arrebató —dijo.

Marroquín no es lo que aparenta, aseguró, y ha engañado y manipulado para abrirse camino en la vida. Asimismo, planteó que hay otra explicación

para los intentos de asesinato en su contra.

—Fueron autoatentados —afirmó, insinuando que los «ataques» contra su vida habían sido montajes organizados por él mismo.

Otra fuente en Ciudad Pedro de Alvarado aludió lo mismo y, cuando se lo repetí a Alan Ajiatas, entonces subjefe de la Fiscalía de Delitos de Narcoactividad, este respondió:

—Bueno, a raíz de las agresiones en su contra, [Marroquín] sí justificó la compra de carros blindados [con dinero del Gobierno], así que es probable.

Probable, no solo posible.

Marroquín se rio cuando se lo planteé; Marixa no.

—Cuando salí de Mariscal, dijo que yo era una mujer peligrosa y que debía duplicar su seguridad. Salió hablando y manchó el nombre de mi familia cuando él mismo está metido [en esas cosas malas] —señaló.

Yo habría podido quedarme horas conversando con Marixa. Unas semanas después de salir de Guatemala, una mujer llamada Mari Pérez me contactó por Facebook. Vi el mensaje por primera vez al despertar en la mañana, aún adormilada. Dejé de revisar el teléfono tan temprano, para darme tiempo de aclarar la mente.

—Hola, estuviste en Guatemala —decía el mensaje de Pérez.

—Sí —respondí. Luego vi las fotos en su perfil: todas eran de Marixa.

Un par de días después, «Mari» intentó llamarme. No contesté.

Hasta ahora, Marroquín sigue siendo el que ríe al último. Cuando dejé a Marixa en prisión tras nuestra charla, sostenía una carpeta con documentos que, según ella, estaban relacionados con una apelación que iba a interponer para reducir su condena. En el sistema de justicia de América Latina casi todo es posible, y sospecho que Marixa no ha dejado de planear su última gran fuga.

NOTAS

[1] Youngers, Coletta A., García Castro, Teresa y Manzur, Maria (Kiki). «Women Behind Bars for Drug Offenses in Latin America: What the Numbers Make Clear». *WOLA*. Noviembre de 2020. Disponible:

https://www.wola.org/wp-content/uploads/2020/11/Final-Women-Behind-Bars-Report.pdf.

[2] *Ibid*.

[3] *Ibid*.

[4] Autoridades locales en Ciudad Pedro de Alvarado, Moyuta, Guatemala. Entrevistadas por la autora, marzo de 2021. Las personas con las que hablé pidieron que no las nombrara por razones de seguridad. El fiscal de sección de la Fiscalía de Delitos de Narcoactividad de Guatemala en ese momento, Gerson Alegría, también confirmó esta información durante una entrevista llevada a cabo con la autora el 18 de marzo de 2021.

[5] Papadovassilakis, Alex y Silva Ávalos, Héctor. «A Mayor and a Wave of Narco Violence on Guatemala's Pacific». *InSight Crime*. 29 de enero de 2021. Disponible en: https://insightcrime.org/investigations/mayor-narco-violence-guatemala-pacific/.

[6] Ministerio Público de Guatemala. *Presuntos secuestradores capturados*. 16 de abril de 2014. Disponible en: https://www.mp.gob.gt/noticia/presuntos-secuestradores-capturados/

[7] Jimmy Morales, el entonces presidente de Guatemala, publicó un tweet el 26 de mayo de 2017: «Gracias a la eficiente coordinación entre los equipos de Mingob, PNC y autoridades de El Salvador, se captura a Marixa Lemus "La Patrona"». Disponible en: https://twitter.com/jimmymoralesgt/status/867803548851077120?ref_src=twsrc%5Etfw%7Ctwcamp%5Etweetembed%7Ctwterm%5E867803548851077120%7Ctwgr%5E%7Ctwcon%5Es1_c10&ref_url=https%3A%2F%2Fwww.prensalibre.com%2Fguatemala%2Fjusticia%2Fla-patrona-tenia-nexos-con-narcotraficantes-en-el-salvador%2F.

Capítulo 6

La informante

Del mismo modo que el mundo de los negocios legítimos, donde hay mujeres en todo el mundo que son directoras generales, también hay mujeres en todo el mundo que son directoras generales o jefas de organizaciones de narcotráfico o que desempeñan funciones muy destacadas en ellas.

Steve Fraga, exagente de la dea

La reunión

Sebastiana Cottón Vásquez no buscó el negocio de las drogas; el negocio la encontró a ella. Desde que era joven, los cargamentos de cocaína, marihuana y heroína atravesaban el pueblo rural de Malacatán, San Marcos, en la frontera de Guatemala con México. San Marcos colinda con el estado de Chiapas y es un punto de tránsito clave para la cocaína y otras drogas provenientes del sur que avanzan en dirección norte hacia México. Ese flujo diario de productos ocurre bajo el monitoreo de organizaciones criminales regionales como el cártel de Sinaloa, uno de los clientes de Sebastiana. Al igual que Digna Valle en Honduras, Sebastiana se encargaba de asegurar que los envíos del cártel cruzaran la frontera de manera segura.

A principios de junio de 2013, Sebastiana salió rumbo a la casa de una socia de negocios que se encontraba a varias horas de distancia. Tenía asuntos que discutir; en concreto, un acuerdo de tráfico transnacional de cocaína. Al llegar, la recibió la dueña de la casa, Marllory Chacón Rossell, y

una colombiana llamada Yaneth del Carmen Vergara Hernández. Yaneth era la intermediaria de la cocaína: había conseguido y empaquetado casi media tonelada en su base de Medellín para trasladarla hacia Estados Unidos, atravesando Centroamérica y México.

Para cuando se encontraron ese día en casa de Marllory, las tres mujeres llevaban décadas en el negocio de las drogas. Todas habían trabajado con grandes capos, pero muchos de esos narcos habían sido capturados o extraditados recientemente. El único hombre presente en la reunión, Oliverio Fernando Paláez Solano, coordinaría la ruta aérea para el cargamento. Esa reunión puso en marcha un trato que terminaría siendo el último.

Marllory ya había trabajado tanto con Sebastiana como con Yaneth, pero estas no se conocían; por eso organizaron la reunión. Ambas provenían de entornos rurales y pobres, pero Marllory era distinta.

Al ser una chica de clase media y con estudios universitarios, era cosmopolita, sofisticada y astuta, y tenía algo de experiencia en negocios legítimos. Estaba casada con un lavador de dinero, por lo que terminó tomando las riendas del negocio después de que él fuera encarcelado por manejar capitales ilícitos del crimen organizado colombiano. Cuando me las imagino en la reunión de ese día, se me viene a la mente una Marllory bien vestida, con el cabello y el maquillaje impecables. Sebastiana es más baja, más robusta, de modales toscos, con una sonrisa malévola que se refleja en las fotos de sus expedientes judiciales y notas periodísticas. Pero en la habitación donde está sentada Yaneth solo queda una silueta negra.

Una carta

La carta —dirigida a mí— estaba escrita a mano y había sido enviada desde la prisión federal de Aliceville, en Alabama. Llegó a las oficinas de *VICE* en Nueva York como respuesta a las múltiples cartas que mandé a todas las

mujeres investigadas para este libro. Yaneth, quien ahora ya tiene 70 años, fue la única que respondió.

Cuando, en octubre de 2021, la recepción de *VICE* me mandó por correo electrónico una foto de la carta, advertí la dirección del remitente en el sobre y el corazón se me aceleró. De todas las mujeres investigadas, Yaneth era la más invisible y enigmática. No pude encontrar fotos suyas ni fichas policiales. Era un misterio, una persona que pasaba inadvertida. Por lo tanto, era la última persona de la que esperaba recibir noticias.

> Espero que se encuentre bien de salud —escribió—. Le pido disculpas por no responder antes, todo se ha complicado con lo del COVID... Quiero que me explique lo que necesita. Me detuvieron en los años ochenta y salí en los noventa; como sabe, trabajé un tiempo con Griselda Blanco y otros.[1]

Esa información era nueva para mí. Griselda Blanco es la narcotraficante más famosa de la región, sin lugar a dudas. En los años ochenta fue una figura clave del negocio de la cocaína, y durante esa época se rodeó de hombres y mujeres —muchas de ellas, más educadas y adineradas que ella— para tejer una red de narcotráfico transnacional que la convirtió en una leyenda. Al parecer Yaneth había sido una de esas mujeres, y me di cuenta de que su actual temporada en prisión era, en realidad, la segunda por cargos de narcotráfico. Más tarde supe que había empezado en el negocio de las drogas en los setenta, cuando andaba en sus veinte. Fue arrestada por primera vez a inicios de los ochenta y cumplió una pena de siete años en Estados Unidos. Al ser liberada en 1990 y deportada a Colombia, intentó enderezar su vida por un tiempo, pero no lograba generar suficiente dinero para mantener a su hijo, así que en 1997 volvió a dedicarse al narcotráfico de cocaína «por necesidad», según me dijo.

Su carrera criminal era la más larga de todas las mujeres que investigué. Y ahí estaba, escribiéndome. Me quedé atónita y fascinada.

«Las otras dos personas ya están libres —escribió cuando le pregunté sobre la operación de 2013— y con quien mantengo contacto es con Sebastiana [Cottón Vásquez]».[2]

Pero Yaneth conocía a Marllory desde antes, y fue a ella a quien buscó cuando uno de sus negocios anteriores llegó a un punto sin salida.

La caída de su capo

—¿Es justo decir que es difícil ser mujer en un mundo dominado por hombres? —le preguntó el fiscal estadounidense Michael Nadler a Yaneth en un tribunal de Miami, a finales de febrero de 2018. Ella testificaba en el juicio contra Jesús López Londoño, alias Mi Sangre, uno de los narcotraficantes más poderosos de su generación durante su reinado y contacto importante de Yaneth.

—Sí —respondió.

—¿Tuvo que esforzarse el doble para que la aceptaran y la respetaran? —insistió Nadler.

—Sí —contestó ella.[3]

Cuando Yaneth ya estaba metida en el negocio, López era uno de los líderes de la organización de narcotráfico Los Urabeños en Colombia, la cual nació con los violentos paramilitares que combatieron a las guerrillas en el conflicto civil que duró más de medio siglo. Tanto las guerrillas como los paramilitares financiaron sus actividades, al menos en parte, con el negocio internacional de la cocaína.

En esa época, el grupo de López transportaba cocaína en lanchas rápidas desde Colombia hacia las costas de Centroamérica y México. Los Urabeños cobraban un impuesto a otros traficantes y actores para permitirles pasar la mercancía por ciertas rutas dentro del país. Ese fue el motivo de la reunión de Yaneth con López en 2010: tenía que pagar un peaje para trasladar su cargamento de cocaína desde Medellín hasta las ciudades costeras de

Necoclí y Turbo.

Su motivo para presentarse a declarar ese día era ayudar al Gobierno estadounidense a sepultar a López, con la esperanza de obtener una reducción en su propia condena. Así funciona la dinámica entre los protagonistas del crimen organizado en el sistema judicial de Estados Unidos: los menos poderosos testifican contra los altos mandos con los que trabajaron.

—Él pertenecía al alto mando de la organización —señaló Yaneth, y admitió que le pagó a López para que su cargamento de cocaína pudiera pasar. Para ese día en el tribunal, Yaneth ya estaba cumpliendo su condena, pues había sido sentenciada en 2016 a 18 años de prisión, así que la trasladaron desde su celda en Alabama para declarar en el juicio.

El juicio de López fue un asunto trascendental para el Gobierno estadounidense. En ese momento, los Urabeños eran, según el Departamento del Tesoro, «la banda criminal más grande e influyente que opera actualmente en Colombia», y uno de los principales productores de la cocaína ilegal que entraba a Estados Unidos.[4] López había esquivado a las autoridades durante años, hasta que, finalmente, en 2012 lo arrestaron en Argentina y lo extraditaron a Estados Unidos. Era un pez gordo, y los estadounidenses querían convertirlo en un ejemplo. Yaneth fue una testigo clave en su juicio, y gracias a su testimonio López fue declarado culpable y condenado a 31 años de prisión.[5]

Yaneth era una desconocida en comparación con López. Quizá por eso siempre se preparaba para su caída. Había entablado diferentes relaciones que le permitieron conseguir rutas alternas para mover su mercancía hacia el norte. Una de esas relaciones se dio con Marllory.

El ascenso de las reinas

Yaneth contactó por primera vez a Marllory para pedirle ayuda casi una

década antes de aquella reunión con Sebastiana en 2013. Tenía un problema de ocho millones de dólares: una tonelada de cocaína varada en Honduras y sin comprador. Su trato original había fracasado, por lo que buscó a Marllory para que la ayudara a encontrar rápidamente a un nuevo inversionista.

Así, una noche de abril de 2004, Marllory y su esposo fueron a cenar a un rancho en Izabal, Guatemala, un corredor crucial para la cocaína que sube desde Honduras hacia México y Estados Unidos.

Los anfitriones eran Eliu Lorenzana Cordón y su esposa, Tavi. También estaba presente Waldemar Lorenzana Cordón, el hermano mayor de Eliu. En ese entonces, la familia Lorenzana era considerada por el Departamento de Justicia de Estados Unidos como una de las organizaciones criminales transnacionales «más violentas y sofisticadas» del mundo.[6] Marllory esperaba que Eliu las ayudara a ella y a su amiga dándoles un adelanto para la droga y poniéndola en movimiento.

—Hablamos de la logística para recoger la cocaína [en Honduras] y entregar los dólares, así como el precio de la cocaína —recordaría años después en el tribunal, cuando testificó contra los hermanos Lorenzana.[7]

Eliu la evaluaba mientras hablaba. Su rostro redondo y frente amplia no reflejaban su estatus como uno de los capos más influyentes del país. No estaba acostumbrado a hacer tratos con mujeres. A sus treinta y tantos años, con cabello castaño claro y tez blanca, Marllory no se parecía en nada a los rostros con los que Eliu solía negociar. Ella era de clase media, tenía estudios universitarios inconclusos y había tenido pequeñas empresas legítimas antes de entrar al mundo del narcotráfico. Esa experiencia le ayudó a montar una red de empresas en la región que después usó para lavar el dinero de sus clientes.

—No te conozco —le dijo Eliu—, pero al verte a los ojos sé que puedo confiar en ti.

El trato quedó sellado y comenzó una relación que duraría años.[8]

Zacapa

Cuando visité Zacapa en marzo de 2021, estaba muy cerca de la casa donde Marllory tuvo su primer encuentro con los hermanos Lorenzana, a una hora de camino desde la frontera con Honduras. Dos días antes había estado en El Espíritu, hablando con Norma y otros habitantes del pequeño poblado, y luego con la propia Digna Valle, por lo que aún traía los nervios de punta. Sentía que Digna y su clan seguían conmigo, y ahora me internaba en el antiguo terreno de Marllory.

Antes de que el cártel de los Valle fuera desmantelado en 2014 por el Gobierno estadounidense, la cocaína que cruzaba la frontera pasaba por Zacapa, controlada en ese tiempo por la familia Lorenzana. Cuando estuve ahí, hacía tiempo que los hermanos Lorenzana, Marllory y los Valle habían desaparecido, pero la ciudad y su departamento seguían siendo un centro clave para el narcotráfico, pues otros narcos habían ocupado la vacante que dejaron los Lorenzana.

Cruzamos la frontera Honduras-Guatemala por El Florido, donde bajé del auto de mi chofer hondureño y me subí a un modesto Tsuru conducido por mi chofer guatemalteco. Mi colega, la periodista local Julie López, se sentó adelante. El aire seco y caliente entraba por las ventanas mientras nos alejábamos de la frontera para entrar a Guatemala. Finalmente, cuando llegamos a Zacapa, el claxon insistente de un auto que venía detrás de nosotros nos interrumpió. Al voltear para mirar por la ventana trasera, vi una camioneta negra que nos seguía de cerca. El conductor tocaba el claxon repetidamente para apartar a los demás vehículos del camino y abrirse paso hacia la derecha.

En la parte trasera de la camioneta viajaban dos hombres con armas largas automáticas negras y chalecos antibalas. Lucían agitados e impacientes. Ninguno llevaba uniforme policial y la camioneta no tenía distintivos oficiales. Los carros a su alrededor se apresuraban a hacerse a un lado.

Mi contacto local, al que llamaré Juan, susurró:

—Son ellos. Aquí, ellos son la ley.

Juan había sido empleado de los Lorenzana. Cuando lo conocí, ya parecía haber vivido una vida entera, a pesar de estar tan solo en sus treintas. Me contó, mientras platicábamos sentados en la mesa de un restaurante local, que había comenzado a trabajar para ellos a los 12 años, introduciendo armas desde Honduras. Después empezó a consumir drogas y a convivir con los sicarios del cártel, que eran el grupo armado de la organización.

—Perdí casi toda mi juventud metido en ese mundo —me dijo.

La noche de 2004, cuando Marllory se reunió por primera vez con Eliu y Waldemar en Guatemala, ya era una experimentada lavadora de dinero. La cena con los hermanos Lorenzana marcó el inicio de una fructífera relación que le valdría ser catalogada por el Departamento del Tesoro de Estados Unidos como «una de las narcotraficantes más prolíficas de Centroamérica».[9]

—Marllory era muy inteligente y astuta, y poseía excelentes aptitudes empresariales —me explicó Steve Fraga, quien había sido agente de la DEA por tres décadas, gran parte de las cuales se dedicó a investigar el narcotráfico en Centroamérica—. Era alguien que veía las oportunidades y las aprovechaba con éxito. Tenía una mentalidad empresarial.[10]

De haberse dedicado a una empresa de la lista Fortune 500 en lugar del narco, aseguró, su destino habría sido muy distinto.

—Del mismo modo que en los negocios legítimos, donde hay mujeres en todo el mundo que son directoras generales, también hay mujeres en todo el mundo que son directoras generales o jefas de organizaciones de narcotráfico o que desempeñan funciones muy destacadas en ellas —apuntó.

Mi guía en Zacapa, Juan, recordó haber visto a Marllory en la ciudad cuando ambos trabajaban para los Lorenzana.

—Era una mujer imponente e intimidante debido al tipo y la cantidad de personas que la rodeaban. Iba a todos los lados con su escolta; siempre había

alguien en la puerta.[11]

Cuando Juan estaba en sus últimos años de adolescencia, se agotó y dejó la mafia, pero Marllory siguió, escalando cada vez más en la jerarquía.

—El poder que tenían los Lorenzana sobre el pueblo era increíble —señaló Juan—. Controlaban todo, y tenían un ejército privado y a la policía cuidándolos. A Marllory la escoltaba la Policía Nacional.[12]

Esa escolta evidenciaba sus vínculos con el Gobierno guatemalteco. Sus amistades en las altas esferas también eran objeto de una creciente vigilancia, incluidos la entonces vicepresidenta Roxana Baldetti (a quien conocí en la prisión de Santa Teresa antes de entrevistar a Marixa Lemus para el capítulo 5) y el ministro de Gobernación, Mauricio López Bonilla, quien le proporcionaba la escolta oficial y era, en ese momento, el funcionario de seguridad de más alto rango que colaboraba con Estados Unidos en la lucha bilateral contra las drogas. Algunos informes señalan que Marllory recibió en su casa a Baldetti[13] y a López Bonilla en 2013, cuando ya había sido sancionada por el Departamento del Tesoro estadounidense por narcotráfico y lavado de dinero.[14]

Baldetti siempre ha negado vehementemente conocer a Marllory, pero López Bonilla nunca lo ha hecho. No está claro por qué le asignó una escolta policiaca si sabía que estaba siendo investigada por Estados Unidos debido a su participación en actividades de narcotráfico.

Cuando fue sancionada en 2012, el Gobierno estadounidense calculó que lavaba hasta 10 millones de dólares al mes de ganancias del narcotráfico. Cuando se emitieron las sanciones, el director de la Oficina de Control de Activos Extranjeros de Estados Unidos, Adam J. Szubin, dijo:

—Las actividades de narcotráfico de Marllory Chacón y sus lazos con cárteles mexicanos la convierten en una figura fundamental del comercio de drogas.[15]

Esa medida del Gobierno estadounidense presionó a Marllory para que reconsiderara su futuro y el de sus socios comerciales.

La Reforma

A menos de una hora de Zacapa se halla el diminuto pueblo La Reforma, antiguo hogar de los Lorenzana. Se ubica cerca de la autopista transoceánica CA-9, que conecta la costa este de Honduras con la ciudad de Guatemala y se prolonga hasta la costa oeste: es la ruta conocida localmente como «autopista de la cocaína». Cuando le pregunté a Juan si era seguro conducir de Zacapa a La Reforma, resopló y negó lentamente con la cabeza, aunque luego nos mostró a mi chofer y a mí, en Google Maps, dónde se encontraban las mansiones de los antiguos capos en La Reforma.

Antes de que Eliu y Waldemar fueran arrestados en 2011 y 2013, respectivamente, eran temidos y respetados en la zona, igual que lo fue su padre narcotraficante antes que ellos. Según reportajes de prensa de aquel entonces, cuando agentes de la DEA y policías guatemaltecos intentaron detenerlos en 2009, los pobladores salieron en su defensa. Existen videos que muestran a cientos de personas en las calles sosteniendo carteles que decían: «Familia Lorenzana, estamos con ustedes» y «DEA: injusticia para la humanidad».[16]

Ese día de marzo de 2021, mientras conducíamos de Zacapa a La Reforma y miraba los campos amarillos pasar ante mis ojos, me llegué a sentir ansiosa, pues en pueblos como este, los forasteros saltan a la vista de inmediato.

Al principio, La Reforma parecía un pueblito cualquiera, pero conforme nos adentrábamos en él observé varias casas enormes que eclipsaban a las demás, las cuales, en su mayoría, eran estructuras de cemento de un solo piso. Había camionetas y carros nuevos enfilados en las calles de un lugar donde los residentes promedio no habrían podido costear ni uno austero de uso. La estación de bomberos local lucía demasiado bien equipada para una localidad tan pequeña. Según Juan, los Lorenzana solían financiar servicios que le correspondían al Estado.

Encuentro cercano

Cuando Sebastiana Cottón Vásquez visitó La Reforma, no la recibieron con entusiasmo. Era 2008, antes de aliarse con Yaneth y Marllory. Estaba furiosa: había pagado 3 millones de dólares a Waldemar (a quien llamaba don Walde) por aproximadamente 400 kg de cocaína, pero la droga nunca llegó. Estaba convencida de que se la había robado. Cuando lo llamó para reprenderlo, se enfrascaron en una discusión a gritos y él le pidió que fuera a su rancho si quería aclararlo. Sebastiana trasladaba cocaína a México para clientes como los Lorenzana y el cártel de Sinaloa.

En cuanto pisó la terraza de don Walde, supo que se había equivocado. Más de cien hombres armados salieron del jardín y rodearon la terraza donde ella y su pequeño grupo se encontraban con Waldemar y otro traficante guatemalteco, don Juancho. Un helicóptero sobrevolaba la zona.[17]

Sebastiana había llegado solo con cuatro de sus aliados más cercanos: su primo Max, su hijo Antonio, un socio mexicano llamado Lucas y otro empleado de nombre Rudy. Era la única mujer allí. Don Walde les pidió que se sentaran frente a la mesa de la terraza y, de inmediato, los hombres armados cerraron el cerco. Don Walde y don Juancho azotaron sus armas sobre la mesa, apuntando a Sebastiana y a Lucas; gritaron y agitaron los dedos en el aire, ofendidos de que los acusaran de robo, y afirmaron que habían mandado la droga por la que Sebastiana había pagado en un camión con compartimentos ocultos.

—Cada vez que me movía, aunque fuera para acomodarme en la silla, don Juancho tocaba su pistola —contó Sebastiana.

En un intento por calmar las cosas, se levantó al baño, pero cuando volvió, su primo Max la apartó:

—Doña Tana, vámonos de aquí.[18] La situación se puso fea. Don Juancho me dijo que, si hace cualquier movimiento, cualquiera, le dispara —le advirtió.

Mientras tanto, don Walde y Rudy se gritaban, y cuando Sebastiana volvió a sentarse, Lucas, desde la mesa, comenzó a darle puntapiés bajo la mesa. La miró y le dijo:

—¡Vámonos! ¡Vámonos!

Sebastiana se levantó con calma.

—El pez grande se comió al chico; ya veré cómo arreglo esto. —Sin la droga que había comprado, ahora debía los 3 millones de dólares que su comprador mexicano le había dado por adelantado— Ya veré cómo le pago —le dijo a don Walde.

Los hombres se relajaron y la tensión disminuyó. El grupo se puso de pie y salió de la casa de don Walde. Según Sebastiana, nunca aparecieron ni la cocaína ni el dinero.

La siguiente vez que Sebastiana vio a don Walde fue en casa de su hermano Eliu, también en La Reforma. Ella cuenta que, al verla, Waldemar se puso nervioso. Creía que ella se vengaría por los 3 millones perdidos.

—Mire, doña Tana —le dijo, según su testimonio—, si va a hacerme algo, hágalo de frente, porque yo no me voy a quedar cruzado de brazos.

Cuando testificó en el tribunal, Sebastiana contó que quedó perpleja durante esa interacción.

—Así que solo me limité a sonreír y le pregunté: «¿Está loco o qué?».

Sin embargo, la sonrisa de Sebastiana es todo menos tranquilizadora. Una foto suya durante el juicio muestra una mueca compleja, que es a la vez amenazante, burlona y segura, con un dejo de violencia. Expresa que no conviene meterse con ella.

Una vida dura

A diferencia de Marllory, Sebastiana creció en la pobreza campesina de Malacatán, el cual, en palabras del fiscal antinarcóticos guatemalteco Gerson Alegría, es un «punto estratégico clave» para el narcotráfico internacional.[19]

Su tierra natal es una importante zona de entrada terrestre hacia México y también ruta marítima crucial para el transporte de drogas gracias a que colinda al oeste con el Pacífico. Su vida en ese lugar fue dura y los hombres en su entorno lo eran también. Abandonó la escuela en segundo grado, pero evitaba volver a casa.

—Mi padre abusaba de mi madre frente a mí todo el tiempo —declaró en 2015 ante la jueza Marcia Cooke en Miami durante una de sus audiencias de individualización de la pena—. Era alcohólico y no mantenía a la familia.[20]

A los 18, contó en el juicio, fue secuestrada por un hombre que después sería su esposo y padre de sus cinco hijos.

—Era iracundo y violento, muy dominante. Vivía con miedo cuando estaba cerca —comentó.

Cuando él la abandonó, empezó a vender contrabando para alimentar a sus hijos. Poco después, se casó de nuevo con un capo local.

De acuerdo con una fuente de una organización rival que habló con *VICE World News* de manera anónima, cuando lo mataron, tomó las riendas del negocio. Nos vimos en un café del centro de ciudad de Guatemala, en marzo de 2021, para platicar sobre Sebastiana. La fuente estaba nerviosa: llevaba gorra y cubrebocas (fue durante la pandemia por COVID-19), y no dejaba de moverse ni de mirar alrededor. Había tenido un encontronazo personal con la familia de Sebastiana que me pidió no relatar, por temor a ser identificada. Describió a Sebastiana como violenta y explosiva.[21]

No obstante, su abogado defensor, William Clay, argumentó ante un juez de Estados Unidos que más que el carácter o los matrimonios, fue la geografía la que la empujó al mundo del narcotráfico.

—Solo quiero que entiendan esto —dijo—: madre soltera, todos estos problemas, sensación de inseguridad, seguridad económica y física, víctima de agresión sexual en un país que el Departamento de Estado califica como uno de los más peligrosos de Centroamérica… Ese era su entorno, un área

rural dominada por el machismo, por hombres muy malos y violentos.[22]

Con el tiempo, Sebastiana ganó fama letal en la región. Tenía nexos con el cártel de Digna Valle en Honduras y otros capos influyentes tanto en el sur —en Colombia— como en el norte —en México—. Además, frecuentaba Culiacán, donde trabajaba con el cártel de Sinaloa del Chapo.

—Era alguien conocida en Guatemala y México, como una mujer a la que se debía temer porque podía hacer que muchas cosas ocurrieran —señaló la fiscal estadounidense Monique Botero durante su audiencia de individualización de la pena.

Según los medios locales, fue detenida varias veces en México por la policía federal y posteriormente liberada por motivos desconocidos.[23] Al igual que la cocaína que trasladaba, se desplazaba con fluidez entre San Marcos, Guatemala y Chiapas, el estado en la frontera con México.

La informante

Para cuando Marllory reunió a Yaneth y Sebastiana en la junta llevada a cabo en junio de 2013, muchos de los hombres con los que habían trabajado se encontraban tras las rejas. La mafia Lorenzana había sido desmantelada y los hermanos, sentenciados a cadena perpetua.[24] Otro de los contactos locales clave de Sebastiana, Juan Alberto Ortiz López, alias Juan Chamalé, había sido arrestado en 2011, y el exsocio y pilar de Yaneth en el narcotráfico, Jesús López Londoño, Mi Sangre (contra quien terminó testificando), estaba también detenido en ese momento.

Así que las mujeres negociaron su propio pacto, cuyos detalles pude armar a partir de los expedientes judiciales. Según el acuerdo de reconocimiento de culpabilidad de Sebastiana, una persona identificada como «fuente confidencial» (FC) se vio con ella, Yaneth y Fernando Peláez, el coordinador de las rutas aéreas, en junio de 2013, para «negociar la recepción y transportación de un cargamento de 450 kg de cocaína desde La Guajira,

Colombia, hasta Río Dulce, Guatemala».[25]

Se enviaron cientos de mensajes, videos y audios por BlackBerry a la FC que documentaban el traslado del cargamento. En octubre, Yaneth envió fotos de este al informante y le dijo que estaba listo para su traslado y que Peláez enviaría el avión para recogerlo. Entonces, la fuente le mostró los mensajes de BlackBerry a los agentes de la DEA.

—Las fotos muestran claramente fardos de paquetes, tabiques de cocaína y un paquete con la marca Rana.

Rana era probablemente la marca con la que el grupo acordó identificar el cargamento.[26]

Tarde en la noche del 10 de enero de 2014, la cocaína salió de La Guajira en una aeronave Seneca con dirección a Guatemala. La Guajira es un departamento costero en el noreste de Colombia que colinda con Venezuela y da al mar Caribe. Es un punto de partida popular para los cargamentos de cocaína con destino a las islas caribeñas o a las costas este de Centroamérica.

De nuevo, según el acuerdo de reconocimiento de culpabilidad de Sebastiana, Yaneth le envió mensaje a la fuente anónima para avisarle que el cargamento estaba en tránsito. En la mañana del 11 de enero, la carga llegó a Guatemala, donde fue confiscada por la DEA.[27]

La identidad de la fuente anónima sigue siendo confidencial en el expediente judicial de Sebastiana, pero el acuerdo de reconocimiento de culpabilidad de Yaneth establece que Marllory fue quien recibió todas las comunicaciones de Yaneth sobre el cargamento de cocaína.[28] Esta descripción, junto con el hecho de que el nombre de Marllory no se menciona en el acuerdo de Sebastiana, sugiere que Marllory, quien enfrentaba sanciones y cargos por narcotráfico en Estados Unidos, decidió traicionar a sus colegas femeninas a cambio de una reducción en la condena y pasó información sobre el trato a la DEA, incluso mientras lo llevaba a cabo.

Probablemente es un error que los acuerdos de reconocimiento de culpabilidad de Yaneth y Sebastiana contengan información distinta, pero lo que ocurrió tras el decomiso de esa carga también apunta a que Marllory es la informante: en septiembre de 2014 se entregó a las autoridades en Miami, justo antes de que sus compañeras criminales fueran arrestadas.[29] Un mes después detuvieron a Sebastiana en México[30] y en noviembre, a Yaneth en Colombia.[31]

Una vez arrestada, Marllory fue puesta bajo protección contra cualquier intento de venganza por parte de las colegas a las que había traicionado. Darme cuenta de lo que Marllory había hecho me ayudó a comprender por qué Yaneth mencionaba en sus cartas que solo mantenía contacto con Sebastiana. Debido a su variada carrera delictiva, Marllory se enfrentaba a la posibilidad de recibir cadena perpetua por los cargos en su contra en Miami. Era lógico que aceptara hacer un trato. La Reina del Sur, como la apodaron, debía considerar a sus cinco hijos. Su hija mayor, Stefanel Castellanos Chacón, también había sido señalada por el Gobierno de Estados Unidos como partícipe en el lavado de dinero y la supervisión de 24 empresas, desde hoteles y constructoras hasta tiendas de ropa. Antes de entregarse a las autoridades estadounidenses, Marllory, quien era un ícono de la moda, visitó a su hija en París, como un último adiós en cierto modo. La revista de celebridades guatemalteca *Contrapoder* publicó fotos de Marllory y Stefanel presumiendo su riqueza, supuestamente en la capital francesa, unos dos meses antes de que Marllory fuera a Miami a entregarse a las autoridades. Casi cuatro años después, a principios de 2019, Marllory era una mujer libre de nuevo.

Intenté varias veces entrevistar a Marllory para este libro. Se encontraba en vías de solicitar una visa que le diera derecho a vivir y trabajar en Estados Unidos, y me informaron que no quería poner en riesgo el proceso hablando conmigo.

A Sebastiana la liberaron en octubre de 2019, seis meses después que a Marllory y, según fuentes en Guatemala, regresó a los lugares donde operaba antes en la frontera México-Guatemala. No sé si regresó a sus actividades de narcotráfico, pero unas fuentes a las que entrevisté en la capital guatemalteca y que la conocían personalmente me dijeron:

—Si no vuelve a esas actividades, ¿qué va a hacer entonces? No sabe hacer nada más.[32]

En lo que respecta a Yaneth, mientras terminaba este libro, esperaba ser deportada a Colombia tras salir de prisión en septiembre de 2022. La regresaron a su patria al poco tiempo.

NOTAS

[1] Yaneth del Carmen Vergara Hernández. Correo electrónico dirigido a la autora, 2021. Tras su respuesta escrita inicial, Vergara Hernández y yo nos escribimos durante 2021 y 2022 a través del servicio de correo CorrLinks, el cual está disponible para comunicarse con los reclusos de las prisiones federales de Estados Unidos.

[2] Vergara Hernández. Correo electrónico con la autora, 2021.

[3] Estados Unidos vs. Henry de Jesús López Londoño, No. 10–20763-CR-Graham, 2018 US Dist., (S.D. Cal., 27 de febrero de 2018). La descripción de este intercambio proviene de un testimonio en versión estenográfica.

[4] Departamento del Tesoro de Estados Unidos. *Treasury Sanctions Los Urabenos Leadership*. 23 de julio de 2014. Disponible en: https://home.treasury.gov/news/press-releases/jl2577.

[5] Fiscalía General Federal de Estados Unidos. *Colombian Drug Kingpin Sentenced to 31 Years in Prison for Drug Trafficking*. 19 de junio de 2018. Disponible en: https://www.justice.gov/usao-sdfl/pr/colombian-drug-kingpin-sentenced-31-years-prison-drug-trafficking.

[6] Departamento de Justicia de Estados Unidos. *Leader of Guatemalan Drug Trafficking Organization Sentenced to Life in Prison*. 22 de febrero de 2018. Disponible en: https://www.justice.gov/opa/pr/leader-guatemalan-drug-trafficking-organization-sentenced-life-prison.

[7] Estados Unidos vs. Eliu Elixander Lorenzana-Cordón y Waldemar Lorenzana-Cordón, No. 1:03-cr-00331-CKK (D.C. Cir. 2016). Esta conversación proviene de una versión estenográfica del juicio el 14 de marzo de 2016.

[8] *Lorenzana-Cordon and Lorenzana-Cordon*, 1:03-cr-00331-CKK. 14 de marzo de 2016.

[9] Departamento del Tesoro de Estados Unidos. *Treasury Targets Top Guatemalan Drug trafficker*. 19 de enero de 2012. Disponible en: https://home.treasury.gov/news/press-releases/tg1395.

[10] Steve Fraga. Entrevista telefónica con la autora. 13 de agosto de 2021.

[11] «Juan». Entrevista con la autora, Zacapa, Guatemala. 13 de marzo de 2021. El nombre de Juan fue modificado para proteger su identidad.

[12] *Ibid.*

[13] Alvarado, Hugo y Vásquez, Byron. «Marllory Chacón busca salir de lista negra». *Prensa Libre*. 23 de mayo de 2014. Disponible en: https://www.prensalibre.com/guatemala/justicia/marllo ry-chacon-capturada-se-encuentra-ee-uu-0-1142885889.

[14] Dudley, Steven. «Guatemala's Mafia State and the Case of Mauricio López Bonilla». *InSight Crime*. 15 de diciembre de 2016. Disponible en: https://insightcrime.org/investigations/guatemala-mafia-state-case-of-lopez-bonilla.

[15] Departamento del Tesoro de Estados Unidos. *Treasury Targets Top Guatemalan Drug Trafficker*. 9 de enero de 2012.

[16] PrensaLibreOficial. *Apoyo multitudinario a los Lorenzana*. 25 de julio de 2009, video, 0:14/2:07. Disponible en: https://www.youtube.com/watch?v=0Nf0PTp8ZzM.

[17] *Lorenzana-Cordon y Lorenzana-Cordon*, 1:03-cr-00331-CKK. 8 de marzo de 2016. Las descripciones de Sebastiana en este capítulo sobre el incidente en la casa de don Walde en La Reforma y las consecuencias de esa reunión se tomaron de una versión estenográfica de las audiencias de este caso.

[18] *Tana* es la forma corta de Sebastiana.

[19] Bonello, Deborah. «How a Single Mom Became the Boss of Guatemala's Drug Lords». *VICE World News*. 26 de octubre de 2021. Disponible en: https://www.vice.com/en/article/88nzj5/guatemala-drug-lord-bosses-cotton-vasquez-chacon-rossell.

[20] Estados Unidos vs. Sebastiana Hortencia Cottón Vásquez y Oliverio Fernando Paleaz *[sic]* Solano, No. 1:14-CR-20557-MGC-1m (D.C. Fla. S.D., October 14, 2015). La descripción que doy aquí de Sebastiana son fragmentos de la versión estenográfica de su audiencia de individualización de la pena.

[21] Rival de Sebastiana Cottón Vásquez. Entrevista con la autora, ciudad de Guatemala. 17 de marzo de 2021.

[22] *Cottón Vásquez and Paleaz [sic] Solano*, 1:14-CR-20557-MGC-1m. 14 de octubre de 2015. Tomado de la versión estenográfica de la audiencia de individualización de la pena.

[23] Personas de Interés (2014). «Sebastiana Hortencia Cottón Vásquez "Doña Tana"». *OCCRP Aleph*. Disponible en: https://aleph.occrp.org/entities/26447253d631ec29fcc73d458cfb1f4f9c05cd9f.5d7415800a0b39fa84e118df831b00421d8275c0. OCCRP Aleph es un repositorio global de material dedicado al periodismo de investigación.

[24] Departamento de Justicia de Estados Unidos. *Leader of Guatemalan Drug Trafficking Organization Sentenced to Life in Prison*. 2 de mayo de 2018.

[25] *Cottón Vásquez y Paleaz [sic] Solano*, 1:14-CR-20557-MGC-1m. 14 de octubre de 2015. Tomado de la versión estenográfica de la audiencia de individualización de la pena.

[26] *Ibid.*

[27] *Ibid.*

[28] Estados Unidos vs. Yaneth del Carmen Vergara Hernandez, No.14–20557-cr-Cooke (D.C. Fla. S.D.).

[29] Gagne, David y Dudley, Steven. «Following Sentence, Intrigue Around Guatemala's "Queen" Turns Political». *InSight Crime*. 7 de mayo de 2015. Disponible en: https://insightcrime.org/news/analysis/guatemala-drug-trafficking-queen-sentenced-in-us-court.

[30] Bonello, Deborah. «How a Single Mom Became the Boss of Guatemala's Drug Lords». *VICE News*. 26 de octubre de 2021.

[31] Ministerio de Justicia y del Derecho, Colombia, resolución ejecutiva número 072 de 2015, por la cual se decide sobre una solicitud de extradición. 11 de mayo de 2015. Esta resolución contiene la decisión sobre la solicitud de extradición.

[32] Rival criminal anónimo de Sebastiana. Entrevista, 17 de marzo de 2021.

Capítulo 7

Las pandillas y los cárteles no son lo mismo

Me respetan porque soy su mujer... A él lo admiran y respetan en su barrio... Sé que, si él muere, todo eso terminará.

Isabel, novia de un pandillero

Digna, Marixa, Guadalupe, Luz, Marllory, Yaneth y Sebastiana son el ejemplo de que existe un lugar para las mujeres en el narcotráfico y de que el género no es un impedimento para que ellas alcancen posiciones de poder. Sin embargo, no se puede decir los mismo de todas las organizaciones criminales en Latinoamérica.

Antes de esparcirse por El Salvador, Honduras y Guatemala, las pandillas de la Mara Salvatrucha iniciaron como fraternidades de jóvenes inmigrantes marginados en Los Ángeles. Para las mujeres, la vida y la cultura de las pandillas en Estados Unidos conllevan prestigio y poder, privilegios que no conservaron tras ser deportadas a Centroamérica, donde todo cambió.

Las historias de Isabel, Brenda, Adriana y Esmeralda nos permiten echar un vistazo al mundo de las pandilleras. Comparados con ellas, los cárteles de México parecen relativamente progresistas.

Isabel

Para Isabel, escuchar tan cerca los gemidos y jadeos de otras personas teniendo sexo era molesto. La respiración agitada y los gritos la distraían cuando ella misma intentaba tener relaciones con su novio.

—Solíamos hacerlo en «champas» —me contó cuando nos reunimos en un restaurante de pollo asado que se encontraba a una hora de camino de la Central San Salvador, en 2021.

Las «champas» eran colchones cubiertos por sábanas alzadas sobre postes; tiendas de campaña improvisadas para ocultar lo que hacían las dos personas que estaban dentro. En el patio del centro penitenciario de alta seguridad para hombres Izalco, esas medidas eran necesarias durante las visitas conyugales, cuando cientos de mujeres entraban a la prisión para visitar a sus pandilleros. Las visitas prometían una cogida discreta gracias a las champas, que desde arriba hacían que el patio de la prisión pareciera un pequeño campamento de refugiados.

Isabel conoció a su novio (llamémosle Chaparrín) en Facebook cuando tenía 19 años.

—Me agradaba cómo me trataba todos los días —dijo—. Prestaba mucha atención a los detalles y es el único hombre que me ha regalado rosas.[1]

Al mirar a Isabel, me pareció difícil de creer. Cuando nos reunimos usaba un vestido de punto corto y ajustado color café que apenas cubría la parte superior de sus muslos. Su cabello largo y oscuro caía sobre su espalda, y su rostro parecía sacado de una pintura de Botticelli.

La decisión de iniciar una relación con un hombre que se encontraba en prisión por asesinato me dejo boquiabierta. En la narcocultura, los capos son parejas atractivas para las mujeres, como vimos en el capítulo 3, pero en raras ocasiones lo son para mujeres como Isabel, cuyas condiciones de supervivencia son precarias. La vida en la pandilla tampoco prometía producir las mismas ganancias y botines que el negocio internacional de las drogas. Chaparrín era miembro de la pandilla Barrio 18, lo que garantizaba que pasaría más tiempo dentro que fuera de prisión por el resto de su corta

y violenta vida. Me contó que se unió a la pandilla cuando tenía 9 años y que a los 11 ya lo buscaban por asesinato.

Después de obtener la autorización de su madre, Isabel fue al penal de Izalco, a unos 70 km en carro de San Salvador, para conocer a Chaparrín por primera vez, tras varios meses de intercambio de mensajes por Facebook. Había empezado a estudiar de nuevo y la invitó a su ceremonia de graduación de secundaria en la prisión.

—Era la primera vez que entraba en una cárcel —recordó. Ese día, y cada semana durante los siguientes años, lo visitaba y se sometía a una «revisión de cuerpo completo» como parte del proceso para entrar al penal, lo que implicaba desnudarse por completo en un pequeño cubículo, subirse en una silla y sentarse en cuclillas a fin de que una custodia le insertara los dedos para asegurarse de que Isabel no se había metido drogas u objetos de contrabando en la vagina o el ano. Al parecer, es uno de los métodos habituales para meter, de manera furtiva, artículos prohibidos a los centros penitenciarios del país.

—Te acostumbras; se vuelve una rutina. Al principio era humillante, pero después te olvidas. Uno se acostumbra a todo.

Había una cruda realidad en la conexión de Isabel con la pandilla, una que requería el tipo de compromiso y flexibilidad que no se exige a las mujeres en la vida dentro de los cárteles. El poder socioeconómico de los pandilleros promedio era, en el mejor de los casos, limitado, y en el peor, estaba arraigado a una pobreza asfixiante. Probablemente la necesidad económica y el amor son los motivos que llevaron a Isabel a regresar una y otra vez al infierno que son las prisiones latinoamericanas.

En las últimas décadas, las pandillas MS-13 y Barrio 18, también conocidas como «Mara» —que es la forma corta de Mara Salvatrucha (las iniciales MS en MS-13)—, se han esparcido por los países del Triángulo Norte: El Salvador, Honduras y Guatemala, con hasta 70 000 miembros de la MS-13 repartidos tan solo en estas naciones. Formada en las calles de Los

Ángeles, California, en la década de 1980, la pandilla surgió como una organización social que brindaba sentido de pertenencia a los jóvenes inmigrantes marginados, la mayoría refugiados salvadoreños que huía de la guerra civil en su país. «La MS-13 es un fenómeno complejo. Su fin no es tanto generar ingresos, sino crear una identidad colectiva que se adquiere y refuerza mediante experiencias compartidas y con frecuencia delictivas, especialmente actos de violencia y expresiones de control social», escribe Steven Dudley, quien se ha dedicado a analizar ampliamente a las pandillas.[2]

La violencia vive en el corazón de la cultura y el *modus operandi* de las pandillas, motivo por el cual ha sido el centro de atención de los cuerpos policiales en Estados Unidos y Centroamérica. A mediados de la década de los noventa y hasta los 2000, miles de pandilleros extranjeros fueron deportados de Estados Unidos a sus países de origen en Centroamérica, donde formaron células nuevas. Llegaron a El Salvador después de una guerra civil brutal. De acuerdo con las estadísticas del Departamento de Seguridad Nacional de Estados Unidos citadas por Dudley, de los casi 130 000 delincuentes sentenciados que fueron deportados a Centroamérica entre 2001 y 2010, más del 90% fue enviado a El Salvador, Honduras o Guatemala.[3]

Sin embargo, hoy en día la pandilla en El Salvador es solo una sombra de lo que fue. A causa de la represión del presidente Nayib Bukele —que inició en 2022—, las fuerzas policiacas locales capturaron a decenas de miles de pandilleros y colaboradores sospechosos, y las filas de las pandillas se vieron mermadas por la rapidez y la magnitud de las detenciones. Parece que las comunidades locales que por décadas sufrieron abusos y extorsión por parte de las pandillas estuvieron bastante dispuestas a pasar por alto las violaciones a los derechos humanos que acompañaron a las medidas con mano dura; así, la violencia alcanzó mínimos históricos. Por otro lado, las visitas conyugales en las cárceles se volvieron cosa del pasado, ya que la seguridad se redobló. De pronto, los encuentros amorosos de Isabel y

Chaparrín en el centro penitenciario de Izalco llegaron a su fin.

No obstante, incluso estando fuera, Isabel me contó que la policía la acosaba constantemente porque sabían que era la novia de Chaparrín.

—No podía dormir en mi casa. Sentía que la policía vendría por mí en cualquier momento.

Narró cómo en una ocasión ella y su hermano fueron arrestados por un oficial que los llevó a la estación de policía. A ella la sacó por la puerta trasera y la amagó con una pistola en la cabeza.

—Comencé a llorar desconsoladamente —me contó—. Me dijo que me iba a disparar y después a mi hermano.

Posteriormente, le exigió que se pusiera de rodillas.

—No —respondió ella—. No, no voy a hacerlo.

—Me aterraba la idea de que, si lo hacía, me dispararía en la cabeza —comentó.

Mi colega local, Bryan, le preguntó:

—¿Cuál es el lado bueno de todo esto?, ¿qué ganas?

—Me respetan porque soy su mujer —respondió—. Porque lo admiran y lo respetan en el barrio.

Pero incluso ese valor adicional era profundamente limitado.

—Sé que, si él muere, todo eso desaparecerá —afirmó.

La seguridad que obtenía por ser la mujer de Chaparrín era precaria en el mejor de los casos, especialmente dada la corta vida de la que, por lo general, gozan los pandilleros. Isabel no era clara sobre si estaba involucrada en las actividades criminales de la pandilla como la extorsión o la venta callejera de drogas, pero los observadores y mi propia investigación me indicaron que las novias, madres y hermanas vinculadas a los pandilleros por lazos de sangre o relaciones amorosas casi siempre participan en las actividades delictivas.

Con frecuencia son las mujeres quienes llevan los celulares a los negocios o propiedades de las víctimas para obligarlas a escuchar a los pandilleros,

que las llaman para aterrorizarlas y amenazarlas desde la cárcel. Quizá se deba a que, a diferencia de los jóvenes con los que trabajan, es menos probable que llamen la atención o levanten sospechas. A menudo, las mujeres también cobran el dinero producto de las extorsiones y lo depositan en sus propias cuentas de banco o lo meten de contrabando en las prisiones para sus hombres.

«En años recientes, se ha identificado que las mujeres colaboran con las pandillas, ya que son útiles para llevar a cabo ciertas actividades delictivas para el grupo (transportar armas, cobrar los pagos de las extorsiones, etc.), así como tareas domésticas», explicó Sonja Wolf, profesora investigadora adjunta en el programa de política de drogas del CIDE de la Ciudad de México.

Cuando estaba realizando mi investigación en Guatemala hace unos años, descubrí que las mujeres participan activamente en la ejecución de los planes de extorsión,[4] una tendencia respaldada por un estudio de la organización Interpeace sobre el papel de las mujeres en las pandillas.[5]

Pero no siempre fue así.

Brenda

La historia de las pandillas callejeras en Estados Unidos está marcada por picos de violencia atroz, pero entre todos los asesinatos relacionados con ellas que tuvieron lugar en los noventa y principios de los 2000, hay uno que resulta particularmente relevante para lo que nos atañe: el homicidio de Brenda Paz. Observadores me relataron que las acciones de Brenda —una adolescente originaria de Honduras que se unió a la pandilla en Dallas— y su subsecuente asesinato cambiaron para siempre la historia de las mujeres en las pandillas.

Brenda, miembro de la MS-13 por pleno derecho, «era diferente a otras jóvenes», escribió la periodista Jamie Stockwell, quien cubrió el juicio por el

homicidio para *The Washington Post*. «Alcanzó el nivel de liderazgo más alto que una mujer podía tener».[6] Sin embargo, su poder y posición no fueron suficientes para protegerla.

Por razones que no quedan claras, Brenda comenzó a colaborar con la policía en la investigación de la pandilla. En cierto momento, estaba ayudando a los agentes de al menos seis estados diferentes a investigar múltiples crímenes que había presenciado, como golpizas, asesinatos y robos.[7]

Los reportajes indican que Brenda no era muy discreta en cuanto a su colaboración. Al final, abandonó el programa de testigos protegidos en el que se le colocó porque se sentía aislada y sola, y buscó a sus antiguos *homies*, personas que, creyó, seguían siendo sus amigos. El 13 de julio de 2003, compañeros pandilleros la llevaron a un parque en Virginia, donde la atacaron. Uno de sus agresores ató una cuerda alrededor de su cuello para que no huyera, mientras los demás la apuñalaban unas 16 veces por todo el cuerpo.[8]

Tenía cuatro meses de embarazo.

—Hay un bebé involucrado. Digo, tienes que estar enfermo para poner una cuerda alrededor del cuello de alguien, escucharla gritar y luchar mientras la torturas y apuñalas múltiples veces en el estómago y las piernas, y verla simplemente morir —expresó su amiga a CBS News.[9]

—Brenda fue la primera adolescente en la historia que entró al programa de Protección a Testigos de Estados Unidos sin supervisión adulta. El programa, diseñado para informantes de la mafia de edad madura (no adolescentes embarazadas), no le proporcionó el amor y la atención que tanto necesitaba. Con frecuencia estaba sola y, al final, en su momento de soledad más profunda, la única persona a la que consideró llamar fue a su novio, un miembro de la MS-13. Él terminó traicionándola, lo que resultó en su muerte —explicó Samuel Logan, autor de un libro sobre el asesinato de Brenda,[10] en una entrevista con *Immigration Daily*.[11]

La colaboración de Brenda con la policía sembró una idea que se arraigó profundamente en la pandilla y perdura hasta ahora: es más probable que las mujeres se conviertan en testigos protegidos que los hombres. Siempre han existido hombres y mujeres que fungen como informantes o testigos protegidos en el constante ir y venir de los procesos judiciales, las sentencias y el armado de expedientes en torno al crimen organizado. En el mundo del narco, la existencia de las mujeres «soplonas» no ha bastado para frenar su acceso a los círculos de poder, siempre que consigan probar su valía. Llegué a la conclusión de que la naturaleza profundamente misógina de la MS-13 es la que produjo esa caracterización de las mujeres en la cultura de las pandillas.

Un par de años después, el asesinato de Brenda contribuyó a que la pandilla tomara una decisión durante su reunión de 2005 en San Salvador. Según los asistentes, salió al tema el papel de las mujeres en la pandilla, y los líderes establecieron que ya no habría lugar para ellas. Ahora se les consideraba soplonas. Con la expansión de sus células en El Salvador, un movimiento nacionalista se apoderó de la MS-13: dejaron de nombrar a las clicas[12] con nombres de calles de Estados Unidos, como solían hacerlo, y empezaron a apropiarse más de su entorno local. De acuerdo con observadores, el prohibir que las mujeres entraran a la pandilla era un indicador de que los hombres en los altos mandos también estaban adoptando las culturas misóginas de sus nuevas sedes.[13]

—Las mujeres eran prestigiosas integrantes de la pandilla en Estados Unidos, y eso se abolió por completo —comentó Juan José Martínez, un antropólogo que ha analizado a las pandillas de El Salvador por años.[14]

«En términos simples, [la pandilla] no considera a las mujeres como humanas. Con frecuencia les llaman "bichas" o "hainas", que, traducido de forma aproximada, significa "animales"», escribe Steven Dudley.[15] Otro motivo para excluirlas es que, según la opinión de los varones, las mujeres suelen ser el origen de conflictos y rivalidades de tipo romántico y sexual

entre los pandilleros.[16] Los informes de los expedientes judiciales narran el uso de actos violentos contra las mujeres —novias, esposas o colaboradoras — que solo pueden describirse como medievales.[17]

En 2007, los medios de comunicación de El Salvador informaron sobre un asesinato violento y perturbador similar al de Brenda. Los fiscales describieron cómo un miembro de la MS-13, conocido como el Crimen, pidió permiso para matar a una mujer que había dejado a su novio, otro pandillero, cuando estaba en prisión. Según el razonamiento del Crimen, era un insulto para toda la pandilla, por lo que le dieron luz verde.[18]

El Crimen llevó a la mujer a una casa local, le sacó una pistola y le dijo:

—Hoy les vas a dar amor a todos los *homeboys*, hija de puta.

De acuerdo con el informe, la violaron al menos diez pandilleros, penetrándola por el ano, la boca y la vagina. El Crimen, aún convencido de que debía sufrir más, tomó una pequeña hacha, le cortó la garganta y, finalmente, la decapitó.[19]

La violencia, la exclusión y el trato hacia las mujeres por parte de las pandillas va más allá de la suposición de que pudieran convertirse en testigos protegidos. Es un tema cultural. La violencia hacia la mujer es común y ampliamente aceptada.

Los países del Triángulo Norte presentan las peores tasas de feminicidio en el mundo. El Salvador y Honduras se encuentran entre las primeras cinco naciones con crímenes de odio letales contra las mujeres, y Guatemala los sigue de cerca.[20] El feminicidio y la violencia doméstica son de los principales impulsores de la migración desde el Triángulo Norte, y las pandillas están entre los principales perpetradores. Aun así, las mujeres tristemente no cuentan con suficiente protección. El 67% de las mujeres salvadoreñas que respondieron a una encuesta nacional realizada en 2017 reportó haber sufrido violencia, como agresión sexual, dentro o fuera de sus hogares. Sin embargo, solo el 6% de las víctimas denunció el abuso a las autoridades, ya sea porque les advirtieron que no lo hicieran, pensaron que

la policía no les creería o no sabían a quién recurrir.[21]

Adriana

Desde al asesinato de Brenda Paz, es poco usual ver a mujeres en posiciones de liderazgo en las pandillas callejeras centroamericanas. Casi nunca se les da acceso, y la mayoría colabora en actividades delictivas de bajo rango. Pero las mujeres siempre están presentes en las familias de los pandilleros y, con frecuencia, viven con ellos.

No obstante, yo cuestionaría la idea de descartar a las mujeres que rodean a estos hombres debido a su falta de jerarquía y me preguntaría si hacerlo constituiría una «mirada masculina». Igual que cientos de miles de pandilleros de bajo rango, las mujeres instigan, asisten y participan de forma activa en muchas de las actividades delictivas de la pandilla. ¿Deberíamos tomarlas en cuenta solo si son líderes o miembros «oficiales», pero no si son madres, esposas o novias? No tengo la respuesta a esta pregunta, pero me parece que analizar a la pandilla únicamente a través del prisma de los integrantes iniciados (en su gran mayoría hombres) y no como un todo, es no comprender de verdad el rol de las mujeres en ella. Al no adoptar una visión más amplia, estamos descartando sus relaciones y vínculos con los miembros varones, y la manera en que esto influye en la organización y su existencia. No podemos ver cómo las mujeres intervienen en las decisiones y la dinámica de la pandilla, aunque lo hagan desde abajo y no desde arriba.

Como investigador, Juan José Martínez me explicó que si la ranfla masculina (la cúpula de la pandilla) es el motor que mantiene el carro funcionando, al menos la otra mitad del carro —carrocería, escape, llantas— está conformada por mujeres.

Y aunque se les ordenó no meterlas oficialmente al grupo, aún existen algunas *homegirls* (el término usado para las miembros aceptadas).

Los pandilleros y expertos que entrevisté durante mi investigación para

este libro señalaron que, aunque es inusual, se sigue admitiendo a mujeres en las pandillas, a discreción de cada clica. Adriana, a quien conocí en San Salvador, era uno de esos casos raros. A pesar de tener apenas 27 años, sus ojos lucían agotados; el afro castaño claro lo llevaba recogido hacia atrás, dejando ver una piel marcada por años de consumo de drogas, como ella misma reconocía. Me contó que, a los 12 años, tras la muerte de su madre por cáncer, buscó refugio en la única familia que llegaría a conocer. Al igual que Isabel, se vinculó con la pandilla debido a la necesidad de pertenencia, apoyo y amor. Además, se encontraba en una situación que la tenía desesperada.

—Comencé a vivir en las calles (mis hermanos eran mayores). Debido al lugar donde vivíamos, siempre estuve involucrada en ese mundo [de las pandillas]. Mis hermanos siempre fumaban marihuana y bebían, y yo lo veía todo. Cuando llegué a cierta edad, quise hacerlo también, para estar cerca de ellos. Era la única mujer y siempre me gustó pasar tiempo con los hombres.

Hablaba ligeramente entre dientes, y tuve que pedirle que repitiera las cosas varias veces para asegurarme de haber entendido lo que estaba diciendo.

Esto es lo que ella pensaba con respecto a las otras mujeres que eran novias de los pandilleros:

—Los *homeboys* me conocían desde niña, por lo que me respetaban. Se dieron cuenta de que no era como las hainas [novias] que se juntaban con ellos. Esas mujeres les daban amor, pero yo no era así. Yo vendía marihuana, hacía encargos y, poco a poco, comencé a involucrarme más en la pandilla.[22]

Al final, Adriana fue iniciada mediante el rito de la «brincada», pese a la prohibición nacional.

—Lo hicieron cuatro chicos. No me violaron como lo hacían con otras jóvenes, que es lo que acostumbraban hacer entre 2001 y 2008. Cuando entré en 2011, fue insólito, de verdad insólito que brincaran a una mujer en la pandilla.

Me dijo que prefirió la golpiza a la violación, y que fueron los minutos más largos de su vida. En el ámbito del narco no existe ese proceso de iniciación para las mujeres, quienes suelen acceder a ese mundo criminal por ósmosis y a través de sus contactos, relaciones con otras personas y hasta sus propias habilidades.

—Siempre estuve en la movida. De halcón, vendiendo marihuana, cocaína y *crack*. Robábamos carros; aprendí a robar carros y a asaltar. Siempre me gustó mucho la adrenalina; disfrutaba andar en la calle, en la onda. Me encantaba.

Me comentó que la conocían como la Tranqui, cualidad que le era útil en las «misiones» a las que la ascendieron —término en clave de la pandilla para hablar de asesinatos, generalmente de pandilleros rivales—.

—Es mucha adrenalina. Solía hacerlo cuando estaba drogada porque era cuando agarraba más valentía. Tienes que armarte de valor de una forma u otra. Te sientes mal la primera vez, sí, pero después de la segunda, tercera o cuarta vez, se sentía como algo normal. Te dices que, si ya lo hiciste una vez, puedes volver a hacerlo.

Adriana estaba «calmada» (inactiva) cuando me reuní con ella en 2021. Ella y el pandillero que me la presentó comentaron que habían perdido la cuenta de la cantidad de personas que habían matado, pero, al hablar con ella, percibí que estaba orgullosa de haber sido aceptada en el mundo masculino de Barrio 18. Sin embargo, tuve la impresión de que, aunque había ascendido a un nivel importante en los escalafones de la pandilla, su poder y aprobación seguían dependiendo, por mucho, de los hombres a su alrededor, y que se movía plenamente dentro un organismo masculino.

Esa satisfacción por el lugar que ocupaba en la pandilla me hizo preguntarme cómo veía ella su vida en comparación con cómo se ve desde fuera. Comprender sus circunstancias hace que lo ilógico se vuelva lógico. Después del fallecimiento de su madre, los hermanos de Adriana la abandonaron, dejándola a su suerte en las calles. Fue entonces que empezó a

trabajar para la pandilla. Para ella, Barrio 18 era un medio de supervivencia, lo que percibía como la opción más segura en una plétora de escasas opciones. ¿Hubiera hecho yo lo mismo? No lo sé.

Crecí en un mundo donde había padres presentes que me amaban, hermanos que me respetaban y maestros que estuvieron ahí para enseñarme. Pero con lo que pude empatizar, como mujer e inmigrante de primera generación cuyos padres se mudaban a una ciudad diferente cada cinco años y no querían atraer mucha atención o sobresalir, fue con la necesidad de pertenencia y aceptación. Sabía por qué Adriana se sentía completamente sola y buscó un sentido de pertenencia y una familia donde podía obtenerlos. Al no tener padres y ser abandonada por sus hermanos, necesitaba un grupo, una familia a la cual anclarse. Creo que es por este motivo que las pandillas son tan tentadoras para muchos hombres y mujeres en América: se sienten decepcionados o traicionados por sus propias familias o rechazados por las comunidades de su entorno.

A lo anterior se suma la emoción del poder y la adrenalina que ofrece la vida de pandilla al grupo más estigmatizado y excluido de la región: hombres y mujeres, casi todos de piel morena, pobres y marginados.

El orgullo de Adriana la colocaba por encima de las mujeres que «daban amor» a la pandilla, las hainas o novias que se acostaban o salían con los pandilleros.

—Porque la mayoría de las mujeres son hainas, y las hainas son soplonas —expresó Adriana.

Juan, otro pandillero que entrevisté en noviembre de 2021, me brindó una perspectiva diferente sobre las condiciones de las mujeres cuando se les permitía convertirse en *homegirls*.

Platicamos en el patio trasero de una casa en las afueras de El Salvador una tarde entre semana. Podía ver un indicio azul de los tatuajes que seguían adornando su rostro a pesar de que su piel estaba embadurnada del maquillaje color carne con el que intentaba ocultarlos. Pandilleros como él,

que han cumplido una condena por delitos graves, se cubren los tatuajes del rostro con plastas de maquillaje antes de salir de casa para evitar que la policía los identifique. Juan no podía recordar a cuántas personas había matado, pero había pasado más de dos décadas en prisión. Aceptó verse conmigo y mis compañeros en nuestro carro en un cruce concurrido, algo retirado de su casa, antes de dirigirnos a ella para la entrevista.

Para cuando nos conocimos, estaba «calmado», como Adriana, pero había sido miembro activo de la pandilla Barrio 18 durante veinte años, la mayoría de los cuales los pasó en prisión. Se inició en la organización a finales de la década de los noventa a través de una *homegirl* conocida con el apodo de Lovely.

—Me gustaba mucho. Era una gran mujer, muy bonita —recordó Juan—. Me instruyó; me indicó lo que debía hacer. Me dijo: «Así se hacen las cosas; debes mantenerte firme. Tienes que ser firme. No te eches para atrás sobre lo que hables o lo que digas. No debes temer; el miedo es tu peor enemigo».

Después de ser aleccionado por Lovely durante un año, tuvo su iniciación en la pandilla.

—Cuando me brincaron, comenzó a alejarse de mí.

Su tarea había sido entrenarlo y evaluarlo, y su trabajo estaba hecho.[23]

En el mundo criminal hay reglas y excepciones. Supe de mujeres vinculadas a las pandillas que desafiaron la norma de la mayoría. Esmeralda fue una de ellas.

Esmeralda

Esmeralda Aravel Flores Acosta detuvo el carro en la banqueta frente al registro civil local en el pueblito de Santa Ana, a una hora de San Salvador, mientras escaneaba la acera con la mirada.

—Ahí está tu marido —le dijo a una mujer con semblante nervioso que se encontraba en el asiento trasero, al tiempo que señalaba a un hombre parado

afuera del edificio gubernamental que emitía los permisos de matrimonio.

Le pidió a la pasajera, Mónica, que saliera del carro. Mónica hizo lo que su jefa le ordenó y Esmeralda, de 37 años, miró cómo se aproximó al hombre y tomó su mano. No hablaron.

Fue la única vez en su vida adulta que Mónica tomó la mano de un hombre que nunca había visto antes. Esmeralda había negociado un trato con Melvin Ostmaro Reyes Rosa, de 31 años. Se casaría con Mónica para conseguir los documentos que necesitaba para tener derecho a vivir y trabajar en Estados Unidos, el sueño de muchos salvadoreños pobres, pero había una condición: él debía contratar un seguro de vida.

Lo que Reyes Rosa no sabía ese día de septiembre de 2016 era que Mónica no solo no tenía pasaporte estadounidense, sino que al casarse con ella estaba firmando su sentencia de muerte. Esmeralda le había mentido en todo. Mónica (cuyo nombre real fue omitido en expedientes judiciales para proteger su identidad) no era ciudadana estadounidense, por lo que el seguro de vida no era necesario para la solicitud de visa que, según ella, tramitarían. No solicitarían ninguna visa.

Poco después de un mes, en una parada de autobús cerca de donde se casaron, Reyes Rosa, un jornalero regordete, fue asesinado a tiros por pandilleros de la MS-13.

Los asesinos se llevaron su teléfono y cartera para que el homicidio luciera como un robo al azar, pero nada de lo ocurrido fue improvisado. Su muerte e infame unión con Mónica fueron el resultado de un elaborado plan trazado por la banda de trata de blancas liderada por Esmeralda junto con dos de sus hermanas y un par de amigas.

Estaban respaldadas por la fuerza y el terror de la MS-13. ¿Su objetivo? Obligar a mujeres a casarse con hombres que la pandilla mataría posteriormente para poder reclamar el seguro de vida.[24]

Esmeralda, la Viuda Negra, llevó el papel de la mujer en una pandilla a un nivel totalmente nuevo.

—Esmeralda no solo estableció un negocio criminal, sino una relación laboral con uno de los grupos criminales más misóginos y poderosos de la región [la MS-13]. Nunca he visto a una mujer como ella aquí en El Salvador —comentó Martínez, el experto en pandillas.

Se sabe poco sobre Esmeralda más allá de su participación en el negocio de trata de blancas, como que solía ser estilista, era divorciada y tenía al menos dos hijos. A los 37 años fundó la banda de las Viudas Negras. En los videos de su juicio aparece como una mujer impactante, de pelo negro intenso y ojos oscuros.

Lo que conozco de su faceta criminal lo descubrí sobre todo al revisar documentos junto con mi colega local, Bryan Avelar, en dependencias gubernamentales en San Salvador. Los empleados de la oficina nos permitieron leer y fotografiar más de 30 carpetas gruesas llenas de información. En esos documentos había un tesoro enterrado: fotos de cuadernos incautados de la casa de Esmeralda, los cuales estaban repletos de detalles sobre los gastos del grupo ordenados por artículo, costo o para quién se realizó la compra. Era meticulosa y administraba su casa con mano dura, una casa colmada de mujeres a quienes golpeaba frecuentemente con un bate.

Nunca pude platicar con Esmeralda, pues mis solicitudes para visitarla en prisión y entrevistarla fueron denegadas por el gobierno de Bukele en El Salvador. Sin embargo, Sonja Wolf me advirtió que era un error suponer que Esmeralda era una líder poderosa que actuaba sola, dado el papel que han tenido las mujeres en las pandillas callejeras de la Mara.

—Aunque algunas mujeres, en apariencia, han adoptado el papel de verdugos, es posible que hayan sido victimizadas, y su experiencia puede ser importante para explicar cómo llegan a victimizar a otros —explicó Wolf—. Si [Esmeralda] Flores tenía una relación con el líder de una clica, ¿en qué grado se le puede considerar otra víctima en la maquinación de las Viudas Negras en lugar de una cabecilla?[25]

Solo puedo especular cuánta autonomía tenía Esmeralda en su vida, pero su estilo de liderazgo es un caso aparte y no representa el papel de las mujeres en las pandillas hoy en día. Independientemente de qué tan cómoda se sentía con la violencia, Esmeralda estaba tensa después del asesinato de Reyes Rosa, pues sabía que Mónica debía conseguir los documentos correctos y ser una viuda convincente para poder reclamar el seguro de vida en el banco. Le dijo a Mónica que acudiera a la estación de policía para que denunciara la desaparición de su hombre, pues no había regresado a casa en varios días y estaba preocupada por él a pesar de que era un mujeriego.

Cuando los investigadores encontraron el cuerpo de Reyes Rosa, su rostro había quedado terriblemente deformado por el ataque. De acuerdo con el informe de autopsia, le habían disparado en el rostro, atrás de la cabeza, el abdomen, el hombro izquierdo, el muslo y la rodilla. Cuando Esmeralda envió a Mónica a la morgue local para que identificara el cuerpo, le costó trabajo reconocerlo, pero les dijo a los detectives que la ropa que llevaba puesta el día del asesinato era la misma que vestía el último día que lo vio.[26]

Mientras Esmeralda organizaba el funeral, le advirtió a Mónica que debía actuar como una viuda afligida; que lo ideal sería que llorara y se desmayara, si podía. Mónica obedeció, según su propio testimonio.[27]

Finalmente, Mónica recibió la llamada del banco para decirle que podía pasar a recoger el cheque del seguro de vida. Cuando Esmeralda escucho la llamada, saltó de alegría, aplaudió y le dijo a Mónica que había hecho un «excelente trabajo».[28]

Mónica conoció a la Viuda Negra cuando esta le ofreció trabajo como empleada doméstica de planta en julio de 2016, a través de una amiga mutua. Estaba desempleada en ese momento, les contó posteriormente a los fiscales, así que decidió probar durante un mes por un salario mensual de 250 dólares, que entonces estaba por debajo del salario mínimo.[29]

Se mudó con Esmeralda, sus hijos pequeños y su amiga mutua Magdalena Patricia Lucha López. Sin embargo, un día Mónica entrevió a Magdalena en

la regadera y se percató de que tenía la espalda cubierta de moretones, prueba, les dijo a los fiscales, de las golpizas que ella creía que Esmeralda le daba.

Aterrada, Mónica quiso zafarse. Le dijo a Esmeralda que un familiar se había enfermado, por lo que debía regresar pronto a casa para cuidarlo.

—Está bien —le respondió su jefa.[30]

El día siguiente, Esmeralda le pidió a Mónica que la ayudara a llevar un plato a una casa en la siguiente cuadra. Mientras pasaban por la ventana frontal de la casa, Mónica advirtió que dentro había un hombre alto y musculoso con tatuajes que cubrían cada centímetro de su piel, incluido su rostro. Sabía que eran los tatuajes de la MS-13. La única parte de él que no estaba tatuada eran sus manos.

Al entrar a la casa, el hombre se abalanzó sobre ella y le apuntó con un arma en la cabeza.

—Vas a hacer exactamente lo que Esmeralda te pida, y si no lo haces, te vamos a matar a ti y a toda tu familia: a tu madre, a tu hermana y a tu hijo. Tenemos fotos de todos ellos —amenazó rechinando los dientes mientras la miraba fijamente con sus ojos amarillentos.

Mónica tiró el plato de comida que traía en las manos, el cual se estrelló en el piso de mosaico.

—¿Por qué me estás haciendo esto? —preguntó.

Esmeralda le contestó que querían que hiciera un trabajo para ellos y que luego la dejarían ir. Le dijo que le explicaría todo sobre la marcha, pero que no la dejarían ir hasta que completara el encargo.

—La única respuesta es sí o sí —finalizó antes de abofetearla.[31]

Esmeralda era más alta que Mónica y también tenía todo el cuerpo tatuado (sus tatuajes no estaban relacionados con la pandilla, pues —como dije antes— la MS-13 no admite mujeres oficialmente).

El hombre que atacó a Mónica fue Wilbur Javier Cáceres Benítez o el Guay. Esmeralda estaba involucrada sexualmente con él en ese momento y

le delegó las tácticas de terrorismo.

Mónica sabía que estaba atrapada en la red de Esmeralda. Tras su matrimonio con Reyes Rosa y su asesinato, denunció su desaparición a la policía y actuó como una viuda afligida en su velorio, tal como se lo habían ordenado. Después, reclamó su cuerpo y el pago de su seguro de vida, dinero que posteriormente entregó a Esmeralda.

Según los expedientes judiciales, tan solo del matrimonio de Mónica, Esmeralda y sus colaboradores obtuvieron más de 60 000 dólares, una pequeña fortuna en El Salvador, donde más de un cuarto de las familias viven por debajo del umbral de pobreza.[32] Según Mateo, otra víctima de matrimonio forzado, las Viudas Negras también mataron al marido y la forzaron a reclamar el seguro de vida, así como una pensión de 150 dólares mensuales.[33]

Mónica dijo en el juicio que Esmeralda nunca le pagó ni un centavo. Más bien, las golpeaba a ella y a las demás mujeres en la casa con un bate de madera. No fue sino hasta que cobró el seguro de su difunto esposo que cayó en la cuenta de que su captora no tenía la más mínima intención de dejarla regresar con su familia una vez que completara el trabajo. El banco del que obtuvo el pago quería darle un seguro de vida gratuito. Cuando Esmeralda le preguntó si lo había aceptado, le respondió que no contaba con todos los documentos requeridos, por lo que Esmeralda estalló de furia.

Fue entonces que Mónica comprendió que sería la próxima en la lista negra de su jefa y que Esmeralda obligaría a su madre a cobrar el seguro tras su asesinato.

Un día a finales de enero de 2017, Esmeralda le ordenó a Mónica que visitara a su familia y le dijera que no iba a regresar nunca. Sin embargo, cuando Mónica salió de la casa ese día, no hizo nada de eso, sino que por fin acudió a la policía y se llevó todas las pruebas que había reunido en el último año. Les entregó copias del certificado de defunción de Reyes Rosa, sus documentos de matrimonio, los pagos del seguro y fotos de ella misma

cubierta de moretones por las palizas que recibía. A eso se sumaban las amenazas de muerte que Esmeralda envió al teléfono que le había dado a Mónica cuando se percató de que esta había desertado.[34]

Esmeralda no tuvo tiempo de llegar a la familia de Mónica, la cual probablemente recibió protección policiaca de inmediato. Se dio a la fuga y abandonó su casa poco antes de que la allanaran. La policía rescató a otras mujeres que habían estado cautivas ahí también, tres de las cuales testificaron posteriormente que habían recibido el mismo maltrato que Mónica describió. Una había estado secuestrada durante tres años.

No fue sino hasta diez meses después, en noviembre de 2017, que Esmeralda fue arrestada. En mayo de 2019, la condenaron a treinta años de prisión y quedó marcada en la historia infame como el primer caso de matrimonio forzado en El Salvador.

La investigación que realicé para este capítulo me dejó convencida de que el papel de las mujeres en las pandillas está malentendido y ha sido poco investigado, pero ese organismo criminal es una criatura distinta al caso de los cárteles, ya que su cultura muestra poca misericordia o respeto hacia las mujeres, más allá de sus vínculos con los hombres.

NOTAS

[1] Isabel. Entrevista con la autora a una hora de camino de la Central San Salvador, El Salvador. 16 de noviembre de 2021.

[2] Dudley, Steven, Silva Ávalos, Héctor y Martínez, Juan José. «MS13 in the Americas: How the World's Most Notorious Gang Defies Logic, Resists Destruction». *InSight Crime* y el Center for Latin American and Latino Studies, American University, Washington D. C. Febrero de 2018. Disponible en: https://insightcrime.org/wp-content/uploads/2018/02/MS13-in-the-Americas-InSight-Crime-English-3.pdf.

[3] *Ibid*.

[4] Bonello, Deborah. «Women in Guatemala: The New Faces of Extortion?». *InSight Crime*. 26 de abril de 2019. Disponible en: https://insightcrime.org/investigations/women-guatemala-new-faces-extortion-2/.

[5] Gereda, Marcela et al. *Violentas y violentadas. Relaciones de género en las maras Salvatrucha y Barrio 18 del triángulo norte de Centroamérica*. Interpeace. Mayo de 2013. Disponible en: https://idl-bnc-idrc.dspacedirect.org/bitstream/handle/10625/50910/IDL-50910.pdf.

[6] Stockwell, Jamie. «In MS-13, a Culture of Brutality and Begging». *The Washington Post*. 2 de mayo de 2005. Disponible en: https://www.washingtonpost.com/archive/politics/2005/ 05/02/in-ms-13-a-culture-of-brutality-and-begging/757a75a7-d408-44d5-91e6-80 881c490dcd/.

[7] *Ibid*.

[8] Frieden, Terry. «Two convicted, two acquitted in suburban Virginia street gang trial». *CNN*. 17 de mayo de 2005. Disponible en: https://edition.cnn.com/2005/LAW/05/17/ms13.trial.verdicts/index.html.

[9] Schorn, Daniel. «The Fight Against MS-13». *CBS News*, 60 Minutes. 1 de diciembre de 2005. Disponible en: https://www.cbsnews.com/news/the-fight-against-ms-13/.

[10] Logan, Samuel (2009). *This Is for the Mara Salvatrucha: Inside the MS-13, America's Most Violent Gang*. Hyperion.

[11] Preguntas y respuestas con Samuel Logan. Immigration Daily. 24 de agosto de 2009. Disponible en: https://ilw.com/articles/2009,0824-logan.shtm.

[12] Nombre con el que se le conoce a cada uno de los subgrupos organizados de jóvenes que forman una mara. *[N. de la t.]*.

[13] Juan José Martínez, quien ha documentado las pandillas de El Salvador por décadas. Entrevista con la autora, noviembre de 2021. Asimismo, entrevistas con otros observadores de la pandilla o expandilleros que solicitaron anonimato.

[14] Juan José Martínez, quien ha documentado las pandillas de El Salvador por décadas. Entrevista con la autora. Noviembre de 2021.

[15] Dudley, Steven, Silva Ávalos, Héctor y Martínez, Juan José. «MS13 in the Americas: How the World's Most Notorious Gang Defies Logic, Resists Destruction». *InSight Crime* y el Center for Latin American and Latino Studies, American University, Washington D. C. Febrero de 2018. Disponible en: https://insightcrime.org/wp-content/uploads/2018/02/MS13-in-the-Americas-InSight-Crime-English-3.pdf.

[16] *Ibid*.

[17] Juan José Martínez, «Así viven y mueren las mujeres pandilleras en El Salvador». *Factum*. 11 de marzo 2016. Disponible en: https://www.revistafactum.com/asi-viven-y-mueren-las-muje res-pandilleras-en-el-salvador/.

[18] *Ibid*.

[19] *Ibid*.

[20] U.S Institute of Diplomacy and Human Rights (USIDHR). *Tackling Violence Against Women in The Northern Triangle of Central America (NTCA)*. 14 de noviembre de 2021. Disponible en: https://usidhr.org/violence-against-women/.

[21] *Ibid*.

[22] «Adriana», cuyo nombre fue modificado para proteger su identidad. Entrevista con la autora en San Salvador, El Salvador. 18 de noviembre de 2021.

[23] Juan, cuyo nombre fue modificado para proteger su identidad, entrevista con la autora, en San Salvador, El Salvador. 18 de noviembre de 2021.

[24] Documentos del fiscal general que describen testimonios y pruebas confiscadas relacionados con el caso de Esmeralda y su séquito criminal. Tuve acceso a ellos en su sede de San Salvador, El Salvador. Noviembre de 2021.

[25] Correos electrónicos intercambiados entre Sonja Wolf, profesora investigadora adjunta en el programa de política de drogas del CIDE en México, y la autora, diciembre de 2021.

[26] *Ibid.*

[27] *Ibid.*

[28] *Ibid.*

[29] Documentos del fiscal general que describen testimonios y pruebas confiscadas relacionados con el caso de Esmeralda y su séquito criminal. Tuve acceso a ellos en su sede de San Salvador, El Salvador. Noviembre de 2021.

[30] *Ibid.*

[31] *Ibid.*

[32] World Bank Group. *Poverty & Equity Brief. Latin America & the Caribbean. El Salvador*. Abril de 2021. Disponible en: https://databank.worldbank.org/data/download/poverty/987B 9C90-CB9F-4D93-AE8C-750588BF00QA/AM2020/Global_POVEQ_SLV.pdf.

[33] Documentos del fiscal general que describen testimonios y pruebas confiscadas relacionados con el caso de Esmeralda y su séquito criminal. Tuve acceso a ellos en su sede de San Salvador, El Salvador, noviembre de 2021.

[34] *Ibid.*

Conclusiones

El cuento de nunca acabar

Desde la primera publicación de Narcas en inglés en julio de 2023, han pasado muchas cosas en el inframundo criminal de México. Intenté escribir sobre ese nuevo contexto en el libro que acabas de leer.

Dos de los hijos del Chapo, así como el cofundador del cártel de Sinaloa, Ismael *el Mayo* Zambada, se encuentran tras las rejas en Estados Unidos. Muchas de las mujeres que describo en este libro han salido libres y fueron enviadas a su patria o desaparecieron. La epidemia de fentanilo en la frontera norte de México ha comenzado a menguar y la cantidad de muertes por sobredosis está finalmente disminuyendo. Además, el actual presidente de Estados Unidos, Donald Trump, designó al cártel de Sinaloa y a otros grupos criminales de Latinoamérica como organizaciones terroristas.

Sin embargo, muchas cosas siguen igual, como el azote a la región por la inseguridad relacionada con el crimen organizado. La guerra contra las drogas en México sigue sin tregua y Sinaloa ha vivido un clima de violencia desde la caída de la dirigencia criminal de la vieja escuela. Las agresiones relacionadas con el negocio de la droga en Colombia continúan, y en Ecuador e incluso en Costa Rica han surgido nuevos centros de narcotráfico robustecidos por la corrupción y la brutalidad, mientras que en Chile y Argentina aumenta la violencia vinculada al crimen organizado.

Por su parte, Emma Coronel sigue siendo la cara más conocida del mundo del narcotráfico en México. Desde que salió de prisión en 2023, ya desfiló en

una pasarela de Milán, protagonizó un video musical y publicó fotos de sus gemelas cuando eran bebés (ahora son adolescentes); no obstante, aun cuando es la narca más famosa de la región, continúa siendo un enigma. Desde que vive en Estados Unidos, ha controlado estrictamente su imagen pública y apariciones en medios de comunicación, de acuerdo con lo que desea y requiere. Cuando platiqué con el equipo de producción de un documental en septiembre de 2025, me preguntaron qué sabía sobre su vida personal. Tuve que admitir que muy poco.

Y si la vida pasada y presente de Emma es vaga, sé todavía menos de las mujeres en el narcotráfico que no son caras conocidas. Sebastiana, Marllory, Marixa, Luz, Yaneth y Guadalupe llegaron a ser más visibles. Ya sea debido a la cobertura mediática de sus extravagancias o a los expedientes judiciales relacionados con sus procesos legales en Estados Unidos, la información disponible me permitió armar una narrativa en torno a ellas que resultó en una modesta comprensión de su participación en sus actividades criminales. Sin embargo, los detalles personales de su vida y sus motivaciones quedan sujetos a especulación.

Estoy segura de que existen muchas más mujeres además de aquellas en las que decidí enfocarme en este libro. Después de haber cerrado el manuscrito, continuaron surgiendo casos de mujeres en el narcotráfico. Muchos de los nombres nunca los había escuchado antes, pero estaban vinculados a organizaciones muy conocidas.

Yuli

Un año después de mi visita a La Reforma, Guatemala, investigando sobre Marllory, Sebastiana y la mafia de los Lorenzana, esa parte del mundo acaparó los titulares. Las autoridades hicieron arrestos importantes en el pequeño pueblo de Usumatlán, el cual se encuentra a treinta minutos en carro de donde realicé la investigación. Detuvieron a Marta Julia Lorenzana

Cordón por órdenes del Gobierno de Estados Unidos.

Lorenzana Cordón —o Yuli, como se le conoce mayormente— es la hermana de Eliu y Waldemar, así como la hija de Waldemar Lorenzana Lima (Waldemar papá), y son la mafia de narcotráfico que trabajó con Marllory, Sebastiana y Yaneth.

Las fotos de Yuli tras su detención en abril de 2021 la muestran sentada en una patrulla, vestida con una playera azul y short blanco, con una botella de agua entre sus largas uñas y mostrando una amplia sonrisa. Se veía muy relajada para ser alguien que acababa de ser arrestada; también hay imágenes en las que aparece parada afuera de la patrulla, conversando con la mano en la cintura.

Sin embargo, el lenguaje que se utilizó cuando se formuló la imputación de cargos en su contra, la cual permaneció reservada hasta seis meses después de su arresto, era excepcional. De acuerdo con el pliego de cargos, Yuli supuestamente «fungió un papel de liderazgo crucial en la conspiración [de narcotráfico]». El documento también afirma que el Gobierno de Estados Unidos «tiene pruebas que implican a la Acusada personalmente en actos de violencia, entre ellos, asesinato».[1]

Según los detectives, Yuli era una líder violenta en las que alguna vez fueron las organizaciones de narcotráfico más sofisticadas y poderosas del mundo.[2] Me quedé atónita, y un poco horrorizada, de que, después de un par de años investigando a mujeres en el narcotráfico en Guatemala, pudiera haber pasado por alto una pieza central del engranaje femenino del negocio. Para mi tranquilidad, lo mismo le ocurrió a mi colega Julie López en Guatemala, quien trabajó conmigo en la investigación y llevaba mucho tiempo cubriendo al clan de narcotráfico Lorenzana. ¿Cómo es que no advertimos en absoluto la evolución criminal de Yuli?, ¿era acaso una figura poderosa oculta?

Lo era.

Supe por fuentes cercanas a ella que el motivo por el que pudo pasar

desapercibida durante tanto tiempo fue que sus redes de narcotráfico eran distintas a las de sus hermanos y su padre. Trabajaba con otros proveedores de drogas en la región, por lo que su nombre nunca salió a la luz en las investigaciones que los fiscales llevaron a cabo contra sus familiares varones. Reunir pruebas para imputarla llevó más tiempo que hacerlo para estos últimos. Esto explicaba por qué su nombre no aparecía en las versiones estenográficas ni en los documentos de los casos que giraban en torno a su padre y hermanos, quienes fueron finalmente declarados culpables antes de que ella fuera siquiera acusada. Me contaron que la familia Lorenzana Cordón era muy disfuncional y estaba profundamente dividida, y Yuli era mucho menor que sus hermanos.[3]

Sus redes de narcotráfico estaban vinculadas a otro hombre: su marido, el notorio y temido traficante Jairo Estuardo Orellana Morales. Su hombre, también conocido como el Pelón, comenzó en el negocio del narcotráfico como sicario para la familia de Yuli, además de otros grupos de narcotraficantes en el área. Es probable que la pareja se haya conocido cuando él trabajaba para su familia, pero fue hasta 2008 que Orellana Morales presuntamente se convirtió en el operador guatemalteco del cártel mexicano Los Zetas. Lo anterior indica que pudo haber cortado su relación con la familia de Yuli en ese momento, al menos profesionalmente. Los hombres Lorenzana trabajaban con el cártel de Sinaloa, un grupo rival de los superviolentos Zetas.

Orellana Morales fue arrestado en Zacapa en mayo de 2014, de nuevo por órdenes de la DEA, tras un tiroteo entre sus hombres armados y las autoridades guatemaltecas.

Conforme el Gobierno estadounidense investigaba más profundamente sobre Orellana Morales, su esposa Yuli se volvía más visible. Los más cercanos a su caso notaron que muchos de sus contactos en el narcotráfico eran iguales a los de él y las pruebas para acusarla comenzaron a acumularse. Orellana Morales fue extraditado a Estados Unidos justo un

año después de su arresto, su caso se silenció al poco tiempo y su pliego de imputación de cargos sigue bajo reserva. Valdría especular que en los más de seis años que ha pasado en el sistema judicial de Estados Unidos, es probable que haya ayudado al Gobierno a reunir pruebas contra Yuli, lo que significa que Orellana Morales condujo a los gringos hacia su esposa y no lo contrario.

Yuli fue extraditada a Estados Unidos y, en marzo de 2024, fue condenada a una exorbitante pena de 33 años en prisión a pesar de haberse declarado culpable.

Más hacia el suroeste de donde Yuli operaba, en la costa de Honduras, surgió otra matriarca del narcotráfico.

Herlinda

Herlinda Bobadilla, de 62 años, fue arrestada en mayo de 2022, y en las fotos de su detención aparecía una mujer con una figura baja y robusta, y una camiseta de flores de aspecto sencillo, custodiada por elementos de la Policía Nacional vestidos de negro y fuertemente armados. Sus muñecas estaban atadas, y sus facciones quedaban ocultas tras un cubrebocas mientras era exhibida ante la prensa hondureña.

El Gobierno de Estados Unidos había ofrecido una recompensa de 5 millones de dólares por la cabeza de Herlinda dos semanas antes de su captura. Según los fiscales, ella dirigía la red de narcotráfico de los Montes, la cual operaba desde la base familiar en el departamento de Colón, y usaba su flota de aviones, camiones y lanchas para trasladar cocaína por la costa que provenía de sus socios en Colombia.

Herlinda estaba asentada en la zona oriental del norte de Honduras, y su organización trabajaba «estrechamente» con la de Digna Valle y su clan (tema del capítulo 1) como parte de la «autopista de la cocaína» que transportaba droga desde Sudamérica hacia México y Estados Unidos.[4] Esa

cocaína probablemente pasaba después por manos de la mafia de Yuli en Guatemala, algunos de cuyos miembros varones trabajaban con dos de nuestras protagonistas: Marllory Chacón y Sebastiana Cottón. Finalmente, la droga llegaba a México, donde alguna vez reinaron Guadalupe Fernández Valencia y Luz Irene Fajardo Campos.

Uno de sus dos hijos, Tito Montes Bobadilla, murió en el operativo policial que resultó en su detención. Según las autoridades, fue abatido después de que comenzara a disparar contra los oficiales en el enfrentamiento que se desató cuando inició la operación de captura. De acuerdo con las autoridades hondureñas, su otro hijo, Juan Carlos, sigue prófugo.

En los reportes que salieron a raíz de su arresto se dice que Herlinda fue llamada para ayudar a dirigir al Clan Montes después de que su patriarca, García Montes, fuera asesinado en Colombia en 2004. Con su esposo, Alejandro Montes Alvarenga, tuvo seis hijos, y tres de ellos también se metieron al negocio. A medida que fueron capturados o cayendo muertos, ella tomó cada vez más control. Según las autoridades hondureñas, era dueña de decenas de propiedades en su feudo familiar en Colón.[5] Tras ser extraditada, fue declarada culpable y condenada a veinte años de prisión en Estados Unidos.

Un mundo de cabeza

No obstante, tanto Yuli como Herlinda fueron en gran medida invisibles hasta sus arrestos y acusaciones. Sin esos documentos y los esfuerzos de las autoridades, las protagonistas de la guerra contra el narco seguirían siendo invisibles.

Esto se vincula a un factor crucial antes mencionado: la «mirada masculina» tiene un impacto en la visibilidad de estas mujeres en los medios o en los expedientes judiciales. A quién vemos y de quién oímos hablar en

este negocio depende en gran parte de las autoridades y de los medios, que no son observadores objetivos. ¿A quién acusan?, ¿a quién investigan?, ¿a quién consideran más riesgoso? Todos esos juicios tienen un peso enorme. Las historias de estas patronas desmienten la idea de que el papel de las mujeres en el crimen organizado es mínimo.

La mayoría de las poderosas mujeres descritas en este libro, aparte de Emma, tenían perfiles muy bajos o eran desconocidas antes de ser arrestadas, lo que lleva a la pregunta: ¿cuántas más hay por ahí?

Mi comprensión del inframundo criminal se ha puesto de cabeza. Ahora me cuestiono qué tanto entendemos sobre el crimen organizado y su funcionamiento. ¿Qué tanto podemos saber sobre los procesos de toma de decisiones y las dinámicas internas de estas organizaciones sin entender a fondo el papel de las mujeres? Sus roles no pueden encasillarse ni simplificarse como tantas veces se ha hecho en la narrativa de la historia del narco.

Así como las mujeres en el mundo lícito de hoy están asumiendo papeles más protagónicos y visibles, es lógico que esa tendencia se refleje también en el mundo delictivo. Y en el caso de las mujeres de este libro, se trata de historias conectadas: por geografía, organizaciones criminales e intereses comerciales compartidos.

Marixa Lemus fue una fuerza violenta y decidida en la frontera entre Guatemala y El Salvador, dispuesta a hacer lo que fuera para derrotar a su némesis político.

Digna Valle, quien fue arrestada discretamente, ayudó a derrumbar a su clan de narcotráfico completo, así como a un expresidente.

Luz Irene Fajardo Campos trabajó con sus hijos traficando cocaína desde Colombia y metanfetaminas desde México, y lo hizo sin un hombre a su lado y sin recurrir a la violencia.

Sebastiana Cottón infundió miedo en el corazón de quienes trabajaban con ella y se enfrentó a rivales masculinos violentos.

Marllory Chacón usó su inteligencia y educación para construir un imperio que el Gobierno de Estados Unidos describió como una de las redes de narcotráfico más «prolíficas» de Centroamérica.

Yaneth Vergara Hernández tuvo una carrera criminal que abarcó varias generaciones del crimen organizado en Colombia y México, y trabajó con la traficante más famosa de Colombia, Griselda Blanco.

Y Guadalupe Fernández Valencia operó en las sombras junto a hombres infames y poderosos del cártel de Sinaloa, incluidos Joaquín *el Chapo* Guzmán y sus hijos.

Espero que documentar sus trayectorias hasta ahora ayude a desmontar algunos de los mitos y estereotipos de género sobre las mujeres en los cárteles, y abra las puertas a nuevas narrativas y conversaciones sobre las narcas de Latinoamérica.

Continuará…

NOTAS

[1] Tribunal de Distrito de Columbia. *Estados Unidos de América vs. Marta Julia Lorenzana Cordón. Formulación de la imputación*. 6 de diciembre de 2019.

[2] Departamento de Justicia de Estados Unidos. *Leader of Guatemalan Drug Trafficking Organization Sentenced to Life in Prison*. 10 de mayo de 2018. Disponible en: https://www.justice.gov/opa/pr/leader-guatemalan-drug-trafficking-organization-sentenced-life-prison-0.

[3] Entrevista telefónica realizada por la autora a un exagente de la DEA que trabajó en el caso de Marta Julia Lorenzana Cordón. 15 de febrero de 2022.

[4] Departamento de Justicia de Estados Unidos. *Former Leader of Honduran Cocaine Trafficking Organization Sentenced to 37 Years in Prison*. 5 de abril de 2019. Disponible en: https://www.justice.gov/opa/pr/former-leader-honduran-cocaine-trafficking-organization-sentenced-37-years-prison.

[5] BBC News Mundo. *Quién es Herlinda Bobadilla «la Chinda», la poderosa líder del clan Montes Bobadilla arrestada en Honduras*. 16 de mayo de 2022. Disponible en: https://www.bbc.com/mundo/noticias-america-latina-61468942

Agradecimientos

El impulso y las dinámicas detrás de este libro surgieron mucho antes de que me convirtiera en periodista, cuando era una joven poco femenina que no se ajustaba a las expectativas sociales. No me gustaban los vestidos ni el maquillaje, no quería dejarme el cabello largo, no tenía interés alguno en las muñecas. Prefería escribir que coser o tejer y, definitivamente, no quería utilizar tacones. Como periodista, prefería cubrir la fuente de crimen y drogas, que los negocios y el mundo de la publicidad, en el cual había comenzado mi trayectoria.

No me he mantenido del todo fiel a esa joven —actualmente puedo tolerar los tacones—, pero aún creo fervientemente que hay consecuencias para las mujeres que oponen resistencia a las expectativas ajenas, sin importar cuánto hayamos evolucionado como sociedad.

No obstante, el vivir en la resistencia y soportar el juicio ajeno mientras mi vida y mi carrera se desarrollaban, y el haber conocido a tanta gente en el camino, me motivaron a escribir este libro, lo cual fue una experiencia sumamente gratificante.

Mi agradecimiento más grande es para las mujeres —y hombres— que me permitieron adentrarme en la intimidad de su vida para observarlas, hacerles preguntas y seguirlas a todos lados con el fin de entender por qué hacen lo que hacen. Son demasiadas personas para mencionarlas a todas, a muchas de ellas incluso las conocí antes de saber que escribiría este libro. Algunas quizá ya no estén vivas para leerlo, otras más podrían no tener ningún interés en hacerlo, pero quiero que sepan que aquellas conversaciones y esos destellos de su vida tuvieron un gran impacto en mí y en mi entendimiento del crimen organizado. A Luz, Marllory, Sebastiana, Guadalupe, Marixa, Yaneth, Digna y a todas las mujeres cuyos casos

desmenucé y estudié: espero que puedan ver la importancia de este ejercicio, a pesar de la intrusión que pudieron sentir.

Quiero agradecerles a aquellos con quienes trabajé en *VICE*. A Max Daly, jefe de redacción para la sección global de drogas, quien me brindó mi primera oportunidad como escritora *freelance* y que, posteriormente, me recomendó como jefa de oficina para Latinoamérica cuando *VICE World News* fue creado en plena pandemia por COVID-19. Max respondió a cada uno de mis correos electrónicos y mensajes cuando yo era *freelance*; nunca descartó mis ideas, sin importar lo descabelladas que fueran, y siempre confío en mi trabajo.

Estoy en deuda con mis jefes y editores, Katie Drummond, Erika Allen y Michael Learmonth, por el tiempo invertido en la serie de investigación *Patronas*, basada en este libro y publicada como un adelanto en *VICE News*, con la excelente edición de Tim Marchman y Leah Feiger. Asimismo, estoy en deuda con Anna Merlan, por enseñarme a comunicarme con mis protagonistas en cárceles estadounidenses, y con Juan Pablo Gallón Salazar, por creer en este proyecto. También lo estoy con Ramy Ghaly del equipo de seguridad de *VICE* quien, junto con Sharbil Nammour y Michael Buddle, me sostuvieron virtualmente en innumerables viajes para la investigación de campo en México, Guatemala, Honduras y El Salvador. No podría haberlo hecho sin su apoyo y la valentía que su presencia virtual me otorgó.

Al equipo de reporteros con los que trabajé: Nathaniel Janowitz, Emily Green, Keegan Hamilton y Luis Chaparro, me impresionaban cada día, me mantenían emocionada y con los pies en la tierra durante el tiempo en que investigué y escribí este libro. Consejos y ayuda tuve de sobra, y nadie en *VICE* se quejó cuando les comuniqué mi necesidad de tomar un descanso de la edición para dedicarme a reportear, que sigue siendo lo que más amo de este trabajo. Gracias, Edgar Jaramillo de *VICE Studios*, por estar siempre para mí.

Al equipo de *InSight Crime,* incluidos Jeremy McDermott y Steve Dudley,

por ayudarme a enriquecer mi entendimiento del crimen organizado y brindarme invaluables experiencias sobre el diseño y el manejo de proyectos de largo aliento, desde la concepción hasta la publicación. Trabajar con estos investigadores —antiguos y actuales— de toda la región me enseñó la importancia de la colaboración, el ímpetu y la amistad. Laura Ávila, Josefina Salomón, Felipe Puerta, Tristan Clavel, Parker Asmann, Mike LaSusa, Héctor Silva Ávalos y Juan Diego Posada son tan solo algunas de las personas con las que tuve el honor de colaborar. *Narcas* ya estaba tomando forma durante esos viajes que hicimos a algunos de los lugares más peligrosos de Latinoamérica, en coberturas que daban muestra del porqué amo con vehemencia el periodismo de investigación.

Estaré por siempre en deuda con mis colegas locales, por colaborar conmigo en la investigación y acercarme lo más posible a tantas mujeres de este libro y a las tierras que alguna vez comandaron. Xiomara Orellana y Jorge Acosta, en Honduras; Julie López y Fredy Contreras en Guatemala; Bryan Avelar, en El Salvador; y America Armenta, en Sinaloa, México. También le debo muchísimo a la Fundación Internacional de Medios de Comunicación para Mujeres (IWMF, por sus siglas en inglés) por otorgarme un incentivo de 10 000 dólares para comenzar a investigar la idea de este libro, cuando todo estaba aún en mi mente. Un agradecimiento especial a Mary Stucky, quien siempre creyó en mí y me llamó por teléfono para preguntarme en qué estaba trabajando cuando *Narcas* tomaba forma en mi cabeza. Esa conversación telefónica se volvió la pieza que cambió el juego. Miles de gracias, también, a Juanita Islas, quien atestiguó el proceso de primera mano.

A Romain Le Cour y a cada persona en *Noria Research*, por incluirme en numerosas conversaciones sobre las incipientes guerras contra el crimen en Latinoamérica. La Iniciativa Global Contra el Crimen Organizado Trasnacional (GITOC, por sus siglas en inglés) ha sido un partidario importante en todos estos años. Mis agradecimientos especiales a Siria

Gastélum, nacida y crecida en Culiacán, Sinaloa, una valiosa consejera en gran parte de este trabajo, en especial para los capítulos sobre México. También a Tuesday Reitano, por sacar el máximo provecho de mis habilidades.

No podría haber llegado tan lejos sin haberme alimentado del trabajo, el entusiasmo y la actitud de la historiadora Elaine Carey y la académica Felia Allum, quienes empezaron a hacer ruido sobre las mujeres en el crimen mucho antes que yo. Estaré por siempre agradecida de la minimafia de mujeres que creamos a partir de la investigación de este tema.

Soy lo suficientemente afortunada de contar a muchos periodistas entre mis amigos, varios de ellos pasaron horas sentados alrededor de mesas o en caminatas por calles y montañas escuchándome hablar sobre Marllory, Sebastiana, Luz y todas las mujeres que conforman este libro. Leslie Mazoch, Claudia Daut, Lisa McMunn, Julia Galiano-Rios, Will Grant, Ale Cuellar, Lisette Poole, Lexie Harrison-Cripps, Reed Johnson, Marla Dickerson, Zoe Smith, Sara Kinosian y muchos más: perdí la cuenta de la gente que a estas alturas debe estar harta de escucharme hablar sobre *Narcas*, pero estaré por siempre agradecida por su fuerza y su voluntad para escuchar y opinar.

Un agradecimiento muy especial a mi querida amiga y una de las mejores periodistas que he conocido, Jo Tuckman, quien ya no está con nosotros para leer este libro, pero creo que lo pudo haber disfrutado enormemente. Tuve la fortuna de pasar horas en la azotea de su casa en la Ciudad de México, mientras hablábamos sobre este proyecto y sobre nuestra vida, antes de que el cáncer me la arrebatara. La llevaré por siempre en mi corazón.

Gracias a Laura Dail, mi incansable agente literaria, quien me encontró y enriqueció mis ideas a pesar de mi ritmo lento y mis propuestas intermitentes de proyectos. Nunca se dio por vencida conmigo, nos tomó siete años desde esa primera reunión y la publicación de estas páginas. Gracias también a mis editoras en Planeta por lograr que esto se publicara en español.

Por último, quiero agradecer a mi familia y a mis padres, Joe y Josette Bonello, por nunca haberme dado la espalda, aun cuando no seguí el supuesto camino que todas las chicas maltesas inmigrantes deben seguir. A mi hermana menor, Anthea, por reír siempre conmigo; y a mis hermanos, Andrew y JP, por tener siempre algo que decir para hacerme reír.

Gracias a Dan Blackburn, quien me enseñó más de lo que pensé que podía aprender.

Este libro no existiría sin Ulises Escamilla Haro, quien me mostró un México que cambió mi vida para siempre. Y para Luca y Emiliano, ustedes son las lecciones que no sabía que necesitaba, me inspiran a ser mejor cada día.

Acerca de al autora

Deborah Bonello es periodista de investigación, escritora, editora y fungió como directora editorial de VICE News Latinoamérica. Desde hace casi dos décadas cubre el crimen organizado y los sindicatos criminales, en particular el narcotráfico en América Latina. Se desempeñó como freelance para *Los Angeles Times*, así como para la *BBC, The Guardian* y *The Telegraph*, y actualmente es editora general de *InSight Crime*. Se define a sí misma como *narconerd*.

Título original: *Narcas: The Secret Rise of Women in Latin America's Cartels*

© 2023, Deborah Bonello
Esta edición se publica por acuerdo con The Laura Dail Literary Agency, a través de International Editors y Yañez' Co.

Traducción: Ixchel Martínez
Formación: Alejandra Romero
Diseño de portada: Planeta Arte & Diseño / Erik Pérez Carcaño
Ilustración de portada: ©Getty Images

Derechos reservados

© 2025, Editorial Planeta Mexicana, S.A. de C.V.
Bajo el sello editorial PLANETA M.R.
Avenida Presidente Masaryk núm. 111,
Piso 2, Polanco V Sección, Miguel Hidalgo
C.P. 11560, Ciudad de México
www.planetadelibros.com.mx

Primera edición impresa en México: noviembre de 2025
ISBN: 978-607-39-3749-8

Primera edición en formato epub: noviembre de 2025
ISBN: 978-607-39-3804-4

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de Inteligencia Artificial (IA).

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 229 y siguientes de la Ley Federal del Derecho de Autor y Arts. 424 y siguientes del Código Penal Federal).

Si necesita reproducir o imprimir algún fragmento de esta obra diríjase al CeMPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, http://www.cempro.org.mx).

Libro convertido a epub por Grafia Editores, SA de CV

TE DAMOS LAS GRACIAS POR ADQUIRIR ESTE EBOOK

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

Regístrate y sé parte de la comunidad de Planetadelibros México, donde podrás:

- Acceder a contenido exclusivo para usuarios registrados.
- Enterarte de próximos lanzamientos, eventos, presentaciones y encuentros frente a frente con autores.
- Concursos y promociones exclusivas de Planetadelibros México.
- Votar, calificar y comentar todos los libros.
- Compartir los libros que te gustan en tus redes sociales con un sólo click

Planetadelibros.com

Planeta

EXPLORA DESCUBRE COMPARTE